

H.G. WELLS

La puerta en el muro



La Biblioteca de Babel

*colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges*

se

Wells entendía que un relato fantástico debe incluir un solo hecho fantástico; esa opinión corresponde a una época incrédula, que no se entrega fácilmente a lo maravilloso.(...)

Lamento haber descubierto a Wells a principios de nuestro siglo: querría poder descubrirlo ahora para sentir aquella deslumbrada y, a veces, terrible felicidad.

Jorge Luis Borges



H. G. Wells

La puerta en el muro

La Biblioteca de Babel - 11

ePub r1.2

orhi 16.04.16

Títulos originales: *The Door in the Wall*

The Country of the Blind

The Plattner Story

The Story of the Late Mr. Elvesham

The Crystal Egg

H. G. Wells, 1906

Traducción: Gianni Mion

Editor digital: orhi

Corrección de erratas: Astennu y riverrun

Colaborador: Akhenaton

ePub base r1.2



Prólogo

Herbert George Wells nació en el condado de Kent en 1866 y murió en Londres en 1946. Su padre fue tendero y ese oficio fue el primero de Wells. Maestro en una escuela primaria, ejerció la enseñanza hasta 1893. Fue discípulo de Thomas Huxley, apodado el bulldog del darwinismo. Por esos años conoció la soledad, la pobreza y la tisis. Su primer libro se titula, curiosamente, Conversaciones selectas con un tío. La máquina del tiempo, publicada en 1895, prefigura y supera, con medio siglo de anticipación, todas las obras posteriores de ficción científica. Wells trasmutó sus amarguras en esas pesadillas inolvidables que se llaman La visita maravillosa (1895), El hombre invisible (1897), La guerra de los mundos (1898), Los primeros hombres en la luna (1901), La isla del Doctor Moreau (1896), El alimento de los dioses (1904). Como G. B. Shaw, perteneció a la sociedad fabiana, que derivó su nombre de Quinto Fabio Máximo, el demorador. En su libro La conspiración abierta, Wells declaró que la división actual del planeta en distintos países, regidos por distintos gobiernos, es del todo arbitraria y que los hombres de buena voluntad acabarán por entenderse y prescindirán de las formas actuales del Estado. Las naciones y sus gobiernos desaparecerán, no por obra de una revolución, sino porque la gente comprenderá que son del todo artificiales. Wells fue uno de los fundadores del Pen Club, cuyo fin era promover la unión de los escritores de todo el mundo. En los últimos años de su vida Wells, voluntariamente, se alejó de sus imaginaciones fantásticas y compiló, para instruir a la humanidad, obras de tipo enciclopédico. Recordaremos el caso análogo de Ruskin, que renunció a su espléndido estilo en beneficio de la educación del pueblo. En 1934, publicó su Experimento de Autobiografía, donde refiere sus humildes orígenes, su adolescencia miserable, su formación científica, sus dos matrimonios y su variada y turbulenta vida sentimental. Belloc lo acusó de ser un inglés provinciano; Wells comentó: «El señor Belloc, según parece, nació en toda Europa».

Anatole France dijo de él que era «la mayor fuerza intelectual del mundo de habla inglesa».

Wells entendía que un relato fantástico debe incluir un solo hecho fantástico; esa opinión corresponde a una época incrédula, que no se entrega fácilmente a lo maravilloso. Escribió *El hombre invisible*, que nos propone un solo hombre invisible; escribió asimismo *La guerra de los mundos*, cuyo tema es la invasión del planeta por los marcianos, pero sintió que nuestra imaginación habría rechazado el exorbitante concepto, caro a la ficción científica, de un invisible ejército de marcianos. Los cinco relatos que hemos elegido obedecen esa prudente norma. El milagro de su fantasía es muy preciso. En *La puerta en el muro*, que ocurre en Londres, hay un matiz alegórico que no es habitual vincular al nombre de Wells. Esa pieza, acaso autobiográfica del autor, lo es para todos nosotros a través de la desolación de sus postergaciones. El país de los ciegos es la tragedia de un individuo solo y no comprendido en un mundo hostil, una circunstancia que no queremos anticipar, recuerda a *Peer Gynt*. El caso Plattner, como *La máquina del tiempo*, aprovechan las posibilidades patéticas de la hipótesis de una cuarta dimensión. Una vez más el héroe está solo. Una hermosa variante del antiguo tema del doble, es la de *La historia del difunto señor Elvisham*, regida por una crueldad absoluta. Dos elementos muy diversos hay en *El huevo de cristal*: la desvalida condición del protagonista y una imprevisible proyección que abarca el universo. A una vaga memoria de esas páginas debo mi cuento *El Aleph*.

Wells se jactó de que sus sueños, a diferencia de las meras anticipaciones de Verne, no se realizarían; en efecto, nadie prevé la posibilidad de animales transformados en hombres o de un vehículo que pueda explorar el futuro. Hay una notoria excepción: los hombres han llegado a la luna. Cabe, sin embargo, observar que Cavor y el amigo que lo abandona, siguen viviendo en la memoria y que los astronautas de la década del 60 ya son, por obra de una desaforada publicidad, tan irreales y triviales como una campaña electoral o como un certamen de fútbol.

Lamento haber descubierto a Wells a principios de nuestro siglo: querría poder descubrirlo ahora para sentir aquella deslumbrada y, a veces, terrible felicidad.

Jorge Luis Borges

La puerta en el muro

I

Hace aproximadamente tres meses, en una noche confidencial, Lionel Wallace me contó esta historia de la Puerta en el Muro. Y en aquel momento pensé que, en lo referente a mi amigo, la historia era verídica.

Me la contó con tan sencilla y directa capacidad de persuasión que no tuve más remedio que creerle. Pero a la mañana siguiente, en mi piso, me desperté en una atmósfera diferente.

Y mientras yacía en la cama y rememoraba las cosas que me había contado, despojadas del hechizo de su voz lenta y grave, privadas del foco tamizado de la luz de la mesa, de la atmósfera indefinida que nos envolvía a ambos y del agradable brillo de las cosas, del postre, de los vasos y de la mantelería de la cena que habíamos compartido, que las había convertido en aquel momento en un pequeño mundo brillante muy alejado de las realidades cotidianas, todo aquello me pareció francamente increíble.

—¡Ha sido una mixtificación! —me dije, y luego: —¡Qué bien lo ha hecho!... ¡Eso es lo último que me hubiera esperado de él!

Más tarde, mientras sorbía el té matutino sentado en la cama, me encontré intentando explicarme el sabor de realidad que me había dejado perplejo en sus reminiscencias imposibles, suponiendo que, en cierto modo, hubieran sugerido, presentado, transmitido —casi no sé qué palabra utilizar— unas experiencias que de otro modo

resultaban imposibles de relatar.

Bien, ahora no voy a recurrir a esa explicación porque mis dudas intermitentes ya han quedado superadas. Creo, como creí en el momento del relato, que Wallace me desveló lo mejor que pudo la verdad de su secreto. Pero si vio o sólo creyó ver, si él fue poseedor de un inestimable privilegio o víctima de un sueño fantástico, no puedo pretender adivinarlo. Ni siquiera las circunstancias de su muerte, que acabaron para siempre con mis dudas, arrojan alguna luz sobre el asunto.

El lector deberá juzgar por sí mismo.

No recuerdo ahora qué comentario fortuito o qué crítica mía pudo inducir a un hombre tan reticente a confiar en mí. Estaba, creo yo, defendiéndose de una imputación de negligencia y falta de credibilidad que yo le había hecho en relación con un gran movimiento de opinión pública en el que él me había decepcionado. Pero me espetó repentinamente: —Tengo... una preocupación.

—Sé —prosiguió tras una pausa— que he sido negligente. El caso es... no se trata de un caso de fantasmas o de apariciones..., sino... de algo extraño difícil de contar, Redmond... estoy hechizado. Estoy hechizado por algo... que es como si me extirpara la luz de las cosas llenándome de anhelos...

Hizo una pausa, frenado por esa timidez tan inglesa que a menudo se adueña de nosotros cuando hablamos de cosas conmovedoras, graves o bellas.

—Tú también estuviste en Saint Athelstan's —dijo, y por un momento aquello me pareció bastante irrelevante—. Bien... —y se detuvo. Entonces, vacilando mucho al principio, pero con mayor soltura después, empezó a contarme el hecho que se ocultaba en su vida, el persistente recuerdo de belleza y felicidad que colmaba su corazón de anhelos insaciables, que convertían todos los intereses y el espectáculo de la vida en el mundo, en algo anodino, tedioso y vano para él.

Y ahora que tengo un indicio, el hecho parece estar visiblemente escrito en su rostro. Tengo una fotografía en la que ha sido captada e intensificada aquella mirada de desinterés. Me recuerda lo que en una ocasión dijo de él una mujer, una mujer que le había amado mucho.

—De repente —había dicho— el interés te abandona. Se olvida de

ti. No le importas un comino... ante sus mismísimas narices...

Sin embargo, no siempre le abandonaba el interés, y cuando mantenía su atención sobre algo, Wallace sabía ingeniárselas para ser un hombre extremadamente brillante. Su carrera, en efecto, está sembrada de éxitos. Me dejó atrás hace mucho tiempo, voló a gran altura por encima de mi cabeza y descolló en un mundo en el que, de todas formas, yo no habría podido descollar. Sólo tenía treinta y nueve años y ahora dicen que si hubiera vivido, habría ocupado un alto cargo y que con toda probabilidad formaría parte del nuevo Gabinete.

En el colegio siempre me aventajaba sin esfuerzo, como si fuera algo natural. Fuimos condiscípulos en el Saint Athelstan's College de West Kensington durante casi toda nuestra época escolar. Tenía mi mismo nivel al llegar al colegio, pero me dejó muy atrás en una brillante sucesión de becas y de excepcional comportamiento. Sin embargo, creo que mi conducta fue más que aceptable. Y fue en el colegio donde oí hablar por primera vez de la 'Puerta en el Muro', de la que no volvería a saber nada hasta un mes antes de su muerte. Para él, al menos, la Puerta en el Muro era una puerta real, que conducía a unas realidades inmortales a través de un muro real. De eso ahora estoy totalmente seguro.

Y apareció en su vida muy pronto, cuando era un niño de cinco o seis años. Recuerdo, mientras se sentaba a hacerme su confesión con lenta gravedad, la forma en que razonaba y cavilaba sobre esta fecha. —Había —decía— una enredadera rojiza de Virginia... de un tono rojizo brillante y uniforme, apoyada sobre un muro blanco intensamente iluminado por la luz ambarina del sol. Eso se me quedó grabado de alguna manera, si bien no recuerdo exactamente cómo, y había hojas de castaño esparcidas sobre el perfecto empedrado delante de la puerta verde. Las hojas tenían manchas amarillas y verdes, sabes, no estaban ni secas ni sucias, por lo que debían estar recién caídas. Deduzco, por lo tanto, que era el mes de octubre. Todos los años estoy pendiente de las hojas de los castaños, y si no lo sé yo...

—Entonces, si estoy en lo cierto, debía de tener cinco años y cuatro meses.

Fue, me dijo él, un niño bastante precoz..., aprendió a andar a una edad anormalmente temprana y estaba tan sano y era tan

‘hombrecito’, como diría la gente, que le permitían una cantidad de iniciativas que la mayoría de los niños no asumen, a duras penas, hasta los siete u ocho años. Su madre había muerto cuando él tenía dos años y se encontraba al cuidado de una institutriz menos vigilante y autoritaria.

Su padre era un hombre de leyes severo y preocupado que le prestó poca atención y esperaba grandes cosas de él. Por su mucha inteligencia creo yo que la vida debió parecerle gris y anodina. Y así, un buen día, se fue a la ventura.

No podía recordar qué negligencia concreta le había permitido escaparse, ni tampoco el rumbo que había tomado entre las calles de West Kensington. Todo eso se había difuminado entre las brumas irremediables de su memoria. Pero el muro blanco y la puerta verde se mantenían firmes con perfecta claridad.

A juzgar por su recuerdo de aquella experiencia infantil, nada más ver aquella puerta había experimentado una insólita emoción, una atracción, un deseo de acercarse a ella, de abrirla y de cruzarla. Y al mismo tiempo había tenido la más absoluta convicción de que sería imprudente o desacertado por su parte —no supo decir cuál de las dos cosas— ceder a aquella atracción. Insistió, como dato curioso que conocía desde el principio, en que a menos que la memoria le hubiera jugado una mala pasada, la puerta no estaba cerrada y que podía entrar en cuanto se lo propusiera.

Me parece estar viendo la figura de aquel niño, atraído y repelido. Y también tenía muy claro en su mente que, aunque jamás se explicara el motivo por el que tenía que ser así, su padre se enfadaría mucho si él atravesaba aquella puerta.

Wallace me describió aquellos momentos de vacilación con todo lujo de detalles. Pasó justo delante de la puerta y entonces, con las manos en los bolsillos y haciendo un intento infantil de silbar, se paseó hasta más allá del final del muro. Allí recuerda que había un buen número de tiendas sórdidas y sucias y, en especial, la de un fontanero y decorador con un desorden polvoriento de cacharos, tubos, planchas de plomo, grifos, muestrarios de papeles pintados y botes de esmalte. Se detuvo allí fingiendo examinar estas cosas, suspirando por la puerta verde, deseándola apasionadamente.

Luego, dijo, sintió una oleada de emoción. Corrió hacia ella, no fuera a ser que la vacilación volviera a apoderarse de él, la abrió de

un empujón con la mano estirada y dejó que la puerta verde se cerrara de golpe tras él. Y así, en un tris, se encontró en el jardín que le obsesionaría durante toda su vida.

A Wallace le resultaba muy difícil transmitirme la exacta sensación que le había producido aquel jardín.

Había algo en su atmósfera que regocijaba, que le daba a uno una sensación de ligereza, de suceso venturoso y de bienestar; había algo en su visión sutilmente luminoso que daba perfección y nitidez a todos sus colores. En el mismo instante de entrar, uno se sentía exquisitamente feliz, como sólo en raros momentos y cuando se es joven y alegre puede sentirse uno en este mundo. Y allí todo era hermoso...

Wallace meditó antes de proseguir su relato.

—Verás —me dijo, con la titubeante inflexión de un hombre que se demora sobre unas cosas increíbles—, había allí dos grandes panteras... Sí, panteras moteadas. Y no tuve miedo. Había una larga y ancha vereda con arriates de flores orillados de mármol a ambos lados, y estas dos enormes y aterciopeladas bestias jugaban allí con una pelota. Una de ellas levantó la vista y vino hacia mí, con un poco de curiosidad, al parecer. Vino directamente hasta mí, frotó su suave y redonda oreja en la manita que yo le tendía, y ronroneó. Te digo que se trataba de un jardín encantado. Lo sé. ¿Que si era grande? ¡Oh! Se extendía a lo largo y a lo ancho en todas las direcciones. Creo que había colinas en la lejanía. Dios sabe adónde había ido a parar West Kensington de repente. Y en cierto modo, era como volver al hogar.

—¿Sabes? En el mismo instante que se cerró la puerta detrás de mí, olvidé la calle con sus hojas caídas, sus coches y los carros de los artesanos, olvidé la rémora que me hacía gravitar hacia la disciplina y la obediencia del hogar, olvidé todas las vacilaciones y temores, olvidé la discreción, olvidé todas las realidades íntimas de esta vida. En un momento me convertí en un niño maravillado y feliz en otro mundo. Era un mundo de distinta calidad, con una luz más cálida, más penetrante y suave, con una atmósfera clara y venturosa y unas bandadas de nubes bañadas por el sol que surcaban el azul de su cielo. Y ante mí se extendía esta larga y ancha vereda, tentándome, con macizos carentes de malas hierbas a ambos lados, rebosantes de flores crecidas libremente, y estas dos grandes panteras. Puse mis

manitas sin temor sobre su suave piel y acaricié sus redondas orejas y los sensibles recodos ocultos tras ellas, y jugué con ellas y era como si me estuvieran dando la bienvenida al hogar. Notaba una aguda sensación de regreso al hogar en mi corazón y cuando al poco apareció una muchacha alta y rubia en la vereda y salió a mi encuentro, sonriéndome y diciendo: ‘¿Y bien?’, y me levantó y me besó y volvió a ponerme en el suelo y me tomó de la mano, no mostré ningún asombro, sino sólo una impresión de deliciosa naturalidad, de que me recordaran las cosas dichas que de forma harto extraña me habían sido sustraídas.

Había anchos peldaños rojos, lo recuerdo muy bien, que aparecieron a la vista entre espigas de *consuelda*, y después de subirlos, llegamos a una gran avenida que transcurría entre árboles muy antiguos y frondosos. A lo largo de toda esta avenida, sabes, entre los tallos rojos agrietados, había asientos de honor de mármol y estatuas y palomas blancas muy mansas y sociables.

—Mi amiga me condujo a lo largo de esta fresca avenida, mirando hacia abajo (recuerdo sus facciones agradables, la barbilla finamente modelada de su dulce y gentil rostro), haciéndome preguntas con voz suave y acariciadora, y contándome cosas, cosas bonitas, lo sé, si bien jamás he sido capaz de recordar lo que eran... De pronto, un mono capuchino, muy limpio, con un pelo marrón rojizo y simpáticos ojos color avellana, bajó de un árbol hacia nosotros y corrió junto a mí, mirándome y haciéndome muecas y brincando de repente sobre mi hombro. Así que los dos proseguimos nuestro camino envueltos en una gran felicidad.

Hizo una pausa.

—Prosigue —dije yo.

—Recuerdo pequeñas cosas. Pasamos junto a un anciano absorto entre los laureles, lo recuerdo, y por un lugar regocijado por los papagayos y, a través de un amplio peristilo sombreado, llegamos ante un palacio fresco y espacioso, lleno de fuentes placenteras, lleno de cosas hermosas, lleno de cuantos caprichos pudieran antojársele al corazón. Y había muchas cosas y muchas personas, algunas de las cuales aún las recuerdo con claridad y otras, en cambio, más vagamente; pero todas estas personas eran hermosas y amables. En cierto modo, no sé exactamente cómo, se me dio a entender que todas eran amables conmigo, que estaban contentas

de tenerme allí, y me colmaban de alegría con sus gestos, con el tacto de sus manos, por la mirada de bienvenida y afecto que había en sus ojos. Sí...

Caviló durante un rato. —Allí encontré compañeros de juegos. Y eso fue mucho para mí, porque yo era un niño solitario. Jugaban a unos juegos deliciosos en un prado cubierto de hierba donde había un reloj de sol hecho de flores. Y mientras uno jugaba, uno amaba...

—Pero... es extraño... hay un vacío en mi memoria. No recuerdo los juegos a que jugábamos. Jamás los recordé. Más tarde, de chico, pasé muchas horas intentando, incluso con lágrimas, recordar la forma de esta felicidad. Quería volver a jugar a ella una y otra vez... en mi cuarto de juegos... solo. ¡No! Todo lo que recuerdo es aquella felicidad y a los dos queridos compañeros de juegos que fueron más cariñosos conmigo... Luego, de improviso, apareció una mujer morena y sombría, con cara pálida y grave y ojos soñadores, una mujer sombría vestida con una túnica larga y lisa de púrpura pálida, y que llevaba un libro, y me hizo señas y me llevó aparte con ella hasta una galería que se asomaba a un vestíbulo... si bien mis compañeros de juegos se mostraban reacios a dejarme marchar y dejaron de jugar y se quedaron mirándome mientras me arrancaban de su lado, ‘¡Vuelve con nosotros!’, gritaron. ‘Vuelve pronto con nosotros’. Alcé la vista hacia ella, pero no les prestó la menor atención. Su cara era muy dulce y grave. Me llevó hasta un asiento de la galería y me quedé de pie junto a ella, dispuesto a mirar en su libro mientras empezaba a abrirlo sobre sus rodillas. Las páginas se abrieron. Ella señaló y yo miré, maravillado, porque en las páginas vivientes de aquel libro me vi a mí mismo; era un cuento sobre mí, y en él se encontraban todas las cosas que me habían ocurrido desde mi nacimiento...

—A mí me parecía maravilloso, porque las páginas del libro no eran estampas, ¿comprendes?, sino realidades.

Wallace se detuvo gravemente y me miró con aire de duda.

—Prosigue —le dije—. Te comprendo.

—Eran realidades... sí, deben de haberlo sido, sin duda; la gente se movía y las cosas iban y venían dentro de ellas; mi querida madre, a quien casi había olvidado, luego mi padre, severo y recto, los criados, el cuarto de juegos, todas las cosas familiares de mi hogar. Luego la puerta principal y las calles bulliciosas con el vaivén del

tráfico. Miré y me maravillé, y volví a mirar confundido la cara de la mujer y pasé las páginas, saltándome esto y lo otro, para ver cada vez más de este libro, y así llegué por fin al momento en que, indeciso y vacilante, titubeaba ante la puerta verde del largo muro blanco, y volví a sentir el mismo conflicto y el mismo miedo.

—¿Y luego? —grité yo, y hubiera vuelto la página, pero la fría mano de la grave mujer me detuvo.

—¿Y luego? —insistí yo, y luché dulcemente con su mano, levantando sus dedos con todas mis fuerzas infantiles, y mientras cedía y yo pasaba la página, se inclinó hacia mí como una sombra y me besó en la frente.

—Pero en la página no se veía el jardín encantado, ni las panteras, ni la muchacha que me había llevado de la mano, ni los compañeros de juegos que se habían mostrado tan reacios a dejarme marchar. Se veía una calle larga y gris de West Kensington, en aquella fría hora de la tarde antes de que se enciendan los faroles; y yo estaba allí, como una figurita desamparada, llorando fuertemente, que era todo lo que podía hacer para frenar mi pena, y lloraba porque no podía volver con mis queridos compañeros de juegos que me habían gritado al marcharme, ‘Vuelve con nosotros ¡Vuelve pronto con nosotros!’. Allí estaba. Ésta no era ninguna página de libro, sino la cruda realidad; ese lugar encantado y la mano firme de la grave madre junto a cuyas rodillas yo había permanecido de pie, se habían ido... ¿Y adónde habían ido?

Se detuvo nuevamente, y permaneció un rato contemplando el fuego fijamente.

—¡Oh, la calamidad de aquel regreso! —murmuró.

—¿Y bien? —dije yo tras un minuto o así.

—¡Cuán desdichado me sentía! ¡Otra vez de vuelta en este mundo gris! Y a medida que comprendía lo que me había sucedido en toda su totalidad, me abandoné a una pena absolutamente incontrolable. Y la vergüenza y la humillación de aquellas lágrimas en público y mi desgraciada vuelta al hogar no me han abandonado desde entonces. Estoy viendo de nuevo al anciano caballero de mirada benevolente y gafas de oro que se detuvo a hablar conmigo... pinchándome primero con su paraguas. — Pobrecito —dijo él—. ¿Es que te has perdido? —¡Y yo un niño londinense de unos cinco años! Y él, cómo no, debió recurrir a un amable policía,

convertirme en un espectáculo público para acompañarme a casa después. Sollozando, llamativo y asustado, así fue como volví desde el jardín encantado hasta los peldaños de la casa de mi padre.

—Así es lo mejor que puedo recordar la visión de aquel jardín... el jardín que aún me obsesiona. Naturalmente, no puedo transmitir nada de aquella indescifrable calidad de irrealidad translúcida que todo lo envolvía, de aquella diferencia con las cosas que se experimentan comúnmente. Pero eso... eso es lo que sucedió. Fue un sueño, estoy seguro de que se trató de un sueño realizado a la luz del día y un sueño absolutamente extraordinario... ¡Hum! Naturalmente, la segunda parte fue un terrible interrogatorio por parte de mi tía, mi padre, la niñera, el ama de llaves... todo el mundo.

—Traté de contárselo todo, y mi padre me dio mi primera azotaina por contar mentiras.

Cuando más tarde intenté contárselo a mi tía, volvió a castigarme por mi persistencia en el embuste. Luego, como ya dije, a todo el mundo le fue prohibido escucharme ni una sola palabra de todo el asunto. Incluso llegaron a confiscarme mis libros de cuentos de hadas durante un tiempo... porque yo era demasiado ‘imaginativo’. ¡Ah, sí! ¡Eso es lo que hicieron! Mi padre pertenecía a la vieja escuela... y mi historia quedó sofocada en mí mismo. Se la susurraba a mi almohada... a mi almohada que con frecuencia resultaba húmeda y salada para mis labios susurrantes debido a mis lágrimas infantiles. Y siempre añadía a mis oraciones oficiales y poco fervientes esta sentida súplica: ‘Por favor Señor, que pueda soñar con mi jardín. ¡Oh! ¡Llévame otra vez a mi jardín!’. ¡Llévame otra vez a mi jardín! Soñé a menudo con el jardín. Podía haberlo aumentado, podía haberlo cambiado, no lo sé... Todo esto, comprendes, es un intento de reconstruir una experiencia muy temprana a partir de unos recuerdos fragmentarios. Entre éste y los demás recuerdos consecutivos de mi niñez hay un abismo. Llegó un momento en que me parecía imposible volver a hablar de esa visión maravillosa.

Yo le formulé una pregunta obvia.

—No —dijo él—. No recuerdo haber intentado jamás encontrar de nuevo el camino del jardín en aquellos primeros años. Ahora me parece extraño, pero creo que se debió probablemente a que mis

movimientos fueron más estrechamente vigilados tras este percance para impedir que me extraviara otra vez. No, hasta que tú me conociste no volví a intentar encontrar el jardín. Y estoy seguro que hubo un período, por muy increíble que parezca ahora, en que olvidé completamente el jardín, y puede que fuera cuando tenía siete u ocho años. ¿Te acuerdas de mí cuando éramos muchachos en Saint Athelstan's? ¡Cómo no!

—¿Y verdad que en aquellos días no mostré ninguna señal de tener un sueño secreto?

II

Levantó la vista con una sonrisa repentina.

—¿Jugaste alguna vez conmigo al 'Pasaje al Noroeste'?... No, claro. ¡Tú no venías por mi camino!

—Era un juego tan emocionante —prosiguió— que todos los niños con mucha imaginación se pasaban el día jugando a él. Consistía en descubrir un Pasaje al Noroeste para llegar al colegio. El camino del colegio era muy sencillo y el juego consistía en encontrar alguno que no lo fuera, saliendo diez minutos antes en alguna dirección casi imposible y dando un rodeo pasando por calles inusuales para alcanzar la meta. Y un buen día quedé atrapado en la maraña de algunas calles bastante sórdidas que se encuentran al otro lado de Campden Hill y empecé a pensar que por una vez el juego se ponía en contra mía y que llegaría tarde al colegio. Me metí a la desesperada por una calle que parecía un callejón sin salida y encontré un pasaje en su extremo. Pasé por él apresuradamente y con esperanzas renovadas. 'Voy a conseguirlo a pesar de todo', me dije, y me encontré delante de una hilera de tiendecillas mugrientas que me resultaban inexplicablemente familiares y ¡mira por dónde, allí estaba mi largo muro blanco con la puerta verde que conducía al jardín encantado!

—Aquel descubrimiento cayó sobre mí como un mazazo. O sea, que

aquel jardín maravilloso, ¡no había sido un sueño después de todo! Hizo una pausa.

—Supongo que mi segunda experiencia con la puerta verde marca la enorme diferencia que existe entre la vida atareada de un colegial y la ociosidad infinita de un niño. Con todo, esta segunda vez no pensé ni por un momento en entrar inmediatamente. Verás... por una parte, en mi cabeza no bullía más idea que la de llegar a tiempo al colegio... para no romper mi récord de puntualidad. No cabe duda de que debí sentir al menos *algún* pequeño deseo de abrir la puerta... sí. Debí sentirlo... Pero me parece recordar la atracción de la puerta principalmente como otro obstáculo para mi todopoderosa determinación de llegar al colegio. Estaba enormemente interesado en este descubrimiento, por supuesto... proseguí sin poder apartarlo de mi cabeza... pero proseguí. No me frenó. Pase corriendo por delante, saqué el reloj de un tirón y vi que aún me quedaban diez minutos, y a continuación estaba bajando la cuesta hacia un entorno más familiar. Llegué al colegio, sin resuello, es cierto, y empapado de sudor, pero a tiempo. Recuerdo que colgué mi abrigo y mi sombrero... Había pasado por delante y la había dejado atrás. ¡Qué extraño! ¿Verdad?

Me miró pensativo. —Claro que entonces no sabía que no estaría allí para siempre. Los colegiales tienen una imaginación limitada. Supongo que pensé que era absolutamente maravilloso saber que estaba allí, y saber volver hasta ella, pero la idea del colegio me arrastraba con fuerza. Me imagino que aquella mañana debí estar muy distraído y desatento, recordando cuanto podía a las hermosas y extrañas personas que pronto volvería a ver. Por muy extraño que parezca no albergaba ninguna duda en mi mente de que ellas se alegrarían de verme... Sí, debí pensar en el jardín aquella mañana sólo como un bello lugar al que uno podía recurrir en los interludios de un intenso curso escolar.

—Aquel día no volví en absoluto. Al día siguiente tenía fiesta por la tarde y tal vez aquello influyera. Es posible que también mi falta de atención me acarreada algún castigo y me recortara el margen de tiempo necesario para dar el rodeo. No lo sé. Lo que sí sé es que mientras tanto el jardín encantado se apoderó hasta tal punto de mis pensamientos, que tuve que compartirlo con alguien. Se lo conté a... ¿Cómo se llamaba?... un jovencito con cara de hurón al

que le habíamos puesto el apodo de Squiff.

—El joven Hopkins —dije yo.

—Hopkins, eso es. No me apetecía contárselo. Tenía la sensación de que al hacerlo iría, en cierto modo, en contra de las reglas, pero se lo conté. Solíamos hacer juntos parte del camino hacia casa, era hablador, y si no hubiéramos hablado del jardín encantado habríamos hablado de cualquier otra cosa, y a mí me resultaba intolerable pensar en ningún otro tema. Y así me fui de la lengua.

—Pues bien, él desveló mi secreto, y al día siguiente durante el recreo me encontré rodeado por media docena de chicos mayores que, medio en broma, sentían una profunda curiosidad por saber más sobre el jardín encantado. Estaba el grandullón de Fawcett... ¿Te acuerdas de él?... y Carnaby y Morley Reynolds. ¿Por casualidad, no estarías tú también? No, creo que lo recordaría si hubieras estado...

—Un muchacho es una criatura con extraños sentimientos. Yo me sentía, estoy totalmente seguro, a pesar de mi secreta sensación de disgusto, un poco halagado de gozar de la atención de estos grandullones. Recuerdo especialmente el instante de placer que me produjo el elogio de Cranshaw... ¿Te acuerdas de Cranshaw el mayor, el hijo de Cranshaw el compositor?... que dijo que era la mejor mentira que había oído en su vida. Pero al mismo tiempo me sentía invadido por una sensación de vergüenza realmente dolorosa por tener que contar lo que yo consideraba como el más sagrado de los secretos. Y ese bestia de Fawcett hizo un chiste sobre la muchacha de verde...

La voz de Wallace zozobró al revivir el recuerdo de aquella vergüenza. —Fingí no oír. Dijo—: Bien, entonces Wallace me llamó jovencito mentiroso y disputó conmigo cuando le dije que todo era verdad. Dije que sabía dónde encontrar la puerta verde y que podía llevarles allí en diez minutos. Carnaby se volvió insultantemente virtuoso y me dijo que tendría que hacerlo... tendría que demostrar mis afirmaciones o sufrir las consecuencias. ¿Te retorció a ti Carnaby alguna vez el brazo? Entonces quizá comprendas lo que hizo conmigo. Juré que mi historia era cierta. En aquella época no había nadie en el colegio que pudiera salvar a un muchacho de la furia de Carnaby, aunque Cranshaw dijo unas palabras en mi favor. Carnaby ya tenía lo que quería. Me excitó y me puse colorado hasta

las orejas y me asusté un poco. Me comporté absolutamente como un niño pequeño y tonto, y el resultado fue que en vez de dirigirme solo hacia mi jardín encantado, partí inmediatamente, con las mejillas ruborizadas, las orejas calientes, los ojos escocidos, y con el alma ardiéndome por la angustia y la vergüenza, a la cabeza de un tropel de seis condiscípulos burlones, curiosos y amenazadores.

—No encontramos jamás ni el muro blanco ni la puerta verde.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que no pude encontrarlos. Los habría encontrado si hubiera podido. Y más tarde, cuando pude ir solo, no pude encontrarlos. Jamás los encontré. Ahora me parece que siempre los estuve buscando durante mis años de colegio, pero jamás conseguí encontrarlos... ¡Jamás!

—¿Se pusieron muy desagradables... los compañeros?

—Muy desagradables... Carnaby celebró un consejo acusándome de mentira escandalosa.

Recuerdo que entré furtivamente en mi casa y subí a mi cuarto para ocultar las huellas de mis berridos. Pero cuando agoté mis lágrimas hasta quedarme por fin dormido, no lloraba por culpa de Carnaby, sino por el jardín, por la maravillosa tarde que había esperado pasar, por las dulces y afectuosas mujeres y por los compañeros de juegos que me aguardaban y por el juego que había confiado en volver a aprender, aquel hermoso juego que había olvidado...

Tuve la certeza de que si no lo hubiera contado... Lo pasé muy mal después de aquello... llorando por las noches y ensimismado durante el día. Me descuidé durante dos trimestres y tuve malas notas. ¿Te acuerdas? ¡Claro que te acuerdas! Fue por ti... el hecho de que tú me ganaras en matemáticas volvió a hacerme empollar.

III

Mi amigo permaneció un rato contemplando fijamente y en silencio el rojo corazón del fuego. Luego dijo:

—Jamás volví a verlo hasta que tuve diecisiete años. Surgió ante mis ojos por tercera vez mientras me dirigía en coche a la estación de Paddington, de camino a Oxford para conseguir una beca. Sólo la vislumbré un momento. Estaba inclinado hacia adelante en mi cabriolet fumando un cigarrillo y considerándome, sin duda, un hombre de mucho mundo, cuando hete aquí, de repente, la puerta, el muro, la querida sensación de cosas inolvidables y todavía al alcance.

Charlábamos ruidosamente... yo demasiado cogido por sorpresa como para detener mi coche antes de haber pasado ampliamente de largo y haber doblado una esquina. Luego pasé por un momento extraño, un doble movimiento divergente de mi voluntad: golpeé suavemente la portezuela en el techo del coche y bajé mi brazo para sacar el reloj. ‘¡Sí, señor!’, dijo el cochero con viveza. —Esto... bueno... no, nada —grité yo—. ¡Me he equivocado! ¡No tenemos mucho tiempo! ¡Prosiga! —Y él prosiguió...

Obtuve mi beca. Y la noche después de que me dieran la noticia me senté junto al fuego de mi cuartito de arriba, mi estudio, en casa de mi padre, con sus elogios, sus raros elogios y sus sólidos consejos resonando en mis oídos, fumando mi pipa favorita, la formidable pipa de la adolescencia, y entonces me puse a pensar en aquella puerta del largo muro blanco. —Si me hubiera detenido —pensé— hubiera perdido mi beca, me hubiera perdido Oxford, hubiera echado a perder la excelente carrera que tengo en perspectiva. ¡Empiezo a ver mejor las cosas! —Me quedé cavilando profundamente, pero entonces no tenía duda alguna de que esta carrera mía era algo que merecía un sacrificio.

—Aquellos queridos amigos y la diafanidad de aquella atmósfera me parecieron muy entrañables, muy agradables, pero remotos. Ahora era el mundo quien se adueñaba de mi interés. Vi otra puerta entreabierta... la puerta de mi carrera.

Volvió a contemplar fijamente el fuego cuya luz rojiza hizo brotar de su cara, durante una fracción de segundo, una fuerza inquebrantable que enseguida volvió a desvanecerse.

—Bien —dijo, y suspiró—. Me he entregado a esa carrera. He trabajado mucho... y muy intensamente. Pero he soñado con el jardín encantado en un millar de sueños, y he visto su puerta o, al menos, la he vislumbrado cuatro veces desde entonces. Sí, cuatro

veces. Hubo una época en que este mundo resultaba tan brillante e interesante, parecía tan lleno de significados y de oportunidades, que el encanto semiborroso del jardín resultaba, en comparación, dulce y remoto. ¿Quién piensa en dar palmaditas a las panteras cuando acude a cenar con bellas mujeres y hombres de fama? Volví a Londres desde Oxford convertido en una persona en quien se depositaban grandes esperanzas y creo haber hecho algo para cumplirlas. Algo... y, sin embargo, he sufrido decepciones... Me he enamorado dos veces, no me detendré en eso, pero una vez, cuando iba a ver a alguien que sabía que dudaba de que yo me atreviera a ir a verle, tomé por un atajo a la ventura que atravesaba una calle poco concurrida cerca de Earl's Court, y así desemboqué directamente delante de un muro blanco y de una puerta verde familiar. '¡Qué extraño!', me dije, 'si yo creía que este lugar se encontraba en Campden Hill. Es el lugar que jamás he podido encontrar, algo así como contar las piedras de Stonehenge, el lugar de ese estrambótico sueño que tuve a la luz del día'. Y pasé de largo inmerso en mi propósito. Aquella tarde no tenía ningún atractivo para mí.

Sólo experimenté un momentáneo impulso de tantear la puerta, a tres pasos de distancia de mí como mucho, aunque estaba totalmente seguro en el fondo de mi corazón de que se abriría ante mí, pero luego pensé que al hacerlo podría llegar tarde a aquella cita en la que estaba comprometido mi honor. Más tarde lamenté mi puntualidad; podía al menos haberme asomado para saludar con la mano a aquellas panteras, pero para entonces ya sabía que no hay que volver a buscar tardíamente aquello que no se ha encontrado buscándolo. Sí, aquella vez lo lamenté profundamente... Vinieron años de duro trabajo después de eso y jamás volví a ver la puerta. Y sólo hace muy poco que se me ha aparecido de nuevo. Volvió acompañada de una sensación... como si una sutil veladura se hubiera extendido por sí sola sobre mi mundo. Empecé a pensar con amargura y pena que jamás volvería a ver aquella puerta. Tal vez sufriera por exceso de trabajo o tal vez fuera aquella sensación que se tiene al llegar a los cuarenta, de la que tanto había oído hablar, no lo sé. Pero ciertamente la brillante perspicacia que convierte el esfuerzo en algo fácil acababa de desaparecer y justo en un momento en que con todos los nuevos acontecimientos políticos,

yo debía estar trabajando. ¿Verdad que es extraño? Pero la vida empieza a parecerme realmente fatigosa y sus recompensas, a medida que me acerco a ellas, de pacotilla. He empezado hace poco a desear el jardín con todas mis fuerzas. Sí... y lo he visto tres veces.

—¿El jardín?

—¡No!... ¡la puerta! ¡Y no he entrado!

Se inclinó hacia mí sobre la mesa con una enorme aflicción en la voz mientras hablaba.

—Tres veces he disfrutado de la oportunidad... ¡Tres veces! Si alguna vez esa puerta vuelve a ofrecérseme, juro que entraré, que me alejaré de las fatigas de la vida, de los estériles oropeles de la vanidad y de estas laboriosas futilidades. Me iré y no volveré jamás. Esta vez me quedaré... Lo juré, y cuando llegó el momento no fui. Pasé por delante de aquella puerta tres veces en un año y no me resolví a entrar. Tres veces el año pasado.

La primera vez fue la noche del agrio desacuerdo sobre la Ley de Rescate de Arrendamientos, en la que el gobierno se salvó por una mayoría de tres votos. ¿Lo recuerdas? Nadie de nuestro partido y tal vez muy pocos de la oposición, esperaban que todo acabara aquella noche. Luego el debate se vino abajo como un castillo de naipes. Hopkins y yo estábamos cenando con su primo en Brentford; ambos estábamos desparejados, y cuando nos llamaron por teléfono salimos inmediatamente en el automóvil de su primo. Llegamos allí justo a tiempo, y en el trayecto pasamos por delante de mi muro y de mi puerta... lívida a la luz de la luna, manchada de un amarillo rojizo bajo la luz del resplandor de nuestros faros, pero inconfundible. —¡Dios mío! —exclamé yo. —¿Qué? —dijo Hopkins.

—¡Nada! —contesté, y el momento pasó.

He hecho un inmenso sacrificio —le dije al jefe del grupo parlamentario al entrar. —Todos lo han hecho —dijo él alejándose apresuradamente.

Aun ahora, no veo cómo podría haber obrado entonces de otra forma. Y la vez siguiente fue mientras me precipitaba a la cabecera de la cama de mi padre para darle el último adiós al austero anciano. También entonces las exigencias de la vida resultaban imperiosas. Pero la tercera vez fue diferente, sólo hace una semana que ocurrió y me llena de insufribles remordimientos el mero hecho

de recordarlo. Yo estaba con Gurker y Ralphs..., ahora ya no es ningún secreto, sabes, que yo sostuviera una charla con Gurker. Habíamos cenado en Frobisher's, y la conversación había adquirido un tono íntimo entre los aledaños de la discusión. Sí, sí. Está todo decidido. No es necesario hablar de ello todavía, pero no hay ninguna razón para no hacerte partícipe del secreto. Sí... ¡gracias! Pero déjame que te exponga mi relato.

—Entonces, aquella noche, había muchas cosas en el aire. Mi posición era muy delicada. Ansiaba vivamente obtener una palabra definitiva por parte de Gurker, pero me veía obstaculizado por la presencia de Ralphs. Estaba utilizando toda la capacidad de mi ingenio para que aquella conversación ligera e intrascendente no se centrara con demasiada evidencia en el punto que me concernía. No tuve más remedio que hacerlo. El comportamiento de Ralphs desde entonces ha justificado con creces mi precaución... Sabía que Ralphs nos dejaría una vez pasada la High Street de Kensington y entonces podría sorprender a Gurker con mi repentina franqueza. Uno tiene que recurrir, a veces, a estas pequeñas estratagemas... Y fue entonces cuando en el margen de mi campo visual tuve conciencia una vez más del muro blanco; y la puerta verde se encontraba ante nosotros, al final de la calle.

—Pasamos por delante charlando. Pasé por delante de ella. Aún estoy viendo la sombra del marcado perfil de Gurker, su sombrero de copa inclinado sobre su nariz prominente, los muchos pliegues de su bufanda por delante de mi sombra y de la de Ralphs, mientras proseguíamos indolentemente nuestro camino. Pasé a una distancia de veinte pulgadas de la puerta. 'Si les doy las buenas noches y entro', me pregunté, '¿qué ocurrirá?' Pero estaba totalmente sobre ascuas, esperando aquella palabra de Gurker.

—No pude contestarme a aquella pregunta sumido en la maraña de mis otros problemas. 'Creerán que estoy loco', pensé. '¿Y supongamos que desapareciera ahora? ¡Asombrosa desaparición de un político eminente!' Eso pesó demasiado. Un millón de inconcebibles consideraciones mezquinas y mundanas pesaron sobre mí durante aquella crisis.

Entonces, se volvió hacia mí con una sonrisa afligida y, hablando lentamente, dijo: —¡Y aquí estoy!

—¡Aquí estoy! —repitió— y he perdido mi oportunidad. Tres veces

en un solo año la puerta se ofreció a mí... esa puerta que conduce a la paz, al goce, a la belleza más allá de lo que se pueda soñar, a una dulzura que ningún hombre sobre la tierra puede conocer. Y yo la he rechazado, Redmond, y ha desaparecido para siempre...

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Lo sé. Sólo me queda, como expiación, perseverar en las tareas que con tanta fuerza me retuvieron cuando llegaron mis momentos. Dices que yo tengo éxito... esta cosa vulgar, chillona, fastidiosa y envidiada. Sí, lo tengo. —Tenía una nuez en su gran mano. —Si esto fuera mi éxito —dijo, y la trituró, y alargó la mano para que yo la viera.

—Déjame que te diga algo, Redmond. Esta pérdida me está destruyendo. Desde hace dos meses, casi diez semanas, no he atendido a mi trabajo en absoluto, excepto a las obligaciones más necesarias y urgentes. Mi alma está llena de implacable pesar. Por las noches, cuando es menos probable que me reconozcan, salgo a la calle. Y camino a la ventura. Sí. Me pregunto qué pensaría la gente si lo supiera. Un Ministro del Gabinete, la cabeza responsable del departamento más vital de todos, vagando a la ventura solo... afligido... algunas veces lamentándose ostensiblemente... ¡por una puerta, por un jardín!

IV

Aún ahora parece que estoy viendo el sombrío fuego que desacostumbradamente se había apoderado de sus ojos. Le veo muy vívidamente esta noche. Estoy aquí sentado rememorando sus palabras, sus tonos, y la *Westminster Gazette* de ayer tarde yace todavía en mi sofá, conteniendo la noticia de su muerte. Hoy, a la hora del almuerzo, el club estaba muy concurrido a causa de su muerte. No se hablaba de otra cosa.

Encontraron su cuerpo ayer por la mañana muy temprano en una profunda excavación cerca de la estación de East Kensington. Es

uno de los dos pozos realizados en relación con una ampliación de los ferrocarriles del sur. Está protegido de los intrusos mediante una empalizada de madera situada en la parte alta de la calle, en la que se ha abierto una pequeña entrada para comodidad de algunos de los obreros que viven en aquella dirección. Por un malentendido entre dos miembros de la cuadrilla, la entrada no había sido bloqueada y por ella debió pasar Wallace.

Mi mente está inmersa en un mar de preguntas y enigmas.

Al parecer, aquella noche, él realizó todo el trayecto andando desde la Cámara. Solía ir a pie, con frecuencia, hasta su casa durante la última sesión, y así es como me imagino su oscura silueta vagando por las desiertas calles, arropada y ensimismada, por lo tardío de la hora. Y luego, ¿acaso las pálidas luces eléctricas cercanas a la estación dotaron a la tosca empalizada de un simulacro de blanco? ¿Despertó en él algún recuerdo aquella puerta fatal sin cerrar? ¿Acaso hubo alguna vez una puerta verde en el muro, después de todo?

Yo no lo sé. He contado esta historia igual que él me la contó a mí. Hay veces en que creo que Wallace no fue más que la víctima de una coincidencia entre una rara, aunque no sin precedentes, clase de alucinación y una trampa producto del descuido, pero de eso, si he de ser sincero, no tengo una convicción muy profunda.

Podéis tildarme de supersticioso, si queréis, y de disparatado, pero en verdad, estoy bastante convencido de que él estaba dotado de un don prodigioso, y de un sentido —ignoro cuál— que, bajo la apariencia de un muro y de una puerta, le ofrecía una salida, una secreta y peculiar vía de escape a otro mundo absolutamente más hermoso. En cualquier caso, le traicionó al final, diréis vosotros. Pero, ¿le traicionó realmente? Aquí os enfrentáis con el más recóndito misterio de estos soñadores, de estos hombres visionarios e imaginativos. Para nosotros el mundo sólo tiene formas vulgares, una empalizada, un foso... De acuerdo con nuestras normas cotidianas, él pasó de la seguridad a las tinieblas, al peligro, y a la muerte.

Pero, ¿fue realmente así para él?

El país de los ciegos

A más de trescientas millas del Chimborazo y a cien de las nieves del Cotopaxi, en el territorio más inhóspito de los Andes ecuatoriales, se encuentra un misterioso valle de montaña, el País de los Ciegos, aislado del resto de los hombres. Hace muchos años ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar por fin sus uniformes praderas atravesando pavorosos barrancos y un helado desfiladero; y unos hombres lograron alcanzarlo de verdad, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y de la tiranía de un malvado gobernante español. Luego sobrevino la asombrosa erupción del Mindobamba, que sumió en las tinieblas durante diecisiete días a la ciudad de Quito y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces muertos llegaron flotando hasta el mismo Guayaquil; por doquier, a lo largo de las pendientes del Pacífico, hubo derrumbamientos y deshielos veloces e inundaciones repentinas, y una ladera completa de la antigua cumbre del Arauca se desprendió, desplomándose con gran estruendo, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de estos primeros pobladores se hallaba por azar al otro lado de los barrancos cuando el mundo se estremeció de un modo tan terrible, y se vio forzosamente obligado a olvidar a su esposa y a su hijo y a todos los amigos y pertenencias que había dejado allá arriba, y a empezar una nueva vida en el mundo inferior. Volvió a empezarla, pero enfermo; le sobrevino una ceguera y murió en las minas a causa de los malos tratos. Pero la historia que él contó engendró una leyenda que ha perdurado a lo largo de la Cordillera de los Andes hasta nuestros días.

Contó la razón que le había impulsado a aventurarse a abandonar aquel guájar adonde había sido transportado por primera vez atado al lomo de una llama, junto con un enorme bulto de enseres,

cuando era niño. El valle, decía, poseía todo cuanto pudiera desear el corazón del hombre: agua dulce, pastos y un clima benigno, laderas de tierra fértil y rica con marañas de arbustos que producían un fruto excelente, y de uno de los costados colgaban vastos pinares que frenaban las avalanchas en lo alto. Mucho más arriba, por tres costados, inmensos riscos de rocas de color gris verdoso estaban coronados de casquetes de hielo; pero la corriente del glaciar no caía sobre ellos, sino que se precipitaba por las pendientes más alejadas y sólo de vez en cuando, las enormes masas de hielo rodaban por la ladera del valle. En este valle ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban ricos pastos verdes que la irrigación esparcía en toda la extensión del valle. Los colonizadores habían hecho realmente una buena labor en aquel lugar. Sus animales se criaron bien y se multiplicaron y no había más que una cosa que ensombreciera su dicha. Y sin embargo bastaba para ensombrecerla sobremanera. Una extraña enfermedad se había abatido sobre ellos haciendo que no sólo todos los niños nacidos allí, sino también muchos de los otros niños mayores, fueran atacados por la ceguera. Para buscar algún amuleto o antídoto contra esta plaga fue precisamente por lo que él, enfrentándose con la fatiga, los peligros y las dificultades, había bajado nuevamente por la garganta. En aquellos tiempos, en semejantes casos, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados, y a él le parecía que la razón de esta calamidad debía estar motivada por la negligencia de estos inmigrantes sin sacerdote de no levantar un altar tan pronto como habían entrado en el valle. Él quería un altar, un altar bonito, barato y eficaz, para levantarlo en el valle; quería reliquias y todos aquellos poderosos símbolos de la fe, como objetos bendecidos, medallas misteriosas y oraciones. En su mochila llevaba una barra de plata cuyo lugar de procedencia no quiso explicar, insistiendo que en el valle no había plata, con la reiteración propia de un mentiroso inexperto. Dijo que habían fundido todas sus monedas y adornos en una sola pieza para comprar el sagrado remedio contra su enfermedad, ya que allá arriba para poco o nada necesitaban aquel tesoro. Me imagino a este joven montañés de ojos turbios, requemado por el sol, flaco y ansioso, sujetando febrilmente el ala del sombrero, un hombre totalmente ignorante de las costumbres

del mundo inferior, contándole esta historia, antes de la gran convulsión, a algún atento sacerdote de mirada astuta. Parece que le estoy viendo ahora mismo intentando regresar con remedios piadosos e infalibles contra aquel mal y la infinita congoja con la que debió contemplar la magnitud de la catástrofe que había obstruido la garganta de la que un día había salido. Pero nada sé del resto de la historia de sus infortunios, excepto que murió varios años después en trágicas circunstancias. ¡Pobre oveja descarriada de aquella lejanía! La corriente que antaño había formado la garganta prorrumpe ahora desde la boca de una cueva rocosa, y la leyenda a que había dado paso su desdichada historia mal contada se convirtió en la leyenda de una raza de hombres ciegos que existía en alguna parte ‘más allá de las montañas’, la leyenda que aún hoy se puede escuchar.

Y en medio de la escasa población de aquel valle ahora aislado y olvidado, la enfermedad siguió su curso. Los ancianos se volvieron cegatos y andaban a tientas, los jóvenes veían pero confusamente, y los niños que les nacieron no vieron jamás. Pero la vida era fácil en aquel remanso, perdido para todo el mundo, donde no había ni zarzas ni espinas, ni insectos dañinos ni bestias, excepto las apacibles llamas que habían arrastrado, empujado y seguido al remontar los cauces de los mermados ríos en las gargantas por las que ascendieron. El ofuscamiento de la vista había sido tan gradual que apenas se dieron cuenta de su pérdida. Guiaban a los niños ciegos de acá para allá hasta que llegaban a conocer el valle maravillosamente bien; y cuando por fin la vista se agotó entre ellos, la raza sobrevivió. Tuvieron incluso tiempo de adaptarse a controlar a ciegas el fuego, que encendían con cuidado en hornillos de piedra. Al principio fueron una raza simple, analfabeta, sólo ligeramente tocada por la civilización española, pero con restos de tradición artística del antiguo Perú y de su perdida filosofía. A una generación le siguió otra. Olvidaron muchas cosas, inventaron otras muchas. Su tradición del mundo mayor del que procedían adquirió un tinte mítico e incierto. En todas las cosas, excepto en la vista, eran recios y capaces, y al poco, por los azares del nacimiento y de la herencia, surgió entre ellos alguien que poseía una mente original, que sabía hablarles y persuadirles de las cosas; y luego surgió otro. Estos dos murieron, dejando sus efectos, y la pequeña

comunidad creció en número y en entendimiento, y enfrentó y resolvió los problemas económicos y sociales que se presentaban. A una generación le siguió otra. Y a ésta otra más. Vino un tiempo en que nació un niño, quince generaciones después de aquel antepasado que había salido del valle con una barra de plata en busca de la ayuda de Dios y que jamás volvió. Aproximadamente entonces fue cuando, por azar, apareció en esta comunidad un hombre procedente del mundo exterior. Y esta es la historia de aquel hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y había visto el mundo, un lector de libros de un modo original, un hombre avisado y emprendedor que fue contratado por un grupo de ingleses que había venido a Ecuador para escalar montañas, en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Él escaló y escaló allá, y después vino el intento de escalar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior.

La historia del accidente ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Cuenta cómo el grupo fue venciendo su difícil y casi vertical camino hasta los mismos pies del último y mayor de los precipicios y cómo construyeron un refugio nocturno entre la nieve, sobre el pequeño saliente de una roca, y con un toque de auténtico dramatismo, cómo se dieron cuenta al poco tiempo de que Núñez ya no estaba entre ellos. Gritaron y no hubo respuesta. Gritaron y silbaron y, durante el resto de la noche, ya no pudieron conciliar el sueño.

A la clara luz de la mañana hallaron las huellas de su caída. Parece imposible que él no pudiera articular ni un sonido. Había resbalado hacia el este, en dirección a la ladera desconocida de la montaña; mucho más abajo se había golpeado contra un escarpado helero y había seguido bajando abriendo un surco en medio de una avalancha de nieve. Su rastro iba a parar directamente al borde de un pavoroso precipicio, y más allá de éste todo quedaba sumido en el misterio. Abajo, mucho más abajo, a una distancia indeterminada a causa de la bruma, pudieron ver unos árboles que se erguían en un valle angosto y confinado... el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni tampoco podían distinguirlo en modo alguno de cualquier otro retazo de

valle angosto de tierras altas. Desalentados por el desastre, abandonaron su intento aquella misma tarde y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera llevar a cabo otro ataque. Hasta hoy, el Parascotopetl continúa exhibiendo su cumbre virgen, y el refugio de Pointer se desmorona entre las nieves sin que nadie haya vuelto a visitarlo.

Pero el hombre caído sobrevivió.

Al final del declive se precipitó durante mil pies y se desplomó envuelto en una nube de nieve sobre un helero aún más escarpado que el anterior. Al llegar a éste estaba mareado, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto en su cuerpo. Y entonces, por fin, fue a parar a unos declives más suaves, y por fin dejó de rodar y se quedó inmóvil, sepultado en medio de un montón de masas blancas que le habían acompañado salvándole. Volvió en sí con la oscura sensación de que se encontraba enfermo en la cama; luego se dio cuenta de su situación con la inteligencia de un montañero y, tras descansar un poco, se fue liberando de su envoltura hasta que alcanzó a ver las estrellas. Durante un tiempo descansó tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué era lo que le había ocurrido. Exploró sus miembros y descubrió que varios de sus botones habían desaparecido y que su chaqueta se le había subido por encima de la cabeza; que su cuchillo se le había caído del bolsillo y que había perdido su sombrero a pesar de haberlo atado con una cuerda por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar la parte que le correspondía del muro del refugio. También su hacha para el hielo había desaparecido.

Decidió que debía haber caído y levantó la vista para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había emprendido. Durante un rato se quedó inmóvil, contemplando anonadado el imponente barranco que se erguía en lo alto como una torre pálida que fuese surgiendo por momentos de la apacible marea de las tinieblas. Su belleza fantasmagórica y misteriosa le dejó sin aliento un instante y luego se apoderó de él un paroxismo convulso de risas y sollozos...

Después de un largo rato, tuvo conciencia de que se encontraba cerca del borde inferior de la nieve. Abajo, al fondo de lo que ahora era un declive practicable e iluminado por la luna, vio la forma

oscura y áspera de la turba salpicada de peñas. Luchó para ponerse en pie, con todas las articulaciones y miembros doloridos, se liberó trabajosamente del cúmulo de nieve suelta que le rodeaba, y fue bajando hasta llegar a la turba y una vez allí, más que tumbarse se dejó caer junto a una peña, bebió un largo trago de la cantimplora que llevaba en su bolsillo interior y se durmió instantáneamente...

Le despertó el canto de los pájaros sobre los árboles en la lejanía. Se incorporó y advirtió que se hallaba sobre un pequeño montículo a los pies de un inmenso precipicio que estaba surcado por la barranca por la que había caído rodeado de nieve. Ante él, otro muro de rocas se levantaba contra el cielo. La garganta entre estos precipicios iba de este a oeste y estaba bañada por el sol de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de la montaña caída que obstruía la garganta descendiente. A sus pies parecía abrirse un precipicio igualmente escarpado, pero detrás de la nieve, en la hondonada, encontró una especie de hendidura en forma de chimenea que chorreaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Lo encontró más fácil de lo que parecía y llegó por fin a otro montículo desolado, y luego, tras trepar por unas rocas que no revestían una dificultad especial, alcanzó una escarpada pendiente de árboles. Se orientó y volvió la cara hacia lo alto de la garganta, ya que vio que desembocaba sobre unos prados verdes, entre los cuales ahora podía vislumbrar con mucha nitidez un grupo de cabañas de piedra de construcción insólita. A veces su avance resultaba tan lento que era como intentar trepar por la superficie de un muro, pero después de un cierto tiempo, el sol, al elevarse, dejó de batir a lo largo de la garganta, los trinos de los pájaros se apagaron y el aire que le rodeaba se volvió frío y oscuro. Pero debido a esto, el valle distante adquirió mayor luminosidad. Al poco llegó a un talud, y entre las rocas, ya que era un hombre observador, reparó en un insólito helecho que parecía estar intensamente agarrado fuera de las hendiduras con grandes manos verdes. Tomó una o dos de sus frondas y mordió su tallo y lo encontró agradable.

Hacia mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero y se encontró en el llano que bañaba la luz del sol. Estaba entorpecido y fatigado: se sentó a la sombra de una roca, rellenó su cantimplora en un manantial, bebiendo hasta vaciarla, y permaneció un tiempo

descansando antes de dirigirse hacia las casas.

Le resultaban muy extrañas a sus ojos y, a medida que lo miraba, toda la apariencia de aquel valle le parecía cada vez más misteriosa e insólita. La mayor parte de su superficie estaba formada por un exuberante prado verde de manifiesto cultivo sistemático pieza por pieza. En lo alto del valle y rodeándolo había un muro y lo que parecía ser un canal de agua circunferencial, del que partían pequeños hilos de agua que alimentaban el prado, y en las laderas más altas, unos rebaños de llamas pacían en los escasos pastos. Y unos cobertizos, al parecer establos o lugares de forraje para las llamas, se levantaban aquí y allá adosados al muro colindante. Los canalillos de irrigación iban a dar todos a un canal principal situado en el centro del valle, que orillaba a ambos lados un muro que se elevaba hasta el pecho. Esto le daba un singular carácter urbano a este recluso lugar, un carácter fuertemente acrecentado por el hecho de que un gran número de caminos pavimentados con piedras blancas y negras y cada uno de ellos con una curiosa acerita a los lados, partía en todas direcciones de forma metódica y ordenada. Las casas de la parte central de la aldea eran muy diferentes de las aglomeraciones casuales y fortuitas de las aldeas de montaña que él conocía; se erguían en hileras continuas a ambos lados de una calle central de asombrosa limpieza; aquí y allá sus fachadas estaban horadadas por una puerta, y ni siquiera una ventana rompía la uniformidad de su frente. Estaban parcialmente coloreadas con extraordinaria irregularidad, embarradas con una especie de enlucido a veces gris, a veces pardo, a veces de color pizarra o marrón oscuro. Y fue a la vista de este excéntrico enlucido cuando apareció por primera vez la palabra ‘ciego’ en los pensamientos del explorador. ‘El buen hombre que ha hecho eso’, pensó, ‘debía estar más ciego que un murciélago’.

Descendió por un escarpado repecho y llegó al muro y al canal que recorría el valle, y al acercarse, este último expulsó su exceso de contenido en las profundidades de la garganta formando una cascada fina y trémula. Podía ver ahora, en la parte más remota del prado, a un buen número de hombres y mujeres descansando sobre apilados montones de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, y más cerca de la aldea, a un número de niños recostados, y luego, más cerca todavía, a tres hombres que acarreaban cubos en

horquillas por un caminito que partía hacia las casas desde el muro que rodeaba el valle. Estos últimos iban vestidos con ropajes hechos de lana de llama y con botas y cinturones de cuero, y llevaban gorras de paño que les cubrían la nuca y las orejas. Marchaban uno tras otro, en fila india andando despacio y bostezando al andar, como si hubieran estado levantados toda la noche. Había algo tan tranquilizador, próspero y respetable en su porte que, tras un momento de vacilación, Núñez se adelantó visiblemente todo cuanto pudo sobre la roca, y lanzó un grito poderoso cuyo eco resonó en todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron las caras de un lado a otro y Núñez gesticuló. Pero no parecieron verle a pesar de todos sus gestos, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez como respuesta. Núñez voceó otra vez y entonces, una vez más, mientras gesticulaba sin resultado, la palabra ‘ciego’ se abrió paso entre sus pensamientos. ‘Estos estúpidos deben estar ciegos’, dijo.

Cuando por fin, tras muchos gritos e irritación, Núñez cruzó el riachuelo por un puentecillo, entró por una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tenía la certeza de que éste era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. Había surgido ante él la convicción y una sensación de gran aventura decididamente envidiable. Los tres se quedaron el uno junto al otro sin mirarle, pero con los oídos colocados en dirección suya, juzgándole por sus pasos no familiares. Se quedaron muy juntos el uno del otro, como hombres un poco temerosos, y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el mismo globo ocular se hubiera contraído. Había una expresión casi de pavor en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno, en un español casi irreconocible—, es un hombre... un hombre o un espíritu... que baja por las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado de un joven que avanza por la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos se agolpaban de nuevo en su mente y entre sus pensamientos destacó este antiguo refrán, como un estribillo:

“En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey.”

“En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey.”

Y con mucha cortesía procedió a saludarles. Les dirigió la palabra utilizando sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—Ha bajado de las rocas.

—Vengo del otro lado de las montañas —dijo Núñez—, del país que está más allá... donde los hombres pueden ver. De un lugar cercano a Bogotá, donde hay centenares de miles de personas y donde la ciudad no puede abarcarse con la vista.

—¿Vista? —refunfuñó Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de un modo curioso, cada uno de ellos con costuras diferentes.

Le sobrecogieron realizando un movimiento simultáneo hacia él, alargando los tres una mano. Retrocedió para alejarse del avance de aquellos dedos extendidos.

—Ven acá —dijo el tercer ciego, siguiendo su ademán y asiéndole diestramente.

Y sujetaron a Núñez y le palparon por todas partes, sin decir ni una palabra hasta que hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó él con un dedo en el ojo, notando que ellos pensaban que aquel órgano con la agitación de sus tapaderas, resultaba una cosa extraña en él. Y volvieron a tocarlo.

—Extraña criatura, Correa —dijo aquel que se llamaba Pedro—. ¿Habéis notado lo áspero que tiene el pelo? Es igual que el pelo de la llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, investigando la barbilla no rasurada de Núñez con mano suave y ligeramente húmeda—. Tal vez se refine. —Núñez luchó un poco para zafarse de aquel examen, pero le sujetaron con firmeza.

—Cuidado —volvió a decir.

—Habla —dijo el tercer hombre—. No cabe duda de que es un hombre.

—¡Ugh! —dijo Pedro, ante la tosquedad de su chaqueta.

—¿Y has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—He salido de él. Cruzando montañas y glaciares, justo por encima de esas alturas, a medio camino del sol. De un inmenso mundo que baja hasta el mar tras doce días de camino.

Apenas parecían escucharle.

—Nuestros padres nos contaron que los hombres podían ser criados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, la humedad y la podredumbre... la podredumbre.

—Conduzcámosle ante los ancianos —dijo Pedro.

—Grita primero —dijo Correa— no sea que los niños se asusten. Éste es un acontecimiento extraordinario.

Y así gritaron y Pedro se encaminó el primero tomando a Núñez de la mano para conducirlo hacia las casas.

Él retiró la mano diciendo: —Puedo ver.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, volviéndose hacia él y tropezando en el cubo de Pedro.

—Sus sentidos aún son imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y habla con palabras sin significado. Llévale de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez dejándose llevar mientras reía.

Parecían no tener ni la menor noción de la vista.

Bien, a su debido tiempo, ya les enseñaría él.

Oyó los gritos de la gente y vio a una serie de figuras que se reunían en la calle principal de la aldea.

Comprobó que ese primer encuentro con la población del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar le pareció más grande a medida que se iba acercando, y los enlucidos embarrados más extravagantes, y una multitud de niños, de hombres y de mujeres (reparó complacido en que algunas de aquellas mujeres y muchachas poseían rostros muy agradables a pesar de que todas ellas tenían ojos cerrados y hundidos) comenzó a rodearle, a agarrarle, a tocarle con manos suaves y sensibles, oliéndole y escuchando cada una de las palabras que él decía. No obstante, algunas de las muchachas y de los niños se mantuvieron alejados como si sintieran miedo, y la verdad es que su voz parecía áspera y brusca en comparación con sus delicadas voces. Formaron un tumulto a su alrededor. Sus tres guías permanecieron muy cerca de él con un esfuerzo digno de unos propietarios mientras decían una y otra vez: —Un hombre salvaje venido de las rocas.

—De Bogotá —dijo él—. Bogotá. Al otro lado de las cumbres de las montañas.

—Un hombre salvaje... que utiliza palabras salvajes —dijo Pedro—.

¿Habéis oído eso... *Bogotá*? Su mente apenas está formada. No posee más que los rudimentos del lenguaje.

Un niño pequeño le pellizcó una mano. —¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Ay! Una ciudad distinta de vuestra aldea. Vengo de un vasto mundo... donde los hombres tienen ojos y ven.

—Su nombre es Bogotá —dijeron ellos.

—Ha tropezado —dijo Correa—, ha tropezado dos veces mientras veníamos aquí.

—Conducidle ante los ancianos.

Y le empujaron de repente a través de una puerta que daba a una habitación tan negra como la brea, excepto en el fondo, donde brillaba débilmente un fuego. La muchedumbre se agolpó tras él y ocultó hasta el último resplandor de la luz del día, y antes de que pudiera detenerse había caído de cabeza al tropezar con los pies de un hombre sentado. Su brazo, incontrolado, golpeó la cara de alguna persona mientras caía; sintió el blando impacto de unas facciones y oyó un grito de ira y, por un momento, luchó contra una multitud de manos que se habían apresurado a agarrarle. Era una lucha desigual. Le sobrevino una vaga noción de la situación y se quedó quieto.

—Me he caído —dijo—. No veía nada con esta intensa oscuridad.

Hubo una pausa, como si las personas invisibles que le rodeaban intentasen comprender sus palabras. Luego, oyó la voz de Correa que decía: —Sólo está recién formado. Tropieza al andar y mezcla en su lenguaje palabras que no tienen ningún sentido.

Otros también dijeron cosas sobre él que él no oyó o no comprendió perfectamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en una pausa—. No volveré a luchar contra vosotros.

Deliberaron y le dejaron levantarse.

La voz de un hombre más anciano comenzó a interrogarle, y Núñez se encontró intentando explicar el vasto mundo de donde había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas parecidas, a estos ancianos sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos. Y ellos no quisieron ni creer ni comprender nada de todo cuanto pudiera contarles, un hecho que no entraba en absoluto dentro de sus expectativas. Estas personas hacía catorce generaciones que

eran ciegas y que estaban aisladas de todo el mundo visible. La historia del mundo exterior se había borrado convirtiéndose en un cuento de niños, y habían dejado de preocuparse de cualquier cosa que estuviera más allá de las pendientes rocosas cuyas alturas dominaba su muro de protección. Habían surgido entre ellos hombres ciegos de genio que cuestionaron los retazos de creencias y de tradiciones que habían llevado consigo en sus días de visión, y habían desechado todas estas cosas como vanas fantasías, reemplazándolas con nuevas y más sensatas explicaciones. La mayor parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y se habían creado por sí solos unas nuevas imaginaciones mediante sus, cada vez más sensibles, oídos y yemas de los dedos. Lentamente, Núñez empezó a darse cuenta de esto: que sus expectativas de asombro y reverencia ante su origen y sus dotes no iban a confirmarse y, tras este malogrado intento de explicarles la vista, que había sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que describía las maravillas de sus incoherentes sensaciones, accedió, un poco desanimado, a escuchar su instrucción. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, y cómo el mundo (refiriéndose a su valle) había sido al principio un hueco vacío en las rocas, y que después había sido poblado primero por cosas inanimadas sin el don del tacto, y por llamas y por unas cuantas criaturas que tenían muy poco sentido, y luego por hombres, y finalmente por ángeles, cuyos cantos y revoloteos podían oírse, pero que nadie podía tocar de ningún modo, cosa que dejó muy perplejo a Núñez hasta que se le ocurrió pensar en los pájaros.

Prosiguió contándole a Núñez la forma en que este tiempo había sido dividido en frío y calor, que para los ciegos son los equivalentes del día y de la noche, y cómo lo juicioso era dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de modo que, si no hubiera sido por su llegada, todo el pueblo de los ciegos hubiera estado dormido. Dijo que Núñez debía haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido y que debido a toda su incoherencia mental y a sus tropiezos debía tener valor y procurar hacer todo lo posible para aprender, ante lo cual todas las personas que se encontraban en el umbral prorrumpieron en murmullos de aliento.

Dijo que la noche, pues los ciegos llamaban al día noche, ya estaba muy avanzada y que convenía que todo el mundo volviera a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comida.

Le trajeron comida, leche de llama en un cuenco, y un pan tosco salado, y le condujeron a un lugar solitario para que comiera sin que le oyeran, y después a dormir hasta que el frío vespertino de la montaña les despertara para volver a empezar su día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde le habían dejado, descansando sus miembros y dándole vueltas en la cabeza, una y otra vez, a las imprevistas circunstancias que habían rodeado su llegada.

De tanto en tanto se reía, a veces divertido y a veces indignado.

—¡Una inteligencia sin formar! —decía.

—¡Aún no tiene sentidos! Qué poco saben que han estado insultando a su amo y señor enviado por el cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Tengo que pensar... tengo que pensar.

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía captar la belleza de las cosas y le pareció que el brillo de las pendientes nevadas y de los glaciares que despedía cada lado del valle era la cosa más hermosa que había visto jamás. Su vista se paseó desde aquel inaccesible deleite hasta la aldea y los campos irrigados, hundiéndose velozmente en el atardecer, y súbitamente se apoderó de él una oleada de emoción y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por haberle regalado el poder de la vista.

Oyó una voz que le llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oír esto dejó de sonreír. Ya le enseñaría a esta gente de una vez por todas lo que significaba tener vista para un hombre. Le buscarían pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rió sin hacer ruido y se apartó del camino con dos pasos furtivos.

—No pises la hierba, Bogotá, eso no está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que había hecho y se detuvo asombrado.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero jaspeado. Volvió a entrar en el camino. —Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que tienen que llevarte igual que a un niño? ¿No oyes el camino al andar?

Núñez rió. —Lo puedo ver —dijo.

—No existe ninguna palabra como ver —dijo el ciego, tras una pausa—. Basta de insensateces y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco irritado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. En el mundo hay mucho que aprender.

—¿No te ha dicho nadie que «En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey»?

—¿Qué es ciego? —preguntó el ciego descuidadamente por encima del hombro.

Pasaron cuatro días, y al quinto el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito, como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que le resultaba mucho más difícil proclamarse rey de lo que se había imaginado y entretanto, mientras meditaba su golpe de estado, hizo lo que le decían y aprendió las formas y las costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vagar de noche le pareció una cosa especialmente fastidiosa y decidió que sería lo primero que modificaría.

Aquella gente llevaba una vida simple y laboriosa, con todos los elementos de virtud y de felicidad tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Se afanaban pero no de un modo opresivo, tenían ropas y alimentos suficientes para sus necesidades, tenían días y temporadas de descanso, hacían música y cantaban mucho, y había entre ellos amor y niños pequeños.

Era maravilloso ver con qué confianza y precisión se movían por su ordenado mundo. Todo había sido hecho en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales de la zona del valle formaba un ángulo constante con los demás, y se distinguía por una muesca especial en su acera; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos o del prado habían sido suprimidos desde hacía mucho tiempo y todos sus métodos y procedimientos habían surgido de modo natural de la peculiaridad de sus necesidades. Sus sentidos se habían agudizado maravillosamente; oían y juzgaban el gesto más leve de un hombre a una docena de pasos de distancia,

oían incluso el mismo latido de su corazón. La entonación había reemplazado a la expresión desde muy antiguo entre ellos, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y la horca se desarrollaba con tanta confianza y libertad como el de cualquier jardinero. Su sentido del olfato era extraordinariamente sutil; podían distinguir las diferencias de cada individuo con la misma facilidad que un perro y cuidaban de las llamas, que vivían entre las rocas altas y bajaban hasta el muro en busca de comida y refugio, con comodidad y confianza. Sólo cuando Núñez decidió por fin hacer valer sus derechos se dio cuenta de lo ágiles y seguros que podían ser sus movimientos. Se rebeló solamente después de haber intentado persuadirlos.

Primero intentó hablarles en numerosas ocasiones de la vista. — Escuchadme un momento —decía—. Hay cosas en mí que vosotros no comprendéis.

Una o dos veces uno o dos de ellos le prestaron atención; se sentaron con los rostros inclinados hacia abajo y los oídos inteligentemente vueltos hacia él, y él se esmeró para contarles lo que significaba ver. Entre sus oyentes se encontraba una muchacha, con párpados menos enrojecidos y hundidos que los de los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando unos ojos, a quien él esperaba convencer especialmente. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y ellos le escucharon con divertida incredulidad que pronto se trocó en condena. Le dijeron que no existían montañas algunas, sino que el final de la rocas, donde pastaban las llamas era definitivamente el final del mundo; a partir de ahí se erguía el cavernoso techo del universo, desde donde caían el rocío y las avalanchas; y cuando él sostuvo resueltamente que el mundo no tenía ni final ni techo como ellos suponían, le dijeron que sus pensamientos eran malvados. Mientras les describía el cielo y las nubes y las estrellas aquello les parecía un espantoso vacío, una nada terrible en el lugar de la bóveda uniforme que protegía las cosas en las que creían, porque para ellos era un artículo de fe que el techo de la caverna fuera exquisitamente suave al tacto. Él veía que en cierto modo los estaba sobresaltando y entonces renunció totalmente a abordar este aspecto, tratando de mostrarles las ventajas prácticas de la vista. Una mañana vio a Pedro en el

llamado camino Diecisiete que venía hacia las casas centrales, pero aún demasiado alejado como para ser oído u olfateado, y se lo dijo a ellos. —Dentro de poco —profetizó—, estará aquí Pedro. —Un anciano observó que Pedro no tenía nada que hacer en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, aquel individuo, mientras se acercaba, giró transversalmente tomando por el camino Diez, dirigiéndose con pasos ágiles hacia el muro exterior. Al no llegar Pedro se burlaron de él y luego, cuando él interrogó a Pedro para salvaguardar su reputación, éste le desmintió y se enfrentó con él y desde aquel día le fue hostil.

A continuación les indujo a dejarle recorrer un largo camino por los prados en declive hacia el muro acompañado de un individuo complaciente a quien prometió describirle todo cuanto ocurriera entre las casas. Notó ciertas idas y venidas, pero las cosas que parecían significar algo para esta gente sucedieron en el interior o detrás de las casas sin ventanas, las únicas cosas de las que ellos tomaron nota para ponerle a prueba, pero de éstas, nada pudo ver ni contar; y fue después del fracaso de su tentativa y de las mofas que ellos no pudieron reprimir, cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar súbitamente con ella a uno o dos al suelo para poder así, en un combate leal, demostrar las ventajas de la vista. Impulsado por aquella resolución no llegó más que a asir la pala porque luego descubrió algo nuevo en él: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y comprobó que todos ellos eran conscientes de que él había agarrado la pala. Permanecieron alerta, con las cabezas ladeadas y las orejas dobladas hacia él a la espera de lo que se propusiera hacer.

—Tira esa pala —dijo uno, y sintió una especie de terror impotente, que casi le hizo obedecer. Entonces acometió contra uno lanzándolo contra la pared de una casa y salió corriendo hasta encontrarse fuera de la aldea.

Entró de través por uno de sus prados, dejando rastros de hierba pisoteada detrás de sus pies y al poco se sentó junto al borde de uno de sus caminos. Sintió un poco de la excitación que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera se podía luchar a gusto con criaturas que parten de una base mental diferente. En la lejanía

vio a una multitud de hombres con palas y garrotes que salían de la calle de las casas y avanzaban desplegados en línea hacia él por los numerosos caminos. Avanzaban lentamente, hablando con frecuencia entre sí y, de tanto en tanto, todo el cordón se detenía a olisquear el aire y a escuchar.

Núñez rió la primera vez que les vio hacer esto. Pero después, ya no volvió a reír.

Uno de ellos descubrió su rastro en la hierba del prado y se agachó para tantear la dirección que debía seguir.

Durante cinco minutos contempló la lenta maniobra de cordón y entonces, su remota intención de hacer algo, se hizo apremiante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circunferencial, se volvió y desanduvo un poco el camino. Y allí estaban todos, como una luna creciente, inmóviles y a la escucha.

También se quedó inmóvil, sujetando la pala con fuerza con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

Sus oídos le latían al ritmo de «En el País de los Ciegos el tuerto es el Rey».

¿Debía cargar contra ellos?

Lanzó una mirada tras él hacia el alto muro inaccesible... inaccesible a causa de la uniformidad de su enlucido, pero atravesado además por muchas puertecitas, y luego miró a la cercana línea de perseguidores. Tras ellos, otros salían ahora de la calle de las casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —llamó uno de ellos—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Apretó su pala con mucha más fuerza y avanzó por los prados bajando hacia el lugar de las viviendas y, en cuanto se movió, ellos convergieron hacia él. —Como me toquen los mato —juró—. Sabe Dios que lo haré. Los golpearé. —Voceó con fuerza: —Oídme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me habéis oído? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré adonde quiera!

Se cernían sobre él con rapidez, a tientas, pero moviéndose con agilidad. Era igual que jugar a la gallinita ciega, con todos, menos uno, con los ojos vendados. —¡Apresadle! —gritó uno. Y se encontró en el arco de una curva de perseguidores en movimiento. Sintió repentinamente la necesidad de ser activo y resuelto.

—No lo comprendéis —gritó con una voz que pretendía ser

estentórea y resuelta pero que se le quebró en la garganta—. Vosotros sois ciegos y yo veo. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! ¡Tira esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca dentro de una familiaridad civilizada, resonó con un eco de cólera.

—Os lastimaré —dijo entre sollozos de emoción—. Sabe Dios que os lastimaré. ¡Dejadme en paz!

Empezó a correr, sin saber claramente hacia dónde. Corrió desde el ciego más próximo, porque le horrorizaba golpearle. Se paró y luego tuvo un arranque para escapar de las filas que se cerraban sobre él. Se dirigió hacia donde el hueco era mayor, pero los hombres situados a ambos lados, con rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se precipitaron el uno contra el otro. Dio un brinco hacia delante, y entonces vio que estaba atrapado y asestó un golpe con la pala. Notó el ruido sordo de un brazo y de una mano, y el hombre cayó en tierra con un grito de dolor. Estaba libre.

¡Libre! Y a continuación se encontró de nuevo cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, enarbolando palas y estacas, corrían de un lado a otro con una presteza que parecía razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y se encontró frente a un hombre alto que se precipitaba contra él asestando golpes, guiado por el ruido que emitía. Perdió el control, le asestó un mandoble a su antagonista, giró sobre sí mismo y huyó, casi chillando mientras le hacía un quiebro a otro.

Estaba presa del pánico. Corrió furiosamente de un lado a otro, haciendo quiebros cuando no había ninguna necesidad de hacerlos y tropezando, angustiado por querer ver al instante todo cuanto le rodeaba. Por un momento cayó y ellos oyeron su caída. Muy lejos, en el muro de circunvalación, una puertecita le pareció un refugio celestial, y se dirigió hacia ella en una carrera desenfrenada. Ni siquiera se volvió para mirar a sus perseguidores hasta que la alcanzó, y eso que había tropezado al cruzar el puente, trepado un trecho entre las rocas con sorpresa de una llama joven que de un brinco se perdió de vista, y se había tumbado para recuperar el resuello entre sollozos.

Y así concluyó su golpe de estado.

Se quedó fuera del muro del valle de los Ciegos durante dos noches

y dos días, sin comida ni techo, y meditó sobre lo inesperado de los acontecimientos. Durante estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y cada vez con un tono de mayor escarnio: —En el País de los Ciegos el Tuerto es el Rey—. Estuvo pensando principalmente en las formas de luchar y de conquistar a este pueblo, pero se fue abriendo paso en él la idea de que no había ninguna posibilidad que fuera viable. No disponía de armas y ahora le resultaría difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había alcanzado incluso en Bogotá y le resultaba inconcebible el hecho de bajar a asesinar a un ciego. Claro que si lo hacía, podría entonces dictar condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. Pero ¿antes o después tendría que dormir!

También intentó encontrar comida entre los pinos y un abrigo bajo sus ramas para protegerse de las heladas de la noche y, con menos convencimiento, capturar a una llama por medio de un ardid para tratar de matarla, tal vez golpeándola con una piedra, para poder así, finalmente, comerse una parte. Pero las llamas recelaban de él y le miraban con sus desconfiados ojos marrones y escupían cuando se acercaba. El miedo y el estremecimiento se apoderaron de él durante el segundo día. Finalmente bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó hacer un pacto. Bajó arrastrándose por el torrente, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo él—. Pero es porque estaba recién formado.

Le dijeron que aquello estaba mejor.

Les dijo que ahora estaba más cuerdo y arrepentido de todo lo que había hecho.

Luego lloró sin querer, porque ahora se sentía muy débil y enfermo y ellos lo tomaron como una señal favorable.

Le preguntaron si aún pensaba que podía *ver*.

No —dijo él—. Eso era una insensatez. ¡Esa palabra no significa nada... menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—A una altura aproximada de cien hombres hay un techo encima del mundo... de roca... y muy, muy suave... —Volvió a estallar en histéricos sollozos—. Antes de que me sigáis preguntando, dadme algo de comer o me moriré.

Se esperaba unos castigos horribles, pero estos ciegos poseían la capacidad de ser tolerantes.

Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general y, tras azotarle, le encomendaron las tareas más simples y más pesadas que podían encomendarle a nadie, y él, al no ver otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que le decían.

Enfermó durante algunos días y lo cuidaron afablemente. Eso afinó su sumisión, pero insistieron en que guardara cama en la oscuridad, lo que acrecentó su desdicha. Y vinieron a verle filósofos ciegos y le hablaron de la perversa ligereza de su mente, reprochándole de forma tan solemne sus dudas acerca de la tapadera que cubría su cacerola cósmica, que casi empezó a dudar de si no sería realmente víctima de una alucinación por no verla encima de su cabeza.

De este modo Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos y éstos dejaron de ser un pueblo generalizado y se convirtieron en individuos familiares para él, mientras que el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba irritado; estaba Pedro, el sobrino de Yacob, y estaba Medina-saroté, que era la hija menor de Yacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos, porque poseía un rostro bien definido y carecía de esa tersura satisfactoria y satinada que es el ideal de la belleza femenina de un ciego; pero Núñez pensó que era bella al principio y, poco, a poco, el ser más bello de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos y enrojecidos según la norma que imperaba en el valle, sino que por su forma parecía como si pudieran volver a abrirse en cualquier momento; y además tenía largas pestañas, lo que se consideraba como una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía los delicados oídos de los cortejadores del valle, de tal modo que no tenía ningún pretendiente.

Entonces llegó un momento en que Núñez pensó que, si lograba conquistarla, se resignaría a vivir en el valle el resto de sus días.

La espiaba. Buscó las ocasiones de prestarle pequeños servicios y al poco reparó en que ella le observaba. Una vez, en la reunión de un día de fiesta se sentaron el uno junto al otro en la penumbra de una noche estrellada, acompañados por una melodía acariciadora, su mano se posó sobre la de ella y se atrevió a apretarla.

Entonces, con mucha ternura, ella le devolvió su presión. Y un día, mientras comían en la oscuridad, él notó que su mano le buscaba suavemente y, como por azar se levantó una llamarada del fuego en aquel momento, pudo ver la ternura reflejada en su rostro.

Trató entonces de hablar con ella.

Fue a verla un día mientras ella hilaba sentada a la luz de la luna de verano. La luz la convertía en un objeto plateado y misterioso. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba y le dijo también cuán hermosa le parecía. Él poseía la voz de un enamorado y le habló con tierna reverencia que casi parecía temor y, ella, que jamás había sido interpelada con adoración, no le dio ninguna respuesta concreta, pero resultaba patente que sus palabras habían sido oídas con agrado.

Después de aquello habló con ella cada vez que se le presentaba la ocasión. El valle se convirtió en el mundo para él y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que algún día derramaría en los oídos de ella. Tras muchos titubeos y muy tímidamente, él le habló de la vista.

La vista le parecía a ella la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas y de las montañas y de la palidez y dulzura de su belleza como si se tratara de una indulgente complicidad. Ella no creía, sólo podía comprender a medias, pero se sentía misteriosamente complacida y a él le parecía que le comprendía totalmente.

Su amor le hizo perder el miedo y adquirir confianza. Y pronto le propuso pedirla en matrimonio a Yacob y a los ancianos, pero ella se mostró temerosa y aplazó su propuesta. Y fue una de sus hermanas mayores quien primero le contó a Yacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el primer momento hubo una gran oposición al matrimonio de Núñez con Medina-saroté, no tanto porque la tuvieran en gran estima, sino porque a él le consideraban como a un ser aparte, un idiota incompetente muy por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron agriamente arguyendo que el descrédito caería sobre todos ellos, y el viejo Yacob, si bien había acabado por tomarle cariño a su obediente y torpe siervo, meneó la cabeza diciendo que no podía ser. Los jóvenes se mostraron todos

irritados ante la idea de corromper la raza y uno de ellos fue tan lejos que llegó a vilipendiar y a golpear a Núñez.

Este le devolvió el golpe. Entonces, por primera vez, apreció las ventajas de poder ver, incluso a la luz del atardecer, y después de que se acabara aquella pelea nadie se mostró dispuesto a levantarle la mano. Pero su matrimonio les siguió pareciendo imposible.

El viejo Yacob sentía ternura por su hija pequeña y se afligía cuando ella venía a llorar sobre su hombro.

—Verás, hija mía, es que él es un idiota, padece alucinaciones y no sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé —lloraba Medina-saroté—. Pero ahora es mejor que antes. Está mejorando. Y es fuerte, padre querido, y gentil... más fuerte y más gentil que ningún hombre en el mundo. Y me ama y... yo también le amo, padre.

El viejo Yacob se sintió muy angustiado por no poder consolar a su hija y además, lo que le angustiaba aún más, a él le gustaba Núñez por muchos conceptos. Así que acudió a sentarse a la tétrica cámara de consejos con los otros ancianos y, prestando atención al rumbo de la conversación, dijo en el momento oportuno:

—Es mejor de lo que era. Y es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al cabo de un rato, a uno de los ancianos, que reflexionó profundamente, se le ocurrió una idea. Era el gran doctor de este pueblo, el que curaba todos los males y poseía una mente muy filosófica y llena de inventiva: su idea consistía en curar a Núñez de sus peculiaridades.

—He reconocido a Bogotá —dijo— y su caso a mí me parece muy claro. Mi diagnóstico es que podría curarse con toda probabilidad.

—En eso es en lo que yo siempre he confiado —replicó el viejo Yacob.

—Tiene una afección en el cerebro —dijo el doctor ciego.

Los ancianos murmuraron asintiendo.

—¿Y cuál es esa afección?

—¡Ah! —dijo el viejo Yacob.

—*Esto* —dijo el doctor contestando a su pregunta—. Esas extravagantes cosas que se llaman ojos y que existen sólo para dotar a la cara de una suave y agradable depresión, están tan enfermas, en el caso de Bogotá, que han afectado a su cerebro. Están

enormemente distendidas, tiene pestañas y sus párpados se mueven y por consiguiente su cerebro se encuentra en constante estado de irritación y destrucción.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo Yacob—. ¿Ah, sí?

—Y creo que puedo decir con un grado de certeza razonable que, a fin de curarle completamente, sólo necesitamos una simple y fácil operación quirúrgica, es decir, extraerle estos cuerpos tan irritantes.

—¿Y entonces se volverá cuerdo?

—Adquirirá una cordura absoluta y se convertirá en un ciudadano admirable.

—¡Doy gracias al cielo por la ciencia! —dijo el viejo Yacob y regresó inmediatamente a contarle a Núñez la buena noticia.

Pero la forma en que Núñez recibió la buena noticia le pareció fría y decepcionante. Y entonces le dijo:

—Por el tono que adoptas, se podría pensar que mi hija no te importa.

Fue Medina-saroté quien persuadió a Núñez para que aceptara la intervención de los cirujanos ciegos.

—¿Tú no querrás que pierda el don de mi vista? —dijo él.

Ella meneó la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

La cabeza de ella se inclinó un poco más.

—Existen las cosas bellas, la belleza de las cosas pequeñas... las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y la suavidad de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes a la deriva, los atardeceres y las estrellas. Y existes *tú*. Sólo por ti es maravilloso tener ojos, para ver tu cara dulce y serena, tus labios bondadosos, tus amadas y hermosas manos entrecruzadas... Son mis ojos los que tú has conquistado, estos ojos son los que me atan a ti, y lo que estos idiotas buscan. En vez de eso, debería tocarte, oírte y no volver a verte jamás. Debería acomodarme bajo ese techo de rocas, de piedras y de tinieblas, ese horrible techo bajo el cual tu imaginación se aplasta... No. ¿Tú no querrás que yo haga eso, verdad?

Una duda terrible había surgido en él. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella— me gustaría... —Y se detuvo.

—¿Sí? —dijo él un poco aprensivo.

—A veces me gustaría... que no hablaras de esa manera.

—¿De qué manera?

—Sé que es bonito... es tu imaginación. Y me encanta, pero *ahora...* Él sintió un escalofrío. —¿Ahora? —dijo débilmente.

Ella permaneció inmóvil.

—Quieres decir... piensas... que tal vez estaría mejor si...

Estaba captando las cosas con mucha prontitud. Sintió cólera, una verdadera cólera ante el absurdo rumbo del destino, pero también compasión por su falta de comprensión... una compasión muy cercana a la piedad.

—*Amada mía* —dijo y pudo ver por su palidez cuán intensa presión ejercía su espíritu contra las cosas que ella no podía decir. La rodeó con sus brazos, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo por fin con una voz muy dulce.

Ella le lanzó los brazos al cuello, llorando desesperadamente. —Oh, si consintieras —sollozó —¡si consintieras de verdad!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su condición de servidumbre e inferioridad hasta el nivel de un ciudadano ciego, Núñez no supo lo que significaba dormir, y todas las horas iluminadas por la cálida luz del sol, mientras los demás dormitaban felices, las pasó sentado cavilando o vagando sin rumbo, tratando de resolver en su mente este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento, y sin embargo, no estaba seguro. Y por fin se agotó el tiempo de labor, el sol surgió con esplendor sobre las doradas crestas y comenzó para él su último día de visión. Pasó algunos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana —dijo él— dejaré de ver.

—¡Corazón mío! —respondió ella apretándole las manos con todas sus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo ella— y si sufres... y si sufres, amor mío, será por *mí...* Cariño, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, yo te recompensaré. Mi bien, mi bien querido, el de la dulce voz, yo te recompensaré.

Y él se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

Le abrazó y apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez. —¡Adiós! —susurró a su amada visión—. ¡Adiós!

Y luego en silencio se apartó de ella.

Ella pudo oírle alejarse con pasos lentos y hubo algo en sus pisadas rítmicas que la sumieron en un llanto apasionado.

Había decidido firmemente ir hasta un lugar solitario donde los prados estaban embellecidos por los narcisos blancos y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio; pero mientras se dirigía hacia allí sus ojos contemplaron la mañana, la mañana que como un ángel de armadura dorada, se deslizaba por los barrancos...

Y ante este esplendor tuvo la sensación de que él y este mundo ciego del valle, y su amor, no eran, después de todo, más que un pozo de pecado.

No se desvió tal y como se había propuesto hacer, sino que prosiguió y atravesó el muro de la circunferencia y empezó a trepar por las rocas mientras sus ojos permanecían siempre fijos sobre el hielo y la nieve bañada por el sol.

Vio su infinita belleza y su imaginación los sobrevoló hasta llegar más allá de las cosas a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que se hallaba apartado, su propio mundo, y tuvo la visión de aquellas remotas pendientes más allá de la distancia, con Bogotá, un lugar de belleza multitudinaria y agitada, una gloria de día y un luminoso misterio de noche, un lugar de palacios, fuentes y estatuas y casas blancas, hermosamente emplazadas en la media distancia.

Pensó que por un día o dos uno podía muy bien bajar atravesando pasos, para acercarse más y más a sus calles bulliciosas y a sus costumbres. Pensó en el viaje por río, día tras día, desde el gran Bogotá hasta el mundo más vasto de más allá, atravesando ciudades y aldeas, bosques y desiertos, en la imparable corriente del río día tras día, hasta que sus riberas se retiraran y los grandes barcos de vapor se acercaran salpicándole de espuma, y así uno alcanzaba el mar... el mar infinito, con sus miles y miles de islas, y sus barcos avistados en la nebulosa lejanía en sus incesantes periplos alrededor del mundo más grande. Y allí, sin estar acorralado por las montañas, se podía ver el cielo... sí, el cielo, no el disco que se veía desde aquí, sino un arco de azul inconmensurable, en cuyos abismos más profundos flotaban dando vueltas las estrellas...

Sus ojos escudaron la gran cortina de montañas investigándolas

ansiosamente.

Por ejemplo, si subía por esa garganta y hasta esa chimenea, podría salir en lo alto de aquellos pinos achaparrados que se extendían en una especie de saliente y seguían subiendo más y más hasta pasar por encima del desfiladero. ¿Y luego? Ese talud podría sortearlo. Desde allí tal vez pudiera encontrar una ruta para trepar hasta el precipicio que se hallaba debajo de la nieve y si le fallaba esa chimenea, entonces quizá otra más alejada, hacia el este, pudiera servir a sus propósitos. ¿Y luego? Entonces se encontraría sobre la nieve de color ámbar y a medio camino de la cresta de aquellas magníficas desolaciones.

Se volvió para mirar la aldea, y la contempló con resolución.

Pensó en Medina-saroté que se había convertido en un punto pequeño y remoto.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, junto a cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Entonces, muy circunspecto, empezó a trepar.

Al ponerse el sol había dejado de trepar, pero se encontraba lejos y muy alto. Había estado más alto, pero aun así seguía estando muy alto. Su ropa estaba desgarrada, sus miembros, manchados de sangre, tenía magulladuras en muchos sitios, pero estaba tumbado como si se encontrara a sus anchas y en su cara lucía una sonrisa.

Desde su lugar de reposo parecía que el valle se encontraba en el fondo de un pozo a casi una milla de distancia. Había oscurecido ya y había bruma y sombras, aunque las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego. Las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego y los pequeños pormenores de las rocas que tenía a mano estaban impregnados de una sutil belleza... una veta de mineral verde que traspasaba la masa gris, los destellos de las facies de cristal aquí y allá, un diminuto liquen anaranjado de minuciosa belleza muy cerca de su rostro. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul intenso que se tornaba púrpura, y el púrpura en una oscuridad luminosa, y en lo alto se hallaba la ilimitada inmensidad del cielo. Pero dejó de prestarle atención a estas cosas y permaneció allí tumbado, casi inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho por el mero hecho de haber escapado del valle de los ciegos, donde había pensado convertirse en rey.

Se apagó el resplandor del atardecer y cuando llegó la noche aún permanecía tumbado y apaciblemente contento bajo la fría luz de las estrellas.

El caso Plattner

Si se debe dar o no crédito a la historia de Gottfried Plattner, es una buena cuestión por lo que respecta al valor de la evidencia. Por una parte, contamos con siete testigos —para ser del todo exactos, contamos con seis pares y medio de ojos y un hecho innegable— y por la otra contamos con —¿cómo diríamos?— prejuicios, sentido común e inercia de opinión. Jamás hubo siete testigos con una apariencia más sincera, y jamás hubo un hecho más innegable que la inversión de la estructura anatómica de Gottfried Plattner y jamás existió una historia más absurda que la que tuvieron que contar. Y la parte más descabellada de la historia de la digna contribución de Gottfried (pues él mismo es uno de los siete). ¡No quiera Dios que yo, impulsado por mi pasión hacia la imparcialidad, me vea inducido a alentar la superstición llegando a compartir así el sino de los patrones de Eusapia! Francamente, estoy convencido de que hay algo distorsionado en este asunto de Gottfried Plattner, pero debo reconocer con la misma franqueza, que ignoro cuál es el elemento distorsionador. Me ha sorprendido el crédito concedido a esta historia en los ambientes más inesperados y autorizados. Lo mejor para el lector, en cualquier caso, será que yo la cuente sin más comentarios.

A pesar de su nombre, Gottfried Plattner es un libre ciudadano inglés. Su padre era un alsaciano que vino a Inglaterra en los años sesenta, casó con una respetable muchacha inglesa de antepasados nada excepcionales, y murió, tras una vida saludable y sin peripecias (dedicada principalmente, según tengo entendido, a la colocación de pavimentos de parquet), en 1887. Gottfried tiene veintisiete años de edad.

En virtud de su herencia trilingüe, es profesor de Lenguas Modernas en una pequeña escuela privada del sur de Inglaterra. Ante el observador casual, él es singularmente similar a cualquier otro

profesor de Lenguas Modernas de cualquier otra pequeña escuela privada. Su indumentaria no es ni especialmente costosa ni demasiado a la moda, pero por otra parte tampoco es demasiado barata ni usada; su complexión resulta insignificante tanto por su estatura como por su porte. Quizá uno pudiera reparar en que, como en la mayoría de la gente, su cara no es absolutamente simétrica, siendo su ojo derecho un poco mayor que el izquierdo y su mandíbula una pizca más fuerte en el lado derecho. Si usted, como cualquier persona descuidada, tuviera que desnudarle el pecho para sentir latir su corazón, lo encontraría más o menos similar al corazón de cualquier otro.

Pero en este punto usted y el observador experimentado acabarían por tomar diferentes derroteros. Si usted no hallara nada raro en ese corazón, el observador experimentado lo hallaría de muy distinta manera. Y una vez que le fuera señalada, usted también percibiría la peculiaridad fácilmente. Y es que el corazón de Gottfried Plattner late en el lado derecho de su cuerpo.

Ahora bien, no es que ésta sea la única singularidad de la estructura de Gottfried, si bien es la única que llamaría la atención de una mente no experimentada. Un detenido sondeo de la ubicación interna de los órganos de Plattner, por parte de un conocido cirujano, parece apuntar hacia el hecho de que todas las demás partes asimétricas de su cuerpo se hallan análogamente desplazadas. El lóbulo derecho de su hígado está en el lado izquierdo y el izquierdo en el derecho; en tanto que sus pulmones también están análogamente contrapuestos. Y lo que es aún más singular: a menos que Gottfried sea un actor consumado, deberíamos creer que su mano derecha se ha vuelto recientemente izquierda. Desde los acontecimientos que estamos a punto de considerar (tan imparcialmente como sea posible), él ha experimentado la mayor dificultad en escribir, excepto de derecha a izquierda, a través del papel, con la mano izquierda. Es incapaz de lanzar nada con la mano derecha, y a la hora de las comidas se queda perplejo entre el cuchillo y el tenedor y sus ideas sobre las normas de la carretera (es ciclista) se hallan aún sumidas en una peligrosa confusión. Y no existe ni la más leve prueba que nos indique que Gottfried hubiera sido zurdo antes de estos sucesos.

Hay, no obstante, otro hecho extraordinario en esta absurda

cuestión. Gottfried exhibe tres fotografías suyas. Lo tenemos a la edad de cinco o seis años mientras acerca unas piernas regordetas en dirección nuestra, por debajo de una levita escocesa, frunciendo el ceño. En esa fotografía su ojo izquierdo es un poco mayor que el derecho y su mandíbula una pizca más marcada en el lado izquierdo. Justo lo contrario que en sus actuales condiciones de vida. La fotografía de Gottfried a los catorce años parece estar en contradicción con estos hechos, pero esto ocurre porque se trata de una de aquellas fotografías baratas ‘Gem’ que estaban entonces en boga, tomadas directamente sobre metal y que, por consiguiente, invertían las cosas exactamente igual que lo hubiera hecho un espejo. La tercera fotografía le representa a la edad de veintiún años y confirma el testimonio de las anteriores. Parece existir aquí una evidencia, del más alto valor confirmatorio, de que Gottfried ha intercambiado su lado izquierdo con el derecho. Sin embargo, cómo un ser humano pueda ser cambiado de ese modo, de no ser por un fantástico e inútil milagro, resulta extremadamente difícil de sugerir.

Es indudable que, en cierto sentido, estos hechos podrían resultar explicables bajo la suposición de que Plattner hubiera emprendido una elaborada mistificación fundándose en el desplazamiento de su corazón. Las fotografías pueden ser retocadas y la zurdería, imitada. Pero el carácter de este hombre no se presta a ninguna de dichas teorías. Es tranquilo, práctico, discreto y cabalmente sano según los cánones de Nordau. Le gusta la cerveza y fuma con moderación, da su paseo cotidiano para hacer ejercicio y posee un saludable y alto concepto del valor de su enseñanza. Tiene una buena, aunque no educada voz de tenor, y disfruta cantando arias de carácter festivo y popular. Es amante de la lectura, aunque no de forma morbosa (principalmente ficción impregnada de un optimismo vagamente piadoso), duerme bien y sueña raras veces. Es, efectivamente, la última persona que podría desarrollar una fábula fantástica. En verdad, lejos de imponerle al mundo esta historia, se ha mostrado singularmente reticente en la materia. Responde a las indagaciones con cierto cautivador... retraimiento, por así decirlo, que desarma a los más suspicaces. Parece sinceramente avergonzado de que algo tan insólito le haya ocurrido a él.

Hay que lamentar que la aversión de Plattner a la idea de la

disección *post-mortem* pueda posponer, tal vez para siempre, la prueba definitiva de que el lado izquierdo y el derecho de la totalidad de su cuerpo han sido transpuestos.

De ese hecho depende principalmente la credibilidad de su historia. No hay forma de coger a un hombre y removerlo *en el espacio*, tal y como la gente corriente entiende el espacio, que dé por resultado el intercambio de sus lados. Hagáis lo que hagáis, el derecho sigue siendo el derecho y el izquierdo, el izquierdo.

Eso se puede hacer con una cosa perfectamente fina y plana, por supuesto. Si tuvierais que recortar una figura de papel, cualquier figura con un lado derecho y uno izquierdo, podríais intercambiar los lados simplemente levantándola y dándole la vuelta. Pero con un sólido es diferente. Los teóricos matemáticos nos dicen que la única manera de intercambiar el lado derecho y el izquierdo de un cuerpo sólido es quitándolo limpiamente del espacio tal y como lo conocemos (es decir, quitándolo de una existencia ordinaria) y dándole la vuelta en alguna parte fuera del espacio. Esto es un poco abstruso, no hay duda, pero cualquiera que tenga los más mínimos conocimientos de la teoría matemática, puede garantizar al lector que es verdad. Por ponerlo en lenguaje técnico, la curiosa inversión de los lados derecho e izquierdo de Plattner es la prueba de que él se trasladó de nuestro espacio a lo que se denomina Cuarta Dimensión y regresó de nuevo a nuestro mundo. A menos que optemos por considerarnos víctimas de una elaborada e inmotivada maquinación, casi nos vemos obligados a creer que ha ocurrido esto.

Eso en cuanto a los hechos tangibles. Vamos ahora con el relato de los fenómenos que concurrieron en su desaparición temporal del mundo. Plattner, al parecer, en la Sussexville Proprietary School, no sólo desempeñaba el cargo de profesor de Lenguas Modernas, sino también de química, geografía mercantil, teneduría de libros, taquigrafía, dibujo y cualquier otra asignatura adicional que suscitara directamente la atención de los caprichos de los volubles padres de los muchachos. Sabía poco o nada de estas variadas asignaturas, pero en la secundaria, a diferencia de la escuela pública o primaria, los conocimientos en el profesor no son, muy acertadamente, de ningún modo tan necesarios con un elevado talante moral y un tono caballeroso. En química era especialmente

deficiente, no conociendo, decía él, nada a excepción de los Tres Gases (sean lo que fueran estos Tres Gases). Como, no obstante, sus alumnos empezaban por no saber nada y recababan de él toda su información, esto no le causó, ni a él ni a nadie, el más mínimo inconveniente durante varios trimestres. Y entonces llegó a la escuela un chiquillo de nombre Whibble que, al parecer, había sido educado por algún malévolo pariente en la costumbre de hacer preguntas. Este chiquillo atendía a las clases de Plattner con marcado y sostenido interés y, a fin de mostrar su fervor por la materia, en varias ocasiones llevó a Plattner unas sustancias para analizar. Plattner, halagado por esta prueba de su capacidad de despertar interés y confiando en la ignorancia del muchacho, las analizó y llegó incluso a emitir algunos juicios generales sobre su composición.

Más aún, se sintió tan estimulado por su alumno que llegó a hacerse con un tratado de química analítica y a estudiarlo durante su turno de guardia en las horas de estudio vespertinas. Y se sorprendió al descubrir que la química era una materia realmente interesante.

Hasta aquí la historia es absolutamente tópica. Pero ahora aparece en escena el polvo verdoso.

La fuente de ese polvo verdoso, lamentablemente, parece haberse perdido. El señorito Whibble cuenta la historia tortuosa de haberlo encontrado dentro de un paquete en una calera abandonada junto a las colinas. Si se hubiera podido acercar enseguida una cerilla a ese polvo, habría sido una cosa excelente para Plattner y, posiblemente, para la familia del señorito Whibble. Lo que sí es cierto es que el joven caballero no lo llevó a la escuela en un paquete, sino en un frasco corriente de ocho onzas, graduado, para medicinas, y taponado con papel de periódico masticado. Se lo dio a Plattner al término de las clases de la tarde. Cuatro muchachos habían sido retenidos en la escuela después de las oraciones con el fin de completar unos deberes descuidados, y Plattner los vigilaba en la pequeña aula donde se daban las clases de química. El equipo para la enseñanza práctica de la química en la Sussexville Proprietary School, al igual que en la mayoría de las escuelas privadas de este país, se caracterizaba por una severa simplicidad. Se conservaba en un armario situado en un entrante de la pared y que tenía aproximadamente la misma capacidad que un baúl corriente de

viaje. Plattner, aburrido de su pasiva tarea de vigilancia, parecía haber acogido la intervención de Whibble con su polvo verde, como una agradable diversión y, abriendo el armario, procedió inmediatamente a sus experimentos analíticos. Whibble se sentó a mirarle, afortunadamente para él, a una distancia prudencial. Los cuatro bribones, fingiendo estar profundamente absortos en su trabajo, le miraban furtivamente con el más vivo interés. Porque incluso dentro del límite de los Tres Gases, las prácticas de química de Plattner, resultaban, según tengo entendido, temerarias.

Todos se muestran prácticamente unánimes en sus relatos sobre la actuación de Plattner.

Vertió un poco de polvo verde en una probeta y trató la substancia con agua, ácido clorhídrico, ácido nítrico y ácido sulfúrico sucesivamente. Al no obtener ningún resultado, vació otro poco (casi medio frasco en realidad) sobre una plancha de pizarra y acercó una cerilla. Sujetó el frasco de medicinas con la mano izquierda. La substancia empezó a despedir humo y a licuarse y luego... explotó con una violencia ensordecedora y un relámpago cegador.

Los cinco muchachos, al ver el relámpago y presagiando la catástrofe, se arrojaron bajo los pupitres, y ninguno de ellos resultó seriamente herido. La ventana salió despedida hasta el campo de juegos y la pizarra fue *derribada* de su caballete. La pizarra quedó pulverizada. Del techo cayó un poco de enlucido. Ni el edificio de la escuela ni los accesorios sufrieron ningún otro daño y los muchachos, al principio, al no ver a Plattner por ninguna parte, se imaginaron que había caído al suelo y que yacía fuera de su vista bajo los pupitres. De un salto, salieron de sus sitios para acudir en su ayuda y se quedaron estupefactos al no encontrar más que un espacio vacío. Aún confundidos por la súbita violencia de la explosión, se precipitaron hacia la puerta abierta bajo la impresión de que él debía haber quedado herido y que debía haber salido corriendo del aula. Pero Carson, que era el primero, casi tropezó en el umbral con el director, el señor Lidgett.

El señor Lidgett es un hombre corpulento, colérico, con un solo ojo. Los muchachos le describen entrando a trompicones en el aula y vociferando alguna de esas interjecciones mitigadas que los maestros de escuela irritables acostumbran a utilizar, por miedo de

no caer en lo peor. “¡Córcholis!” dijo. “¿Dónde está el señor Plattner?” Los muchachos concuerdan en que éstas fueron sus palabras exactas. (“Haragán”, “Pisaverde” y “Córcholis” se encuentran, al parecer, entre la pequeña moneda corriente del comercio escolar del señor Lidgett.)

¿Dónde está el señor Plattner? Esa era una pregunta que iba a repetirse muchas veces en los días inmediatos. Parecía realmente como si esa desmedida hipérbole, ‘pulverizado por la explosión’, se hubiera cumplido por una vez. De Plattner no quedaba ni una sola partícula visible; ni una sola gota de sangre y ni un jirón de ropa. Al parecer su existencia había sido apagada de un soplo, limpiamente, sin dejar ningún rastro. ¡No quedaban de él ni sus cenizas!, por citar una expresión proverbial. La evidencia de su absoluta desaparición, como consecuencia de aquella explosión, es un hecho indudable.

No es necesario extendernos aquí sobre la conmoción suscitada en la Sussexville Proprietary School, en Sussexville y en otras partes, por este acontecimiento. Es muy posible, en verdad, que los lectores de estas páginas puedan recordar haber oído alguna versión remota y atenuada de esa conmoción durante las últimas vacaciones de verano. Por lo que parece, Lidgett hizo todo cuanto estuvo en su mano para sofocar y minimizar la historia. Instituyó una penalización de veinte líneas para quien hiciera alguna mención del nombre de Plattner entre los muchachos, y declaró en el aula que estaba perfectamente al tanto del paradero de su ayudante. Temía que la posibilidad de que tuviera lugar una explosión, explicó, a pesar de las elaboradas precauciones tomadas para minimizar la enseñanza práctica de la química, pudiera dañar la reputación de la escuela, como también podría dañarla toda misteriosa propiedad en la desaparición de Plattner. Y efectivamente, hizo todo cuanto pudo para que la concurrencia pareciera lo más corriente posible. Concretamente, sometió a los cinco testigos oculares del lance a un interrogatorio tan minucioso, que empezaron a dudar de la simple evidencia de sus sentidos. Pero, a pesar de estos esfuerzos, el relato, en una versión magnificada y distorsionada, causó tal sensación en el distrito que numerosos padres retiraron a sus hijos con plausibles pretextos. No menos notable en la cuestión es el hecho de que un gran número de personas del vecindario soñaron con Plattner en unos sueños vividos durante el período de agitación que precedió a

su regreso, y que estos sueños poseían una curiosa uniformidad. En casi todos Plattner fue visto, a veces solo, a veces en compañía, vagando por una fulgurante iridiscencia. En todos los casos su rostro estaba pálido y fatigado y, en algunos, gesticulaba hacia el soñador. Uno o dos de los muchachos, evidentemente bajo el influjo de una pesadilla, imaginaron que Plattner se acercaba a ellos a una notable velocidad y parecía mirarles fijamente a los mismísimos ojos.

Otros huyeron, junto con Plattner, de la persecución de vagas y extraordinarias criaturas de forma globular. Pero todas estas fantasías quedaron olvidadas en interrogantes y especulaciones cuando, el miércoles de la semana posterior al lunes de la explosión, Plattner regresó.

Las circunstancias de su regreso fueron tan singulares como las de su partida. Tratando de integrar, en la medida de lo posible, el esbozo algo colérico del señor Lidgett con las vacilantes manifestaciones de Plattner, resultaría que en la tarde del miércoles, hacia la hora del crepúsculo, el primero de estos caballeros, tras dar por finalizado el estudio vespertino, se hallaba atareado en su jardín, recogiendo y comiendo fresas, una fruta a la que es desmedidamente aficionado. Es un jardín grande de los de antaño y, afortunadamente, al abrigo de las miradas indiscretas, gracias a una alta tapia de ladrillo rojo recubierta de hiedra. Precisamente mientras se hallaba inclinado sobre una planta especialmente prolífica, hubo un relámpago en el aire y un batacazo sordo; y antes de que pudiera mirar a su alrededor, un cuerpo pesado chocó contra él violentamente desde atrás. Fue arrojado hacia adelante aplastando las fresas que tenía en la mano y con tanta fuerza que su sombrero de copa (el señor Lidgett sigue apegado a los más viejos cánones de los uniformes escolares) se encasquetó violentamente sobre su frente y casi sobre un ojo. Este pesado misil que pasó rozando su costado desplomándose en posición sedente entre las plantas de las fresas resultó ser nuestro señor Plattner, largo tiempo perdido, en un estado extremadamente desmañado. Estaba sin cuello y sin sombrero, con la ropa blanca sucia, y había sangre en sus manos. El señor Lidgett estaba tan indignado y sorprendido que se quedó a cuatro patas y con el sombrero encasquetado sobre su ojo, mientras reconvenía a Plattner

con vehemencia por su irrespetuosa e inexplicable conducta.

Esta escena tan poco idílica completa lo que yo llamaría la versión exterior de la historia de Plattner —su aspecto esotérico—. Huelga entrar aquí en todos los detalles de su despedida por parte del señor Lidgett. Dichos detalles, con todos los nombres y fechas y referencias, podrán encontrarse en el informe más pormenorizado de estos sucesos que fue depositado en la Sociedad para la Investigación de Fenómenos Anormales. La singular transposición de los lados derecho e izquierdo de Plattner apenas fue observada durante el primer día, o poco más, y luego se apreció, por primera vez, en relación con su inclinación a escribir de derecha a izquierda en la pizarra. Más que ostentarla, él ocultó esta curiosa circunstancia confirmatoria, pues consideraba que afectaría desfavorablemente a sus esperanzas de encontrar un nuevo empleo. La descolocación de su corazón fue descubierta algunos meses después, cuando tuvo que sacarse una muela bajo anestesia. Él, entonces, de muy mala gana, permitió que le hicieran un precipitado reconocimiento quirúrgico con vistas a un breve informe publicado en el *Journal of Anatomy*. Aquí se agota la exposición de los hechos materiales y podemos pasar a considerar ahora el relato de Plattner sobre esta cuestión.

Pero antes debemos diferenciar claramente entre la porción de la historia que precede y la que viene después. Todo cuanto he narrado hasta aquí se basa en tales pruebas que incluso un abogado criminalista las aprobaría. Todos los testigos aún están vivos; el lector, si así le place, puede salir mañana mismo a cazar a los chicos, e incluso a desafiar los terrores del temible Lidgett y proceder a interrogar, tender trampas y efectuar comprobaciones a su antojo; Gottfried Plattner, en persona, con su corazón descolocado y sus tres fotografías, están a su disposición. Puede considerarse probado que él desapareció durante nueve días como consecuencia de una explosión; que regresó casi con la misma violencia, en circunstancias cuya naturaleza encocora al señor Lidgett, cualesquiera que sean los detalles de aquellas circunstancias; y que regresó invertido, del mismo modo que un reflejo es devuelto por un espejo. La consecuencia de este último hecho, como ya hice notar, es que Plattner debió encontrarse, con toda seguridad, durante aquellos nueve días, en un estado de

existencia más allá del espacio. La evidencia de estas aseveraciones es, en verdad, mucho más sólida que aquella con la que se ahorca a muchos asesinos. Pero por su propio relato acerca de dónde había estado, aun con sus confusas explicaciones y detalles poco menos que antinómicos, sólo contamos con la palabra del señor Gottfried Plattner. Yo no deseo desacreditarla, pero debo señalar (cosa que tantos escritores de oscuros fenómenos psíquicos dejan de hacer) que aquí estamos pasando de lo que es prácticamente innegable, a ese campo en el que todo hombre razonable tiene derecho a creer o rechazar, según le convenga. Las manifestaciones anteriores lo hacen plausible; su discordancia con la experiencia común lo inclina hacia lo increíble. Preferiría no influir en el juicio del lector ni en un sentido ni en otro, sino simplemente contar la historia tal y como Plattner me la contó a mí.

Me hizo este relato, puedo asegurarlo, en mi casa de Chislehurst; y en cuanto me hubo dejado aquella tarde, me fui a mi estudio y lo puse todo por escrito tal y como lo recordaba. Más tarde, tuvo la amabilidad de leer una copia mecanografiada de modo que su exactitud sustancial resulta innegable.

Él afirma que en el momento de la explosión pensó claramente que había resultado muerto. Notó que sus pies eran arrancados del suelo siendo lanzado hacia atrás con violencia. Es un hecho curioso para los psicólogos que él pensara con claridad durante su vuelo hacia atrás y se preguntara si iría a chocar contra el armario de química o contra el caballete de la pizarra. Sus talones golpearon la tierra y él se tambaleó yendo a caer pesadamente en posición de sentado sobre algo blando y consistente. Por un momento la sacudida le dejó aturdido. Al instante percibió un intenso olor a cabellos chamuscados y le pareció oír la voz de Lidgett preguntando por él. Comprenderéis que durante cierto tiempo su mente permaneciera muy confusa.

Al principio tuvo la clara impresión de que aún se encontraba en el aula. Advirtió con toda claridad la sorpresa de los muchachos y la entrada del señor Lidgett. Se muestra totalmente seguro a este respecto. No oyó sus comentarios pero lo atribuyó al efecto ensordecedor del experimento. Las cosas que le rodeaban parecían curiosamente oscuras y desvaídas, pero su mente lo explicó por la obvia aunque errónea idea de que la explosión había engendrado un

ingente volumen de humo oscuro. Las figuras de Lidgett y de los muchachos se movían por la oscuridad tan tenues y silenciosas como fantasmas.

Plattner aún sentía en el rostro el calor punzante de la llamarada. Se sentía ‘totalmente atontado’, por decirlo con sus mismas palabras. Parece que sus primeros pensamientos definidos fueron para su incolumidad personal. Pensó que tal vez había quedado ciego o sordo. Se palpó los miembros y la cara con cautela. Luego sus percepciones se hicieron más claras y se quedó asombrado al echar de menos los viejos pupitres familiares y demás muebles del aula a su alrededor. En su lugar sólo había formas oscuras, inciertas y grises. Luego ocurrió algo que le hizo gritar fuertemente y despertar a una actividad instantánea sus aturcidas facultades. *¡Dos de los muchachos, gesticulando, habían pasado limpiamente a través de su cuerpo, uno tras otro!* Ninguno de los dos había manifestado tener la más mínima conciencia de su presencia. Es difícil imaginar la sensación que experimentó. Habían avanzado contra él, afirma, con una fuerza no mayor que la de una ráfaga de niebla.

Lo primero que pensó Plattner después de aquello fue que estaba muerto. Sin embargo, al haber sido criado de acuerdo con unos principios cabalmente sólidos en estas materias, estaba un poco sorprendido de encontrarse aún dentro de su cuerpo. Su segunda conclusión fue que él no estaba muerto sino que lo estaban los demás: que la explosión había destruido la Sussexville Proprietary School y a todos sus ocupantes excepto a él. Pero eso también resultaba escasamente satisfactorio. No tuvo más remedio que regresar a su atónita observación.

Todo cuanto le rodeaba estaba extraordinariamente oscuro: al principio le pareció que todo era totalmente negro como el ébano. En lo alto, sobre su cabeza, había un firmamento negro. El único toque de luz en la escena era una débil luminosidad verdosa en el límite del cielo, en una dirección en la que sobresalía un horizonte de negras colinas onduladas. Ésta, he dicho, fue su impresión al principio. A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, empezó a distinguir en el ambiente nocturno circundante una débil calidad de diferentes coloraciones verdosas. Sobre este fondo, el mobiliario y los ocupantes del aula parecían delinearse como espectros fosforescentes, lánguidos e impalpables. Alargó la

mano y la hundió sin esfuerzo en la pared del aula junto a la chimenea.

Se describe a sí mismo haciendo denodados esfuerzos para llamar la atención. Gritando a Lidgett e intentando asir a los muchachos mientras iban de acá para allá. Sólo desistió de sus intentos cuando entró en el aula la señora Lidgett por quien él, en calidad de Director Adjunto, sentía natural aversión. Dice que la sensación de estar en el mundo sin ser, no obstante, parte de él, resultaba extraordinariamente desagradable. Comparó sus sentimientos, no sin razón, con los de un gato que contempla a un ratón a través de una ventana. Cada vez que hacía un movimiento para comunicarse con el mundo borroso y familiar que le rodeaba, encontraba una invisible e incomprensible barrera que le impedía el contacto.

Dirigió entonces su atención a su entorno sólido. Encontró el frasco de medicina aún intacto que contenía el resto de polvo verde en su mano. Se lo metió en el bolsillo y empezó a palpar a su alrededor. Al parecer, estaba sentado sobre un peñasco rocoso recubierto de musgo aterciopelado. Era incapaz de ver el oscuro paisaje que le rodeaba porque la imagen desvaída y nebulosa del aula lo emborronaba, y sin embargo, tenía la sensación (debida tal vez al viento frío) de que se encontraba cerca de la cresta de una colina y que bajo sus pies se abría un escarpado valle. El fulgor verde en el límite del cielo pareció crecer en amplitud e intensidad. Se puso de pie, frotándose los ojos.

Parece que dio algunos pasos, bajando por la escarpada pendiente y luego tropezó, se cayó casi y volvió a sentarse sobre un peñasco a contemplar el alba. Se dio cuenta de que el mundo que le rodeaba estaba absolutamente silencioso. Estaba tan inmóvil como oscuro y aunque había un viento frío que soplaba hacia lo alto de la colina, el crujir de la hierba, los suspiros de las ramas que habrían debido acompañarlo, estaban ausentes. Por consiguiente, pudo oír, aunque no pudiera ver, que la ladera sobre la que se encontraba, era rocosa y desolada. El verde se volvía cada vez más luminoso y mientras tanto un rojo-sangre desvaído, transparente, se mezclaba aunque sin mitigarlas, con la negrura del alto cielo y la desolación de las rocas circundantes. Teniendo en cuenta lo que sigue, me inclino a pensar que aquella luz rojiza pudo haber sido un efecto óptico debido al contraste. Algo negro fluctuó momentáneamente contra el lívido

amarillo-verdoso de la parte baja del cielo y entonces la fina y penetrante voz de una campana surgió del negro abismo que tenía ante sí. Una expectativa abrumadora iba creciendo con el crecer de la luz.

Es probable que transcurriera una hora o más mientras él estuvo allí sentado y esa extraña luz verde se volvía cada vez más luminosa y se difundía lentamente, con flameantes apéndices, hacia lo alto, en dirección al cenit. A medida que crecía, la visión espectral de nuestro mundo se hizo, relativa o absolutamente, más lánguida. Probablemente las dos cosas, porque la hora debió ser aproximadamente la de nuestro atardecer terreno. A medida que desaparecía su visión de nuestro mundo, Plattner, con unos pocos pasos cuesta abajo, había atravesado el suelo del aula y parecía encontrarse ahora sentado en el aire, a media altura, en el aula más grande de la planta baja. Vio claramente a los internos, pero mucho más débilmente de lo que había visto a Lidgett. Estaban haciendo sus deberes vespertinos y reparó con interés en que varios estaban haciendo trampas con sus problemas de geometría porque consultaban un formulario cuya existencia él jamás había sospechado hasta entonces. A medida que pasaba el tiempo se fueron desvaneciendo progresivamente, con la misma progresión con la que iba creciendo la verde luz del alba.

Mirando hacia el fondo del valle, vio que la luz se había deslizado a lo largo de sus laderas rocosas y que la profunda negrura del abismo estaba ahora quebrada por un diminuto resplandor verde, como la luz de una luciérnaga. Y casi inmediatamente el perfil de un inmenso cuerpo celeste, de un verde llameante, surgió sobre el fondo de las ondulaciones basálticas de las colinas lejanas, y las monstruosas masas rocosas a su alrededor aparecieron demacradas y desoladas, envueltas en luz verde y en profundas sombras rojizas. Empezó a distinguir un vasto número de objetos esféricos que flotaban en el aire como flota el escardillo del cardo sobre la tierra alta. Ninguno de ellos se encontraba más cerca de él que el lado opuesto del valle. Abajo, la campana vibraba cada vez más rápida, con una especie de impaciente insistencia y varias luces se movían aquí y allá. Los muchachos, atareados en sus pupitres, ahora eran casi unas siluetas imperceptibles.

Esta extinción de nuestro mundo, al levantarse el sol verde de este

otro universo, es un punto curioso sobre el que Plattner insiste. Durante la noche del Otro Mundo resulta difícil moverse debido a la intensidad con la que son visibles las cosas de este mundo. Si este es el motivo, se convierte en un enigma explicar por qué, en este mundo, nosotros no alcanzamos a vislumbrar nada del Otro Mundo. Quizás se deba a la relativamente intensa iluminación de este mundo nuestro. Plattner refiere que la luminosidad máxima del mediodía del Otro Mundo no llega a alcanzar ni con mucho la claridad de una noche de luna llena de este mundo, mientras que su noche es de un negro profundo. En consecuencia, la cantidad de luz, incluso de una habitación oscura corriente, es suficiente para hacer invisibles las cosas del Otro Mundo, y por el mismo principio, esa débil fosforescencia sólo es visible en la oscuridad más profunda. Después de contarme su historia, he intentado ver algo del Otro Mundo sentándome de noche, y durante largo tiempo, en la cámara oscura de un fotógrafo. He visto efectivamente las formas confusas de pendientes y rocas verdosas, pero debo reconocer que las vi sólo de una manera muy confusa. Puede que el lector sea, posiblemente, más afortunado. Plattner me ha dicho que desde que volvió, ha visto y reconocido lugares del Otro Mundo en sus sueños, pero esto se debe, seguramente, a su recuerdo de estas escenas. Parece muy posible que personas dotadas de una insólita sensibilidad visual puedan vislumbrar, de vez en cuando, algo de este extraño Otro Mundo que hay a nuestro alrededor.

Sin embargo, esta es una digresión. Cuando salió el sol verde, se hizo perceptible en el valle una larga calle de negros edificios, si bien sólo de un modo oscuro e indistinto; y tras cierta vacilación, Plattner empezó a bajar gateando por la escarpada pendiente en dirección a ellos.

La bajada fue larga y extremadamente fastidiosa, no sólo por ser extraordinariamente abrupta sino también por la inestabilidad de los cantos que estaban esparcidos por toda la superficie de la colina. El ruido de su descenso, de vez en cuando sus tacones levantaban chispas de las rocas, parecía ahora el único sonido del universo porque la campana había dejado de tañer. Mientras se acercaba, percibió que los diferentes edificios poseían una extraña semejanza con tumbas, mausoleos y monumentos, con la única salvedad de que todos eran uniformemente negros en vez de ser blancos como la

mayoría de los sepulcros. Y luego vio, agolpadas fuera del edificio más grande, una serie de figuras descoloridas, redondeadas, de color verde pálido, muy al estilo de la gente que sale de la iglesia. Éstas se dispersaron en distintas direcciones alrededor de la calle ancha del lugar, algunas tomando por callejones laterales y reapareciendo sobre la escarpada pendiente de la colina, otras entrando en algunos de los pequeños edificios que flanqueaban el camino.

Al ver estas cosas que flotaban hacia arriba en dirección suya, Plattner se detuvo, con los ojos abiertos. No iban andando y carecían realmente de miembros; y tenían la apariencia de cabezas humanas bajo las cuales se bamboleaba un cuerpo de renacuajo. Estaba demasiado asombrado por su extrañeza, demasiado lleno de extrañeza, para sentirse realmente alarmado por ellas. Fueron a su encuentro delante del viento frío que soplaba cuesta arriba, como pompas de jabón empujadas por la corriente. Y al mirar a la más próxima de las que se le estaban acercando, vio que se trataba realmente de una cabeza humana, si bien con ojos singularmente grandes y exhibiendo tal expresión de angustia y de zozobra, como jamás había visto antes en un semblante mortal. Advirtió con sorpresa que no se volvió a mirarle, sino que parecía estar contemplando y siguiendo algo invisible que se movía. Por un momento se quedó perplejo y luego se le ocurrió que esta criatura estaba contemplando con sus enormes ojos algo que estaba sucediendo en el mundo que acababa de dejar. Se acercó a él cada vez más, pero estaba demasiado anonadado para gritar. Cuando estuvo junto a él emitió un sonido muy débil y quejumbroso. Luego le dio en el rostro un golpecito suave —su tacto era muy frío— y pasó delante de él subiendo hacia la cresta de la colina.

Por la mente de Plattner cruzó como un relámpago la extraordinaria convicción de que esta cabeza poseía un fuerte parecido con Lidgett.

Luego volvió su atención hacia las otras cabezas que ahora trepaban por la ladera como un tupido enjambre. Ninguna mostró la más mínima señal de reconocerle. Es más, una o dos se acercaron a su cabeza y a punto estuvieron de seguir el ejemplo de la primera, pero él se escabulló de su camino con una convulsión. En la mayoría de ellas vio la misma expresión de vano pesar que había

visto en la primera y oyó los mismos débiles sonidos de desdicha. Una o dos lloraron y otra, que rodaba velozmente cuesta arriba, tenía una expresión de furia diabólica. Pero otras estaban frías y varias tenían en los ojos una mirada de complacido interés. Una, al menos, se hallaba casi en un éxtasis de felicidad. Plattner no recuerda haber encontrado otras semejanzas en todas las que vio en ese momento.

Durante varias horas quizás, Plattner contempló esas extrañas cosas mientras se dispersaban por las colinas y sólo mucho tiempo después de que hubieran dejado de salir de los negros edificios apiñados en la garganta, reanudó su escalada hacia abajo. La oscuridad a su alrededor aumentó, hasta tal punto, que tuvo dificultades para pisar firme. En lo alto, el cielo tenía ahora un color verde pálido brillante. No sentía ni hambre ni sed. Más tarde, cuando las sintió, descubrió un frío riachuelo que fluía en el centro de la garganta y encontró que el extraño musgo que cubría los cantos, cuando la desesperación le impulsó a probarlo, era comestible. Anduvo a tientas por entre las tumbas que bajaban a lo largo de la garganta, buscando vagamente algún indicio que explicara estas inexplicables cosas. Al cabo de mucho tiempo, llegó a la entrada del gran edificio (de donde habían salido las cabezas), el cual parecía un mausoleo. En su interior encontró un grupo de luces verdes que ardían sobre una especie de altar de basalto y una cuerda de campana que colgaba desde lo alto de un campanario en el centro del lugar. Una inscripción de fuego, con letras que le eran desconocidas, corría alrededor de la pared. Mientras se estaba preguntando todavía el significado de estas cosas, oyó el ruido de fuertes pisadas cuyo eco se iba alejando calle abajo. Volvió a salir corriendo a la oscuridad, pero no pudo ver nada. Se le ocurrió tirar de la cuerda de la campana y finalmente decidió perseguir a aquellos pasos. Pero aunque corrió lejos, jamás logró alcanzarlos y de nada sirvieron sus gritos. La garganta parecía extenderse a lo largo de una distancia interminable. Todo su recorrido era tan oscuro como una noche de estrellas terrenal, mientras la horrible luz verde del día se recostaba a lo largo del borde superior de sus precipicios. Ahora ya no estaba ninguna de esas cabezas abajo. Al parecer, se hallaban solícitamente ocupadas a lo largo de las pendientes superiores. Levantando la vista, las vio deslizarse de acá

para allá, algunas se balanceaban sin moverse de su sitio, otras volaban velozmente por el aire. Dijo que le recordaban a ‘grandes copos de nieve’; sólo que estos eran negros y verdes pálidos.

Plattner declara haber pasado la mayor parte de siete u ocho días persiguiendo a aquellos recios pasos uniformes a los que jamás alcanzó, caminando a tientas en nuevas regiones de esta interminable zanja del diablo, gateando hacia arriba y hacia abajo por esas despiadadas alturas, vagando entre las cumbres y contemplando aquellas caras a la deriva. No había llevado la cuenta, dice. Si bien en una o dos ocasiones había reparado en unos ojos que le observaban, no había cruzado palabra con ningún ser vivo. Dormía entre las rocas de la pendiente. En la garganta las cosas terrenales eran invisibles porque, desde el punto de vista terrenal, se encontraba demasiado enterrado. En las alturas, tan pronto como hubo empezado el día terrenal, el mundo le resultaba visible. Algunas veces se encontraba tropezando en las oscuras rocas verdes o deteniéndose al borde de un precipicio, mientras a su alrededor se tambaleaban los verdes ramales de las veredas de Sussexville; o, de nuevo, le parecía estar andando por las calles de Sussexville u observando, sin ser visto, los asuntos privados de alguna familia. Y así fue como descubrió que a casi todos los seres humanos de nuestro mundo, les pertenecían algunas de estas cabezas flotantes y que todas las personas del mundo son observadas intermitentemente por estos seres desencarnados y desvalidos.

¿Qué es lo que son... estos Observadores de los Vivos? Plattner jamás lo comprendió. Pero dos de ellos, que pronto le habían encontrado y seguido, se asemejaban al recuerdo que tenía de su padre y de su madre en la infancia. De vez en cuando otras caras volvían sus ojos hacia él; unos ojos como los de las personas muertas que habían influido en él o le habían perjudicado o ayudado en su juventud y madurez. Cada vez que le miraban, Plattner se sentía subyugado por un extraño sentido de la responsabilidad. Se aventuró a hablar a su madre; pero ella no le respondió. Le miró a los ojos con tristeza, resolución y ternura, y también con cierto reproche.

Él se limita a contar su historia: no se esfuerza en explicarla. A nosotros no nos queda más que hacer conjeturas sobre quiénes

puedan ser estos Observadores de los Vivos o, si son realmente los Muertos, por qué deberían observar tan de cerca y tan apasionadamente un mundo que han abandonado para siempre. Podría ser —y a mí me parecería justo— que cuando nuestra vida ha concluido, cuando el bien o el mal ha dejado de ser una alternativa para nosotros, tuviéramos que presenciar aún el desarrollo de la serie de consecuencias de nuestras obras. Si las almas humanas continúan existiendo después de la muerte, entonces no hay duda de que también persisten los intereses humanos después de la muerte. Pero eso no es más que una mera suposición mía sobre el significado de lo que hemos visto. Plattner no ofrece ninguna interpretación porque a él nadie le dio ninguna. Es bueno que el lector lo comprenda con claridad. Día tras día, con la cabeza dándole vueltas, vagó por ese mundo iluminado de verde fuera del mundo, fatigado, y, hacia el final, débil y hambriento. De día —es decir, nuestro día terrenal— la visión espectral del viejo decorado familiar de Sussexville, que se extendía a su alrededor, le fastidiaba y le preocupaba. No podía ver dónde ponía los pies, y de tanto en tanto, con un toque gélido, una de estas Almas Observadoras iba a dar contra su cara. Y después de oscurecido, las multitudes de estos Observadores que le rodeaban, y su resuelta aflicción, confundían su mente de forma indecible. Le consumía un gran anhelo de regresar a la vida terrenal que estaba tan cerca y, sin embargo, tan remota. La naturaleza no terrenal de todo cuanto le rodeaba le producía una zozobra mental decididamente dolorosa. Sus propios seguidores particulares le preocupaban lo indecible. Por mucho que les gritara para que desistieran de mirarle fijamente, que les increpara, que se alejara precipitadamente de ellos, permanecían siempre mudos y resueltos. Por mucho que corriera sobre ese accidentado terreno, ellos seguían su destino.

Al noveno día, hacia el atardecer, Plattner oyó acercarse los pasos invisibles, lejos, en el fondo de la garganta. En ese momento se encontraba vagando por la ancha cresta de la misma colina sobre la que había caído al entrar en este su extraño Otro Mundo. Se volvió para refugiarse corriendo en la garganta, tanteando apresuradamente su camino, pero le detuvo la visión de lo que estaba ocurriendo en una habitación de una calle secundaria, junto a la escuela. Conocía de vista a las dos personas que se hallaban

dentro. Las ventanas estaban abiertas, las persianas subidas y la puesta de sol resplandecía claramente dentro del cuarto, de modo que trascendió, con gran nitidez al principio, una habitación vívidamente oblonga que resaltaba como la imagen de una linterna mágica sobre el fondo del paisaje negro y del alba verde e intensa. La habitación estaba iluminada, además de por la luz del sol, por una vela recién encendida.

Sobre la cama yacía un hombre flaco, apoyando la horrible lividez de su pálida cara sobre la revuelta almohada. Sus manos apretadas estaban levantadas por encima de su cabeza. Una mesilla junto a la cama sostenía unos frascos de medicinas, unas tostadas y agua, y un vaso vacío. De vez en cuando los labios del hombre flaco se entreabrían para sugerir una palabra que no podía articular. Pero la mujer no se daba cuenta de que él quería algo, porque estaba en el rincón opuesto de la habitación, ocupada sacando papeles de una anticuada cómoda. Al principio la escena era realmente vivida, pero a medida que el verde amanecer iba creciendo en luminosidad, se volvía más tenue y cada vez más transparente.

Mientras el eco de los pasos se iba acercando más y más, esos pasos que resuenan tan fuerte en aquel Otro Mundo y tan silenciosamente en éste, Plattner percibió a su alrededor una gran multitud de rostros borrosos que se iban reuniendo, saliendo de la oscuridad y observando a las personas de la habitación. Jamás había visto antes a tantos Observadores de los Vivos.

Una multitud sólo tenía ojos para el doliente, otra multitud, con infinita angustia, observaba a la mujer, mientras buscaba, con mirada codiciosa, algo que no podía encontrar. Se agolparon alrededor de Plattner, atravesaron su campo visual y le golpearon en la cara mientras el ruido de sus vanas lamentaciones le envolvía aturdiéndole. Ya sólo veía con claridad de vez en cuando. Otras veces las imágenes palpitaban oscuras, a través del velo de verdes reflejos que cubría sus movimientos. En la habitación debía estar todo muy quieto y Plattner dice que la llama de la vela exhalaba una línea de humo perfectamente vertical, pero en sus oídos cada pisada y sus ecos resonaban como el golpear de un trueno. ¡Y las caras! Especialmente dos, junto a la de la mujer; también una de otra mujer, blanca y de rasgos transparentes, una cara que podría haber sido una vez fría y dura pero que ahora aparecía suavizada

por una pincelada de sabiduría extraña a la tierra. La otra podía haber sido la cara del padre de la mujer. Parecía que ambos estaban, sin lugar a dudas, absortos en la contemplación de algún acto de aborrecible bajeza, que ya no podían impedir, tampoco poner en guardia contra él. Detrás había otros, maestros quizá, que habían enseñado mal, amigos cuya influencia había fracasado. ¡Y encima de este hombre también había una multitud, pero nadie que diera la impresión de ser pariente o maestro! ¡Caras que podían haber sido antes vulgares pero que ahora estaban purificadas por la fuerza del dolor! Y en primera fila una cara, la cara de una muchacha, ni enojada ni compungida sino simplemente paciente y fatigada y, por lo que le pareció a Plattner, a la espera de consuelo. Su capacidad de descripción le había fallado al recordar a esta multitud de lívidos semblantes. Al sonar la campana se reunieron. Los vio a todos en el espacio de un segundo. Al parecer, había caído en tal estado de excitación, que sus dedos inquietos sacaron involuntariamente de su bolsillo el frasco del polvo verde, sosteniéndolo delante de él.

Pero de eso él no se acuerda.

Bruscamente los pasos cesaron. Esperó el siguiente y hubo silencio y luego, repentinamente, surcando la inesperada quietud como una hoja afilada y fina, había llegado el primer tañido de la campana. Ante eso, las caras de la multitud habían ondeado de acá para allá y a su alrededor se había levantado un lamento más fuerte. La mujer no oyó; ahora estaba quemando algo en la llama de la vela. Al segundo tañido, todo se oscureció y un hálito de viento, frío como el hielo, sopló a través de la hueste de observadores. Se arremolinaron a su alrededor como un torbellino de hojas secas en primavera, y al tercer tañido algo se extendió a través de ellos hasta la cama. Sabéis lo que es un rayo de luz. Esto era como un rayo de tinieblas y, volviendo a mirarlo, Plattner vio que se trataba de la sombra de un brazo y de una mano.

El sol verde ya estaba alto en el horizonte de aquellas desolaciones y la visión de la habitación era muy débil. Plattner pudo ver que el blanco de la cama forcejeaba presa de convulsiones; y que la mujer miró a su alrededor volviéndose asustada.

La nube de observadores se levantó en el aire como una humareda de polvo verde delante del viento, y se deslizó rápidamente hacia el

templo al fondo de la garganta. Entonces, súbitamente, Plattner comprendió el significado de la sombra negra del brazo extendido sobre su hombro y cerrado sobre su presa. No tuvo el valor de volver la cabeza para ver a la Sombra detrás del brazo. Con un esfuerzo violento y tapándose los ojos, se puso a correr, dio tal vez veinte zancadas, luego resbaló en una piedra y cayó. Cayó hacia adelante sobre sus manos y el frasco se hizo pedazos y estalló en el momento en que él tocaba el suelo.

Al cabo de un momento se encontró, aturdido y sangrando, sentado cara a cara con Lidgett, en el viejo jardín cercado de detrás de la escuela. Aquí termina la narración de las experiencias de Plattner. Me he resistido, creo que con éxito, a la predisposición natural de un escritor de ficción a adornar esta clase de incidentes. En la medida de lo posible, he contado las cosas en el mismo orden en que Plattner me las contó a mí. He evitado cuidadosamente todo intento de estilo, efecto o construcción. Hubiera sido fácil, por ejemplo, elaborar la escena del lecho de muerte con alguna clase de trama que hubiera podido involucrar a Plattner. Pero aparte de lo censurable que resultaría falsificar una historia de tan extraordinaria autenticidad, unos artificios tan trillados habrían estropeado, en mi opinión, el peculiar efecto de este mundo oscuro, con sus lívidas iluminaciones verdes y sus Observadores flotantes de los Vivos, el cual, aunque invisible e inaccesible para nosotros, subyace sin embargo a nuestro alrededor.

Queda añadir que hubo efectivamente una muerte en Vincent Terrace, justo detrás del jardín de la escuela y, por lo que se pudo probar, en el mismo momento del regreso de Plattner. El difunto era un recaudador y agente de seguros. Su viuda, mucho más joven que él, se casó el mes pasado con cierto señor Whympers, un cirujano veterinario de Allbleeding. Dado que una parte de la historia relatada aquí ha circulado oralmente en varias versiones por Sussexville, ella ha consentido en que yo utilizara su nombre, con la condición de que yo diera a conocer con claridad que ella desmiente, resueltamente, hasta el último detalle del relato de Plattner acerca de los últimos momentos de su marido. Que ella no quemó ningún testamento, dice, aunque Plattner jamás la acusó de hacerlo; que su marido sólo había hecho un testamento, y eso justo después de su boda. Claro que, para un hombre que jamás lo había

visto, la descripción que hizo Plattner del mobiliario de la habitación resultaba curiosamente detallada.

Debo insistir sobre una cosa, aun a riesgo de resultar tedioso por repetido, para que no pueda parecer que favorezco el punto de vista crédulo y supersticioso. La ausencia del mundo durante nueve días de Plattner es, en mi opinión, un hecho probado. Pero eso no prueba su historia. No resulta nada inconcebible que incluso en el espacio exterior puedan ser posibles las alucinaciones. Que el lector tenga eso, al menos, claramente presente.

La historia del difunto señor Elvesham

Escribo esta historia, no con la esperanza de que sea creída, sino para prepararle, en la medida de lo posible, una escapatoria a la próxima víctima. Tal vez ésta pueda beneficiarse de mi infortunio.

Me llamo Edward George Eden. Nací en Trentham, en Staffordshire, por ser mi padre un empleado de los jardines de aquella ciudad. Perdí a mi madre cuando tenía tres años y a mi padre cuando tenía cinco; mi tío George Eden me adoptó entonces como hijo suyo. Era soltero, autodidacta y muy conocido en Birmingham como periodista emprendedor; él me educó generosamente y estimuló mi ambición de triunfar en el mundo y, a su muerte, que acaeció hace cuatro años, me dejó toda su fortuna, que ascendía a unas quinientas libras después de pagar todos los gastos pertinentes. Yo tenía entonces dieciocho años. En su testamento me aconsejaba que invirtiera el dinero en completar mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina y, gracias a su generosidad póstuma y a mi buena estrella en unas oposiciones para una beca, me convertí en estudiante de medicina en la Universidad de Londres. Cuando comienza mi relato, me alojaba en el 110 de la University Street, en una pequeña buhardilla, de mobiliario muy zarrapastoso y llena de corrientes, que daba a la parte posterior del local de Schoolbred. Utilizaba este cuartito tanto para vivir como para dormir, porque estaba ansioso por agotar todos los recursos de que disponía hasta el último chelín.

Llevaba yo un par de botas a arreglar a una zapatería de Tottenham Court Road cuando me encontré por primera vez con el viejecito de cara amarillenta con el que mi vida se ha enmarañado tan inextricablemente en este momento. Estaba de pie, en la acera, contemplando el número de la puerta en actitud vacilante, cuando yo la abrí. Sus ojos, unos ojos grises inexpresivos y enrojecidos en los bordes de las pestañas, se posaron sobre mi cara, y su semblante

adquirió inmediatamente una expresión de arrugada afabilidad.

—Llega usted en el momento oportuno —dijo—, había olvidado el número de su casa. ¿Cómo está usted, señor Eden?

Me quedé un poco sorprendido ante la familiaridad de su tono, puesto que yo jamás había visto a ese hombre. También estaba un poco irritado de que me hubiera pillado con las botas bajo el brazo. Él reparó en mi falta de cordialidad.

—Se estará usted preguntando quién diablos soy, ¿verdad? Un amigo, se lo aseguro. Le he visto a usted antes aunque usted no me haya visto a mí. ¿Puedo hablar con usted en alguna parte?

Yo vacilé. El desaliño de mi buhardilla no era cosa que se pudiera enseñar a cualquier desconocido.

—Tal vez podríamos hablar mientras paseamos —dije yo—. Lamentablemente, esto me impide... —Mi gesto explicó la frase antes de que pudiera terminarla.

—Como quiera —dijo, y se volvió primero hacia un lado y luego hacia otro—. Si paseamos, ¿en qué dirección vamos a hacerlo? —Yo deslicé mis botas en el zaguán.

—¡Mire! —dijo bruscamente— este asunto es un galimatías. Venga a almorzar conmigo, señor Eden. Yo soy viejo, muy viejo, y las explicaciones no se me dan bien y con mi voz atiplada y el estrépito del tráfico...

Y posó una mano enjuta y persuasiva que tembló un poco sobre mi brazo.

Yo no era tan mayor como para que un viejo no pudiera invitarme a almorzar. Y sin embargo, al mismo tiempo, su repentina invitación no terminaba de agradarme.

—Yo preferiría... empecé a decir.

—Pero yo en cambio sí lo preferiría —dijo tomándome la palabra— y además, acepte aunque no sea más que por el respeto que merecen mis canas.

Y así, consentí, y marché con él.

Me llevó al Blativiski y tuve que andar despacio para acomodarme a su paso. Y durante el almuerzo, que resultó ser el mejor de toda mi vida, él se resistió a contestar a mi principal pregunta y yo tomé nota de su aspecto. Su cara afeitada estaba flaca y llena de arrugas, sus labios ajados caían sobre una dentadura postiza y su pelo cano era fino y bastante largo; a mí me parecía pequeño, aunque la

verdad es que a mí me parecía pequeña mucha gente, y sus hombros estaban redondeados y encorvados. Y al mirarle, no pude dejar de observar que él también estaba tomando buena nota de mí, recorriéndome con la vista con una curiosa mirada de codicia, desde mis anchas espaldas hasta mis manos tostadas por el sol y otra vez hasta mi cara pecosa.

—Y ahora —dijo mientras encendíamos nuestros cigarrillos— debo hablarle del asunto que me traigo entre manos.

—Debo decirle, pues, que yo soy un viejo, un hombre muy viejo. —Se detuvo momentáneamente. —Y sucede que yo tengo dinero que pronto deberé dejar y no tengo ningún hijo a quien dejárselo—. Yo me acordé del truco de la confidencia y resolví permanecer alerta por los vestigios de mis quinientas libras. Él prosiguió haciendo hincapié en su soledad y en los problemas con que se había enfrentado para hallar un destino adecuado para su dinero. —He tomado en consideración un plan tras otro, beneficencia, instituciones de caridad, becas de estudio y bibliotecas, y por fin he llegado a esta conclusión —dijo mirándome fijamente—. Quiero encontrar a un joven ambicioso, de mente pura, y pobre, sano de cuerpo y alma, para, en breve, convertirle en mi heredero y darle todo cuanto poseo. —Y repitió—: Darle todo cuanto poseo, de modo que, repentinamente aliviado de todos los problemas y esfuerzos en los que su sensibilidad haya sido educada, alcance la libertad y la influencia.

Traté de mostrarme desinteresado. Con una transparente hipocresía dije: —Y usted quiere mi ayuda, mis servicios profesionales quizá, para encontrar a esa persona.

Él sonrió, y me miró por encima de su cigarrillo y yo me reí ante su tranquila reacción a mi modesta pretensión.

—¡Qué carrera podría hacer este hombre! —dijo—. Me llena de envidia pensar que otro puede gastar lo que yo he acumulado... Pero hay algunas condiciones, naturalmente, unas cargas que le impondré. Por ejemplo, deberá tomar mi nombre. No se puede esperar todo sin nada a cambio. Y además debo estar al tanto de todas las circunstancias de su vida antes de poder aceptarle. Debe ser intachable. Debo conocer sus antecedentes, cómo murieron sus padres y sus abuelos, y llevar a cabo la más estricta investigación sobre su moral privada.

Esto modificó un poco mi recóndita enhorabuena.

—Y, ¿debo comprender —dije— que yo...?

—Sí —dijo casi impetuosamente—. Usted. *Usted*.

No contesté ni una sola palabra. Mi imaginación se encontraba en plena efervescencia, mi escepticismo innato resultaba inútil para modificar el paroxismo. No había en mi cabeza ni una brizna de gratitud... no sabía ni qué decir ni cómo decirlo.

—Pero, ¿por qué yo precisamente? —logré decir por fin.

Dijo que por casualidad había oído hablar de mí al profesor Haslar que me había descrito como típico joven sano y honesto y él deseaba, en la medida de lo posible, dejarle su dinero a alguien cuya salud e integridad quedaran aseguradas.

Ese fue mi primer encuentro con el viejecito. Se mostró misterioso con respecto a sí mismo, no quiso desvelarme todavía su nombre y después de contestarle a algunas de sus preguntas, me dejó en el vestíbulo del Blativiski. Reparé en que había sacado un puñado de monedas de oro del bolsillo cuando llegó el momento de pagar la cuenta. Su insistencia sobre la salud corporal resultaba curiosa. De acuerdo con el trato que hicimos, aquel mismo día solicité una póliza de seguro de vida por una gran suma en la Royal Insurance Company y durante la semana siguiente tuve que soportar los exhaustivos reconocimientos de los asesores médicos de aquella compañía. Ni siquiera eso le satisfizo e insistió que debía pasar un nuevo reconocimiento médico efectuado por el gran doctor Henderson.

Hasta el viernes de la semana de Pentecostés no llegamos a un acuerdo. Me llamó para que bajara a última hora de la tarde, eran casi las nueve, apartándome del atracón que me estaba dando de ecuaciones de química para mi examen preliminar de Ciencias. Estaba en pie en el zaguán bajo la débil luz de una lámpara de gas y su rostro era una grotesca interacción de sombras. Me pareció más encorvado que el primer día que le había visto y sus mejillas estaban un poco hundidas.

Su voz tembló de emoción.

—Todo ha resultado satisfactorio, señor Eden —dijo.

—Todo ha resultado muy, muy satisfactorio. Y esta noche más que nunca, debe usted cenar conmigo para celebrar su... ascenso. —Un ataque de tos le interrumpió.

—Además, tampoco tendrá que esperar mucho —dijo, secándose los labios con su pañuelo y asiéndome la mano con su larga y huesuda garra que parecía tener vida propia—. Ciertamente no será una larga espera.

Salimos a la calle y llamamos a un coche. Recuerdo con mucha claridad cada uno de los incidentes de ese trayecto, la ligereza y la comodidad de aquel vaivén, el vívido contraste entre la luz de gas, la de petróleo y la luz eléctrica, la multitud de personas que había en las calles, el lugar de Regent Street adonde fuimos, y la suntuosa cena que allí nos sirvieron. Al principio me sentí desconcertado por las miradas que el camarero bien uniformado lanzaba a mi raída indumentaria, incomodado por los huesos de las aceitunas, pero a medida que el champán caldeaba mi sangre, sentí revivir mi confianza.

Al principio el anciano habló de sí mismo. Ya me había revelado su nombre en el coche: era Egbert Elvisham, el gran filósofo, cuyo nombre conocía yo desde que era niño en el colegio. Me parecía increíble que este hombre, cuya inteligencia había dominado la mía tan temprano, esta gran abstracción, se manifestara repentinamente en la forma de esta figura familiar y decrepita. Me atrevo a decir que todo joven que se haya visto rodeado de improviso por celebridades ha experimentado una sensación de decepción parecida a la mía. Me contaba ahora el futuro que el débil flujo de su vida dejaría abierto para mí al secarse: fincas, derechos de autor, inversiones. Jamás había sospechado que los filósofos pudieran ser tan ricos.

Me contemplaba mientras bebía y comía con una punta de envidia. —¡Cuánta capacidad para la vida posee usted! —me dijo. Y luego, con un suspiro, con lo que me pareció un suspiro de alivio, añadió —: No tardará mucho.

—¡Ay! —dije yo, con la cabeza ya impregnada de champán—. Tal vez tenga un futuro... que me depare alguna alegría pasajera, gracias a usted. A partir de ahora tendré el honor de llevar su apellido. Pero usted tiene un pasado y semejante pasado vale tanto como mi futuro.

Meneó la cabeza sonriendo, dando muestras, pensé entonces, de apreciar mi aduladora admiración con una sombra de tristeza. — Ese futuro —dijo— ¿lo cambiaría usted, sinceramente? —Se acercó

el camarero con los licores—. Tal vez no le importe adoptar mi nombre, asumir mi posición, ¿pero estaría dispuesto de veras a cargar con mis años voluntariamente?

—Con sus triunfos, sí —dijo galantemente.

Volvió a sonreír. —Kummel para los dos —le dijo al camarero y dirigió su atención a un paquetito envuelto en papel que había sacado del bolsillo—. Este momento —dijo—, este momento de la sobremesa es el momento de las pequeñas cosas. Este es un fragmento de mi sabiduría inédita. —Abrió el paquete con sus dedos amarillos temblorosos y dejó entrever un poco de polvo rosáceo en el papel—. Bien —dijo— ahora debe usted adivinar lo que es esto. Pero al Kummel, póngale usted una pizca... de este polvo... es Himmel.

Sus grandes ojos grises se fijaron en los míos con una expresión inescrutable.

Me resultó un poco chocante constatar que este gran maestro le concediera importancia al sabor de los licores. No obstante, fingí interés por su debilidad, porque estaba lo bastante ebrio para una pequeña lisonja como ésa.

Dividió el polvo entre las dos copitas y levantándose súbitamente con extraña e inesperada dignidad, alargó su mano hacia mí. Yo imité su gesto, y las copas tintinearón. —Por una rápida sucesión —dijo, y se llevó la copa a los labios.

—No, eso no —dije apresuradamente—. Por eso, no.

Detuvo su copa a la altura de la barbilla y sus ojos centellearon en los míos.

—Por una larga vida —dije.

Él vaciló. —Por una larga vida —dijo por fin, con una carcajada repentina, y con los ojos fijos los unos en los otros, vaciamos las copitas. Su mirada se clavó directamente en la mía, y mientras apuraba mi bebida noté una sensación curiosamente intensa. Su primer efecto fue el de organizar un furioso tumulto en mi cerebro; me parecía sentir una auténtica agitación física en el cráneo y un zumbido que me llenó los oídos, humedeciéndolos. No noté el sabor en mi boca, ni la fragancia que llenaba mi garganta, sólo vi la intensidad grisácea de su mirada que ardía en la mía. La bebida, la confusión mental, el ruido y la agitación en mi cabeza, parecieron durar un tiempo interminable. Unas imágenes curiosas y vagas de

hechos semiolvidados bailaron y se desvanecieron en el borde de mi consciencia. Por fin él rompió el hechizo. Con un suspiro repentino y explosivo apoyó la copa sobre la mesa.

—¿Y bien? —dijo.

—Es excelente —dije, aunque no había paladeado el sabor.

La cabeza me daba vueltas y me senté. Mi cerebro estaba sumido en el caos. Entonces mi poder de percepción se volvió más claro y minucioso, como si estuviera viendo las cosas en un espejo cóncavo. Su talante parecía haberse trocado en un nerviosismo precipitado. Sacó su reloj e hizo una mueca al ver la hora. —¡Las once y siete! Y esta noche debo... A las once y treinta y dos. ¡Waterloo! Debo irme inmediatamente. —Pidió la cuenta y luchó para ponerse el abrigo. Solícitos camareros acudieron en nuestra ayuda. Al instante me estaba despidiendo de él, sobre la portezuela del coche, y aún con aquella absurda sensación de minuciosa transparencia, como si... ¿Cómo podría expresarlo?... No sólo estuviera viendo, sino *palpando* a través de unos gemelos de teatro.

—Ese polvo —dijo llevándose la mano a la frente— no debí dárselo. Mañana le dolerá la cabeza. Un momento. Tenga. —Me tendió una cosita chata como los polvos de seidlitz—. Tómelo diluido en agua cuando se vaya a la cama. Lo otro era una droga. Pero cuidado, tómelo justo cuando vaya a acostarse. Le despejará la cabeza. Eso es todo. Otro apretón de manos... ¡por el futuro!

Apreté su contraída garra. —Adiós —dijo, y por la caída de sus párpados juzgué que él también se hallaba un poco bajo el influjo de ese cordial perturbador.

Luego, con sobresalto, recordó algo más, se palpó el bolsillo de su pecho y sacó otro paquete, esta vez un cilindro de la forma y tamaño de un jabón de afeitar.

—Tenga —dijo—. Casi se me olvida. No lo abra hasta que yo regrese mañana... pero tómelo ahora.

Era tan pesado que casi se me cae. —¡De acuerdo! —dije yo, y él me sonrió enseñando los dientes por la ventanilla del coche mientras el cochero fustigaba ligeramente a su caballo adormilado. Me había dado un paquete blanco, lacrado de rojo en los dos extremos y a media altura. —Si no es dinero —me dije— debe ser platino o plomo.

Me lo metí en el bolsillo con estudiado cuidado, y con la cabeza

dándome vueltas fui andando a casa, vagando por Regent Street y por las oscuras calles traseras más allá de Portland Road. Recuerdo muy vívidamente las sensaciones de aquel paseo, por muy extrañas que fueran.

Aún conservaba el dominio de mí mismo, puesto que me daba cuenta de mi extraño estado mental y me preguntaba si aquel polvo que había tomado era opio, droga de la que no tenía ninguna experiencia. Me resulta difícil describir ahora la peculiaridad de mi extrañamiento mental, si bien podría expresar vagamente la sensación de tener un desdoblamiento mental.

Mientras subía por Regent Street, hallé en mi mente la extravagante convicción de que se trataba de la estación de Waterloo, y sentí un extraño impulso de meterme en el Politécnico, como si fuese un tren al que debiera subir. Me froté los ojos y estaba en Regent Street. ¿Cómo podría expresarlo? Veis por ejemplo a un actor consumado que os mira en silencio, luego hace una mueca y ¡hete aquí que es otra persona! Resultaría demasiado extravagante si os dijera que me parecía que Regent Street hubiera hecho eso de momento. Luego, persuadido de que volvía a ser Regent Street, me sentí estrambóticamente confuso al aflorar a mi mente unas reminiscencias fantásticas.

—Hace treinta años —pensé— aquí fue donde me peleé con mi hermano. —Luego estallé en una carcajada, ante el asombro y el estímulo de un grupo de noctámbulos. Hace treinta años yo no existía y en mi vida había alardeado de tener un hermano. Aquella substancia debía ser seguramente una insensatez en forma líquida, ya que el agudo pesar por la pérdida de mi hermano aún persistía en mi memoria. Bajando por Portland Road, aquella locura adquirió un nuevo giro. Empecé a recordar tiendas inexistentes y a comparar la calle con la que era antaño. Las ideas confusas, trastornadas, resultan bastante comprensibles después de lo que había bebido, pero lo que me dejaba perplejo eran estos, curiosamente vívidos, recuerdos fantasmas que se habían insinuado en mi mente, y no sólo los recuerdos que se habían insinuado dentro, sino los recuerdos que se habían deslizado fuera. Me detuve frente a Steven's, los comerciantes de historia natural, y me devané los sesos tratando de pensar en lo que había hecho conmigo. Pasó un ómnibus, pero hizo exactamente el mismo ruido que un tren. Me

pareció estar buceando en algún oscuro y remoto pozo de recuerdos. —Claro —dije por fin— me prometió tres ranas para mañana. Es extraordinario que lo haya olvidado.

¿Se les sigue enseñando a los niños imágenes en disolvencia? En ellas recuerdo que una imagen empezaba como una aparición espectral que iba creciendo hasta desalojar a otra. Y exactamente de la misma manera luchaban en mí una serie de sensaciones espectrales con las mías propias...

Proseguí por Euston Road hasta Tottenham Court Road, perplejo y un poco asustado sin reparar apenas en el camino insólito que estaba tomando, ya que, generalmente, solía acortar por la maraña de callejuelas secundarias intermedias. Doblé por University Street para descubrir que había olvidado mi número. Solo mediante un tenaz esfuerzo pude recordar el número 110 e incluso entonces me pareció que se trataba de algo que me había contado alguna persona ya olvidada. Intenté asentar mi mente recordando las incidencias de la cena y a fe mía que no logré conjurar ninguna imagen de mi anfitrión; le veía únicamente como un perfil indefinido, tal y como uno mismo puede verse reflejado en una ventana por la que está mirando. Sin embargo, en su lugar tuve una curiosa visión de mí mismo, sentado a la mesa, arrebolado, con los ojos brillantes y locuaz.

—Debo tomar este otro polvo —me dije—. Esto se está volviendo imposible.

Intenté buscar mi bujía y las cerillas en el lado equivocado del vestíbulo, y me entró la duda de en qué descansillo se encontraría mi cuarto.

—Estoy ebrio —me dije—. No cabe duda —y me trabuqué innecesariamente en la escalera para apoyar mi aseveración.

A primera vista mi cuarto me pareció poco familiar. —¡Qué sandez!

—dije mirando a mi alrededor. Creí recuperarme del esfuerzo y la extraña sensación fantasmagórica dejó paso a la realidad concreta y familiar. Allí estaban los viejos cristales inmóviles con mis notas sobre las albúminas pegadas en una esquina del marco, y mi viejo traje de diario arrojado acá y allá en el suelo. Y sin embargo, no resultaba tan real después de todo. Sentí una idiota persuasión que trataba de insinuarse en mi cerebro, de que me hallaba en un vagón de tren que acababa de detenerse, y yo me asomaba por la

ventanilla escudriñando el nombre de alguna estación desconocida. Me agarré firmemente a la barandilla de la cama para tranquilizarme.

—Tal vez sea clarividencia —dije—. Debo escribir a la Physical Research Society.

Puse el cartucho sobre mi tocador, me senté en la cama y empecé a quitarme las botas. Era como si la imagen de mis sensaciones actuales estuviera pintada sobre alguna otra imagen que intentara abrirse paso. —¡Maldita sea! —dije—. ¿Estoy perdiendo el juicio o es que estoy en dos lugares a la vez? —Medio desvestido, agité el polvo en un vaso y me lo tomé de un trago. Antes de meterme en la cama, mi cerebro ya se había tranquilizado, sentí la blandura de la almohada sobre mi mejilla y a partir de entonces debí quedarme dormido.

Me desperté sobresaltado de un sueño en el que salían extrañas bestias y me encontré tumbado boca arriba. Probablemente todo el mundo ha tenido ese sueño lúgubre e impresionante del que uno escapa al despertar, pero extrañamente acobardado. Tenía un sabor raro en la boca, una sensación de cansancio en mis miembros, y una especie de incomodidad cutánea. Me quedé inmóvil con la cabeza sobre la almohada, esperando que mi sensación de extrañeza y de terror se disipara y que luego acabase siendo vencido de nuevo por el sopor. Pero en vez de eso, mis misteriosas sensaciones se incrementaron. Al principio no pude percibir nada preocupante a mi alrededor. Había una débil luz en la habitación, tan débil que era lo que más se aproximaba a las tinieblas, y los muebles resaltaban en ella como vagas manchas de oscuridad absoluta. Miré fijamente con mis ojos justo por encima de las mantas.

Me sobrevino la idea de que alguien había entrado en la habitación para arrebatarme el rollo de dinero, pero después de permanecer tumbado unos momentos, respirando rítmicamente para simular estar dormido, me di cuenta de que esto era mera fantasía. No obstante, la desasosegada seguridad de que algo no iba bien se apoderó fuertemente de mí. Haciendo un esfuerzo levanté mi cabeza de la almohada y escudriñé la oscuridad a mi alrededor. No podía concebir de qué se trataba. Contemplé las formas borrosas que me rodeaban, las mayores y menores penumbras que indicaban cortinas, mesa, chimenea, estanterías, y así sucesivamente. Entonces

comencé a percibir algo poco familiar en las formas de las tinieblas. ¿Se había dado la vuelta la cama? Allí debería estar la estantería, pero en su lugar se levantaba algo pálido y amortajado, algo que no correspondería a la estantería por mucho que yo lo mirara.

Era muchísimo más grande como para ser mi camisa arrojada sobre una silla.

Sobreponiéndome a un terror infantil, eché a un lado las mantas y saqué una pierna de la cama. En vez de salir de mi carriola directamente sobre el suelo, encontré que mi pie apenas alcanzaba el borde del colchón. Di otro paso, por así decirlo, y me senté en la orilla de la cama. Junto a mi cama debía estar la bujía, y las cerillas sobre la silla rota. Alargué mi mano y toqué... nada. Agité mi mano en las tinieblas y tropezó contra un pesado cortinaje, de textura suave y gruesa, que produjo como un crujido ante mi contacto. Lo agarré y tiré de él y resultó ser una cortina suspendida sobre la cabecera de mi cama.

Ahora ya estaba totalmente despierto y empezaba a darme cuenta de que me hallaba en una habitación extraña. Estaba anonadado. Intenté recordar las circunstancias de la noche anterior y, lo que es más curioso, ahora las encontré muy vívidas en mi memoria: la cena, cuando había recibido los paquetitos, mis interrogantes sobre si estaría intoxicado, mi lenta manera de desvestirme, la frialdad de la almohada contra mi cara arrebolada. Sentí un súbito recelo. ¿Había sido anoche o la noche anterior? En cualquier caso esta habitación me resultaba extraña y no podía imaginarme cómo había podido ir a parar hasta ella. El perfil pálido y borroso estaba empalideciendo aún más y yo me percaté de que se trataba de una ventana, con la oscura forma de un espejo ovalado de tocador contra la tenue insinuación del alba que se filtraba a través de la persiana. Me levanté y fui sorprendido por una curiosa sensación de debilidad y falta de equilibrio. Extendiendo unas manos temblorosas, caminé lentamente hacia la ventana, lastimándome a pesar de todo en una rodilla, al tropezar con una silla que se interponía en mi camino. Busqué a tientas alrededor del espejo, que era grande con elegantes candelabros de bronce, para encontrar el cordón de la persiana. No lograba encontrar ninguno. Por azar topé con la borla, y con el chasquido de un resorte la persiana se levantó. Apareció ante mis ojos una escena que me resultaba absolutamente

extraña. La noche estaba encapotada, y a través del gris aterciopelado del cúmulo de nubes se filtraba la débil penumbra del alba. Justo en el borde del cielo el dosel de nubes tenía una orilla de color rojo sangre. Debajo, todo estaba oscuro e indistinto, colinas borrosas en la distancia, una vaga masa de edificios que se levantaban en pináculos, árboles como tinta derramada y, bajo la ventana, una tracería de arbustos negros y de senderos gris pálido. Me resultaba tan poco familiar que por un momento pensé que aún estaba soñando. Palpé la mesa del tocador. Parecía estar hecha de alguna madera barnizada y estaba surtida de forma hartamente esmerada..., había encima varios frasquitos de cristal tallado y un cepillo.

Había también un pequeño objeto extraño, en forma de herradura me pareció al tacto, con relieves duros y lisos, en un platillo. No pude encontrar ni cerillas ni palmatoria.

Dirigí mis ojos de nuevo hacia la habitación.

Ahora que la persiana estaba subida, los tenues espectros de su mobiliario empezaron a salir de la oscuridad. Había una enorme cama con cortinajes, y la chimenea situada a sus pies tenía una gran repisa blanca con algo del brillo del mármol.

Me apoyé contra la mesa del tocador, cerré los ojos y volví a abrirlas e intenté pensar. Todo resultaba demasiado real para ser un sueño. Me inclinaba a pensar que aún había ciertas lagunas en mi memoria como consecuencia de la ingestión de aquel extraño licor, que quizás había pasado a disfrutar de mi herencia y que de improviso había perdido la noción de todo desde que me había sido anunciada mi buena suerte. Tal vez, si esperaba un poco, volvería a ver claramente las cosas. Sin embargo, mi cena con el viejo Elvisham me resultaba ahora singularmente nítida y reciente. El champán, los obsequiosos camareros, el polvo y los licores... Hubiera apostado mi alma a que eso había sucedido hacía pocas horas.

Y luego me sucedió algo tan trivial y sin embargo tan terrible que un escalofrío me recorrió al pensar en aquel momento. Hablé en voz alta.

Dije: —¿Cómo diablos he venido a parar aquí?...

Y la voz que habló no era la mía.

No era la mía, era fina, farfullaba al articular las palabras, la

resonancia de mis huesos faciales era diferente. Entonces, para tranquilizarme, puse una mano encima de la otra, y percibí unos pliegues de piel caída, la laxitud de los huesos que conlleva la edad. —Sin duda —dije con aquella horrible voz que de alguna manera se había instalado en mi garganta— ¡sin duda, esto es un sueño! — Casi con la misma rapidez como si lo hiciera involuntariamente, me metí los dedos en la boca. Mi dentadura había desaparecido. Las yemas de mis dedos recorrieron la flácida superficie de una hilera uniforme de encías encogidas. La congoja y la repugnancia me produjeron náuseas.

Experimenté entonces un apasionado deseo de verme, de comprobar inmediatamente en todo su horror la horripilante transformación que se había cernido sobre mí. Fui tambaleándome hacia la repisa de la chimenea y la tanteé buscando las cerillas. Mientras lo hacía, una tos aguda brotó de mi garganta y yo me apreté contra un grueso camión de franela en el que descubrí que estaba envuelto. Allí no había cerillas, y súbitamente me percaté de que mis extremidades tenían frío. Moqueando y tosiendo, gimoteando un poco tal vez, regresé a tientas hacia la cama. —Seguro que es un sueño —me susurré a mí mismo mientras me arrastraba— seguro que es un sueño. —Era una repetición senil. Me subí las mantas por encima de los hombros hasta las orejas, metí la mano enjuta bajo la almohada resuelto a conciliar el sueño.

Claro que era un sueño. Por la mañana el sueño habría terminado y yo volvería a despertar fuerte y vigoroso a mi juventud y a mis estudios. Cerré los ojos, respiré con regularidad y, hallándome desvelado, repetí lentamente la tabla de multiplicar.

Pero el ansioso sueño no quiso venir. No lograba dormir. Y la persuasión de la inexorable realidad de la transformación que había sufrido iba creciendo en mí progresivamente. Al poco, me encontré con los ojos abiertos de par en par, la tabla de multiplicar olvidada, y los dedos huesudos en mis encogidas encías. Me había convertido repentina y bruscamente en un viejo. De una manera inexplicable había malogrado mi vida y había llegado a la vejez, de algún modo me habían robado lo mejor de mi vida, el amor, la lucha, la fuerza y la esperanza. Me debatí en la almohada intentando persuadirme de que semejante alucinación era posible. Imperceptiblemente, sin pausa, avanzaba el clarear del alba.

Por fin, perdida toda esperanza de conciliar el sueño, me incorporé en la cama y miré a mi alrededor. Una fría penumbra hacía visible toda la habitación. Era espaciosa y estaba bien amueblada, mejor amueblada que cualquier habitación en la que yo hubiera dormido. Distinguí débilmente una bujía y unas cerillas sobre un pequeño pedestal en un nicho. Aparté las mantas y tiritando por la crudeza de los albores del día, aunque era verano, salí de la cama y encendí la bujía. Entonces, temblando horriblemente, tanto que el apagador vibró en su alcaयata, avancé tambaleándome hacia el espejo y vi... *¡la cara de Elvisham!* Y no resultó menos horrible porque yo ya lo hubiera presentado vagamente. Él ya me había parecido físicamente débil y digno de lástima, pero al verlo ahora, vestido solamente con un camisón de basta franela que se abría revelando el correoso pescuezo, visto ahora como mi propio cuerpo, no puedo describir su desolada decrepitud. Las mejillas hundidas, los dispersos mechones de sucio pelo gris, los nublados ojos catarrosos, los labios temblorosos y encogidos, el inferior luciendo un viso rosáceo del revestimiento interno, y aquellas espantosas encías negras. Vosotros, que sois cuerpo y alma en un solo todo, a vuestra edad natural, no podéis imaginar lo que significó para mí este diabólico encarcelamiento. Ser joven y estar lleno del deseo y de la energía de un joven y ser atrapado y al poco aplastado en este cuerpo ruinoso y tambaleante...

Pero me estoy desviando del rumbo de mi relato. Durante algún tiempo debí quedar aturdido por esta transformación que me había sobrevenido. Era ya de día cuando logré por fin estar en condiciones de pensar. De alguna forma inexplicable había sido transformado, si bien no alcanzaba a comprender cómo y por qué mágico ardid había sido realizado el hecho. Y mientras pensaba, la diabólica inventiva de Elvisham se abrió paso en mi mente. Me pareció evidente que ya que me encontraba en el suyo él debía estar en posesión de *mi* cuerpo, de mi fuerza y de mi futuro. ¿Pero cómo demostrarlo? Entonces, mientras pensaba, el hecho me pareció tan increíble que mi mente flaqueó y tuve que pellizcarme, palpar mis desdentadas encías, mirarme al espejo y tocar los objetos que me rodeaban, antes de calmarme y poder volver a enfrentarme con los hechos. ¿Acaso toda la vida era una alucinación? ¿Era yo realmente Elvisham y él yo? ¿Había estado yo soñando con Eden la noche

pasada? ¿Acaso existía algún Eden? Pero si yo era Elvesham, debería recordar dónde había estado la mañana anterior, el nombre de la ciudad en la que vivía, qué había sucedido antes de que empezara el sueño. Luché denodadamente con mis pensamientos. Rememoré la estrambótica doblez de mis recuerdos la noche pasada. Pero ahora tenía la mente lúcida. Y podía evocar no el espectro de unos recuerdos sino aquellos propios de Eden.

—¡Estoy al borde la locura! —grité con mi voz aguda. Me puse de pie tambaleándome, arrastré mis endebles y pesados miembros hasta el palanganero y zambullí mi canosa cabeza en una palangana de agua fría. Luego, secándome con una toalla, volví a intentarlo. Fue inútil. Sentía, fuera de toda duda, que yo era realmente Eden, no Elvesham. Pero ¡Eden en el cuerpo de Elvesham!

Si hubiera sido un hombre de cualquier otra época, me hubiera entregado a mi sino como una persona hechizada. Pero en estos tiempos de escepticismo los milagros no son nada corrientes. Aquí había algún truco psicológico. Lo que podía hacerse con una droga y una mirada fija, podía sin duda deshacerse con otra droga u otra mirada fija o con algún tratamiento similar. Los hombres han perdido su memoria con anterioridad. Pero ¡intercambiar memorias como quien intercambia paraguas! Reí. Aunque, ¡ay de mí!, no con una risa saludable, sino con una risita dificultosa y senil. Podía imaginarme al viejo Elvesham riéndose ante mi súplica, y un regusto de rabia petulante, insólito en mí, pasó arrasando mis sentimientos.

Empecé a vestirme afanosamente con la ropa que encontré diseminada por el suelo, y sólo cuando me hube vestido me percaté de que me había puesto un traje de etiqueta. Abrí el armario ropero y encontré más trajes de diario, un par de pantalones de cuadros y una bata anticuada. Me puse una venerable chistera sobre mi venerable cabeza, y tosiendo un poco debido a mis diligencias, salí tambaleándome al descansillo.

Eran entonces, quizás, las seis menos cuarto, y las persianas estaban cuidadosamente cerradas y la casa, muy silenciosa. El descansillo era espacioso, y una ancha y alfombrada escalera bajaba hasta perderse en las tinieblas del vestíbulo, y ante mí, una puerta entornada me mostraba un escritorio, una estantería de libros giratoria, el respaldo de un sillón de despacho y un espléndido

conjunto de libros encuadernados, estante sobre estante.

—Mi despacho —refunfuñé cruzando el descansillo. Entonces, el sonido de mi voz suscitó en mí un recuerdo. Volví al dormitorio y me puse la dentadura postiza, que se deslizó en mi boca con la naturalidad de un antiguo hábito—. Eso está mejor —dije, haciéndola rechinar mientras regresaba al despacho.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. La estantería giratoria también estaba cerrada con llave. No había señales de las llaves y no había ninguna en los bolsillos de mis pantalones. Regresé inmediatamente al dormitorio y registré el traje de etiqueta y después los bolsillos de todas las prendas que pude encontrar.

Estaba muy impaciente, y se diría que habían entrado ladrones al ver el estado en que había quedado mi habitación cuando hube terminado. No sólo no había llaves, sino que no había siquiera una moneda ni un papel viejo excepto el recibo de la cuenta de la cena de la noche anterior.

Entonces sentí una curiosa lasitud. Me senté y contemplé las prendas diseminadas aquí y allá, con los bolsillos vueltos hacia afuera. Mi frenesí inicial ya se había evaporado. Comenzaba a darme cuenta por momentos de la inmensa sagacidad de los planes de mi enemigo, al ver con una claridad creciente lo desesperado de mi situación. Me levanté con esfuerzo y, cojeando, regresé apresuradamente al despacho. En la escalera había una criada subiendo las persianas. Se quedó mirándome fijamente por la expresión que debía tener mi cara. Cerré la puerta del despacho detrás de mí y, agarrando un atizador, empecé a arremeter contra el escritorio. Así es como me encontraron. El tablero del escritorio se hallaba resquebrajado, la cerradura destrozada, las cartas rasgadas fuera de sus casillas y diseminadas por toda la habitación.

En mi furor senil había arrojado al suelo las plumas y otros efectos ligeros de escritorio, además de derramar la tinta. Más aún, se había roto un gran jarrón encima de la repisa de la chimenea, sin que yo supiera cómo. No pude encontrar ni el talonario de cheques, ni dinero, ni la menor pista para la recuperación de mi cuerpo. Estaba golpeando frenéticamente los cajones, cuando el mayordomo, acompañado por dos criadas, se inmiscuyó en mis asuntos.

Esa es ni más ni menos la historia de mi transformación. Nadie creerá mis frenéticos asertos. Me tratan como a un demente e

incluso en este momento estoy bajo vigilancia. Pero yo estoy cuerdo, absolutamente cuerdo y para demostrarlo me he sentado a escribir esta historia minuciosamente, tal y como me sucedió. Apelo al lector, para que él diga si hay indicios de demencia en el estilo o en el método de la historia que ha estado leyendo. Soy un hombre joven encerrado en el cuerpo de un viejo. Pero la veracidad de este hecho a todos les resulta increíble. Naturalmente yo les pareceré demente a aquellos que no crean esto, naturalmente no conozco el nombre de mis secretarios, ni el de los doctores que vienen a verme, ni el de mis criados ni el de mis vecinos, ni el de esta ciudad (dondequiera que esté) en la que ahora me encuentro. Naturalmente me pierdo en mi propia casa y sufro incomodidades de toda índole. Naturalmente formulo las preguntas más extravagantes. Naturalmente lloro y grito y padezco paroxismos de desesperación. No tengo ni dinero ni talonario. El banco no quiere reconocer mi firma porque supongo que, teniendo en cuenta la endeblez de los músculos que ahora tengo, mi letra aún es la de Eden. La gente que me rodea no me permite ir al banco personalmente. Parece como si no hubiera ningún banco en esta ciudad y que yo tengo una cuenta en alguna parte de Londres. Al parecer Elvisham le ocultó el nombre de su abogado a todos los suyos. No puedo indagar nada. Elvisham era, por supuesto, un profundo estudioso de las ciencias mentales y todas mis declaraciones de los hechos del caso no hacen sino confirmar la teoría de que mi demencia es la consecuencia de una cavilación excesiva sobre la psicología. ¡Sueños de identidad personal, no cabe duda!

Hace dos días yo era un joven sano con toda la vida por delante. Ahora soy un viejo furioso, desgredado, desesperado y lastimoso, que merodea por una gran mansión, lujosa y extraña, vigilado, temido y evitado como un lunático por todos cuantos me rodean. Y en Londres está Elvisham comenzando una nueva vida en un cuerpo vigoroso y con todos los conocimientos y la sabiduría acumulada durante setenta años. Me ha robado la vida.

Lo que ha sucedido, no lo sé con claridad. En el despacho hay volúmenes de notas manuscritas referentes principalmente a la psicología de la memoria y fragmentos de lo que podría ser bien cálculos o bien cifras en símbolos que me resultan absolutamente

extraños. En algunos pasajes hay indicios de que también se ocupaba de la filosofía de las matemáticas. Deduzco que ha transferido la totalidad de sus recuerdos, la acumulación que conforma su personalidad, desde su marchitado cerebro al mío y, de un modo similar, que ha transferido el mío a su desechada envoltura. Es decir, que prácticamente ha intercambiado los cuerpos. Pero cómo puede ser posible semejante intercambio, está fuera del alcance de mi filosofía. Yo he sido un materialista a lo largo de toda mi vida pensante, pero éste, repentinamente, es un claro caso de un hombre separado de la materia.

Estoy a punto de intentar un experimento desesperado. Estoy aquí sentado escribiendo antes de llevar a cabo mi propósito. Esta mañana, con la ayuda de un cuchillo de mesa del que me había apoderado en secreto durante el desayuno, logré forzar un cajón secreto, aunque bastante evidente, de este escritorio destrozado.

No descubrí nada excepto un pequeño vial de cristal verde que contenía un polvo blanco. Alrededor del cuello del vial, había una etiqueta sobre la que estaba escrita esta palabra: '*Liberación*'. Puede que esto, con toda probabilidad, sea veneno. Comprendo que Elvisham, haya puesto veneno en mi camino y estoy seguro de que su intención era la de desembarazarse del único ser viviente que podría atestiguar en su contra, de no haber sido por este cauteloso ocultamiento. Ese hombre ha resuelto prácticamente el problema de la inmortalidad. A no ser por los avatares del azar, vivirá en mi cuerpo hasta que envejezca y entonces lo desechará y asumirá la juventud y la fuerza de alguna otra víctima. Cuando uno recuerda su crueldad, resulta terrible pensar en la creciente experiencia que... ¿Cuánto tiempo lleva saltando de un cuerpo a otro?... Pero estoy cansado de escribir.

El polvo parece soluble en agua. El sabor no es desagradable.

Ahí termina la narración hallada sobre el escritorio del señor Elvisham. Su cadáver yace entre el escritorio y el sillón. Este último había sido empujado hacia atrás, probablemente debido a sus postreras convulsiones. La historia estaba escrita a lápiz con letra de demente, muy distinta de sus minuciosos caracteres. Sólo quedan dos hechos curiosos por registrar. Indiscutiblemente existió alguna relación entre Eden y Elvisham, puesto que todas las propiedades de Elvisham fueron legadas al joven. Pero jamás las heredó.

Cuando Elvisham se suicidó, Eden, por muy extraño que parezca, ya había muerto. Veinticuatro horas antes había sido atropellado y muerto en el acto por un coche, en el cruce atestado de gente en la intersección de Gower Street con Euston Road. Así, el único ser viviente que podría haber arrojado luz sobre esta fantástica narración está más allá del alcance de las preguntas. Sin más comentarios someto esta extraordinaria materia al juicio individual del lector.

El huevo de cristal

Hasta hace un año, había una tiendecilla de aspecto mugriento cerca de ‘Los Siete Cuadrantes’, sobre la que campeaba un letrero amarillo deteriorado por la intemperie, con el nombre de ‘C. Cave, Naturalista y Anticuario’. El escaparate estaba lleno de mercancías curiosamente abigarradas. Comprendía colmillos de elefante y un juego incompleto de piezas de ajedrez, abalorios y armas, un estuche con ojos, dos calaveras de tigre y una humana, dos monos disecados (uno de ellos sostenía una lámpara), una vitrina anticuada, un huevo de avestruz podrido por los huevos de las moscas, aparejos de pesca y una pecera vacía extraordinariamente sucia. Había también, en el momento de empezar esta historia, un bloque de cristal labrado en forma de huevo y brillantemente pulimentado. Aquello era lo que estaban mirando dos personas al pie del escaparate, una de ellas un clérigo alto y delgado, la otra un joven de barba negra, tez morena y ropa modesta. El joven de tez morena hablaba gesticulando con vehemencia y parecía estar ansioso de que su compañero adquiriera aquel artículo.

Mientras ellos estaban allí, el señor Cave entró en su tienda sacudiéndose todavía la barba del pan y la mantequilla de su té. Al ver a estos hombres y el objeto de su atención, su semblante se demudó. Miró furtivamente por encima del hombro y, lentamente, cerró la puerta de la trastienda. Era un anciano menudo, de cara pálida y extraños ojos azul vidrioso. Tenía el pelo canoso y sucio y llevaba una levita azul raída, un vetusto sombrero de copa y unas zapatillas con el talón muy gastado. Se quedó mirando a los dos hombres mientras éstos hablaban. El clérigo hundió la mano en el bolsillo de su pantalón, examinó un fajo de billetes y enseñó los dientes con sonrisa de satisfacción. El señor Cave pareció deprimirse aún más cuando entraron en la tienda.

El clérigo, sin ningún preámbulo, preguntó el precio del huevo de

cristal. El señor Cave lanzó una mirada nerviosa hacia la puerta que daba a la trastienda y dijo que cinco libras. El clérigo protestó porque el precio era alto, dirigiéndose tanto a su compañero como al señor Cave —y era, en efecto, mucho más de lo que el señor Cave tenía intención de pedir cuando había almacenado el artículo—, a lo que siguió un intento de regateo. El señor Cave avanzó hacia la puerta de la tienda, la abrió y dijo: ‘Cinco libras es mi precio’, como si deseara ahorrarse las molestias de una inútil discusión. Mientras lo hacía, la parte superior del rostro de una mujer apareció por encima del panel superior de la mampara de cristal de la puerta que daba a la trastienda, y contempló curiosamente a los dos clientes. —Cinco libras es mi precio —dijo el señor Cave con voz temblorosa.

Hasta entonces el atezado joven había permanecido como espectador, observando detenidamente al señor Cave. Pero ahora habló. —Dale las cinco libras —dijo. El clérigo le lanzó una mirada para ver si lo decía en serio y cuando volvió a mirar al señor Cave, vio que la cara de éste estaba pálida. —Es mucho dinero —dijo el clérigo y, rebuscando en su bolsillo, empezó a contar sus posibles. Tenía poco más de treinta chelines y apeló a su compañero con quien parecía mantener una relación de considerable confianza. Esto le dio al señor Cave la oportunidad de ordenar sus ideas y empezó a explicar de forma agitada que, a decir verdad, el cristal no estaba totalmente en venta. Naturalmente, sus dos clientes se quedaron muy sorprendidos ante estas manifestaciones e inquirieron por qué no había pensado en ello antes de empezar a regatear. El señor Cave se mostró confundido, pero persistió en su actitud, diciendo que no podía darle salida al cristal aquella tarde, porque ya había aparecido un probable comprador. Los dos clientes interpretando su actitud como un intento de aumentar más el precio, hicieron ademán de abandonar la tienda.

Pero en aquel preciso instante, se abrió la puerta de la trastienda y apareció la propietaria del flequillo oscuro y de los ojos pequeños. Era una mujer corpulenta, de facciones vulgares, más joven y mucho más gruesa que el señor Cave; andaba con pesadez y tenía la cara sonrojada. —Ese cristal sí está en venta —dijo—. Y cinco libras es bastante buen precio para él. ¡Vaya ocurrencia la tuya, Cave, no aceptar la oferta de este caballero!

El señor Cave, enormemente turbado por esta interrupción, la miró

colérico por encima de las lentes y, sin excesiva convicción, hizo valer su derecho a tratar sus negocios a su manera.

Esto dio paso a un altercado. Los dos clientes contemplaban la escena con interés y cierta diversión, poniéndose, en ocasiones, de parte de la señora Cave, con alguna sugerencia. El señor Cave, acorralado, persistió en una historia confusa e imposible sobre un cliente que había preguntado por el cristal aquella mañana, y su agitación resultó penosa. Pero, con extraordinaria determinación, se mostró inamovible.

Fue el joven oriental quien puso fin a esta curiosa controversia. Propuso que volverían al cabo de dos días para darle una legítima oportunidad a aquel pretendido cliente. —Y entonces, volveremos a insistir —dijo el clérigo— con nuestras cinco libras. La señora Cave se sintió obligada a pedir disculpas en nombre de su marido, explicando que él, a veces ‘Era un poco raro’, y al marcharse los dos clientes, la pareja se dispuso a reanudar libremente la discusión del incidente con todos sus argumentos.

La señora Cave habló a su marido de un modo extraordinariamente directo. El pobre hombrecillo, temblando de emoción, enredado en la maraña de sus historias, sostuvo, por una parte, que tenía otro cliente a la vista y por otra, que el cristal valía por lo menos diez guineas.

—¿Pues por qué pediste cinco libras? —dijo su esposa.

—¡Haz el favor de dejarme llevar mis asuntos a mi manera! —dijo el señor Cave.

Vivían con el señor Cave una hijastra y un hijastro y, aquella noche, en la cena, la transacción volvió a salir a colación. Ninguno de ellos tenía muy buena opinión de los métodos comerciales del señor Cave y este comportamiento les pareció el colmo de la insensatez.

—En mi opinión, no es la primera vez que se niega a vender ese cristal —dijo el hijastro, un zafio jovenzuelo de dieciocho años y ancha complexión.

—¡Pero es que cinco libras! —dijo la hijastra, una joven de veintiséis años amiga de discutir.

Las contestaciones del señor Cave eran quejumbrosas y sólo podía farfullar débiles afirmaciones de que él conocía sus negocios mejor que nadie. Y con sus insultos lo empujaron a cerrar la tienda, porque ya era de noche, con las orejas ardiendo y unas lágrimas de

vejación detrás de sus lentes, dejando su cena a medio comer. ¿Por qué había tenido tanto tiempo el cristal en el escaparate? ¡Había sido una insensatez! Esa era la congoja que le atormentaba el cerebro. Durante un momento, no pudo ver la forma de evitar la venta.

Después de cenar, su hijastra y su hijastro se arreglaron y salieron, y su esposa subió a su cuarto a reflexionar sobre los aspectos comerciales del cristal, tonificándose con un poco de azúcar y limón diluidos en agua caliente. El señor Cave entró en la tienda y permaneció allí hasta tarde, con el pretexto de hacer unas ornamentaciones para unas peceras, pero en realidad con una finalidad íntima que se explicará mejor más adelante. Al día siguiente, la señora Cave comprobó que el cristal ya no estaba en el escaparate y que se encontraba detrás de unos libros sobre pesca usados. Ella volvió a situarlo en una posición prominente. Pero no volvió a discutir sobre él puesto que, alterada por una jaqueca, no se sentía inclinada a la polémica. El señor Cave nunca estaba inclinado a ella. El día transcurrió desapaciblemente. El señor Cave, entre otras cosas, estaba más abstraído de lo normal y, al mismo tiempo, desacostumbradamente irritable. Por la tarde, cuando su esposa estaba durmiendo su siesta habitual, volvió a quitar el cristal del escaparate.

Al día siguiente, el señor Cave tenía que ir a entregar una partida de tiburones pequeños a una de las secciones de un hospital donde los necesitaban para la clase de disección. En su ausencia, los pensamientos de la señora Cave retomaron al asunto del cristal y a la forma más adecuada de gastar aquella ganancia inesperada de cinco libras. Ya había ideado unos medios muy agradables —entre otros, un vestido de seda verde para ella y un viaje a Richmond— cuando el sonido discordante de la campanilla de la puerta principal requirió su presencia en la tienda. El cliente era un profesor de Ciencias Naturales que venía a quejarse de la falta de entrega de ciertas ranas que había solicitado para el día anterior. La señora Cave no aprobaba esta rama específica del negocio del señor Cave y el caballero, que había entrado de un talante más bien agresivo, se retiró tras un breve intercambio de palabras, totalmente civilizadas en lo que a él le concernía. La mirada de la señora Cave se volvió entonces con naturalidad hacia el escaparate ya que la

visión del cristal suponía la garantía de las cinco libras y de sus sueños. ¡Cuál no sería su sorpresa al advertir que había desaparecido!

Se acercó al lugar detrás del cajón del mostrador donde lo había descubierto el día anterior.

No estaba allí e inmediatamente empezó a buscar con ansiedad por toda la tienda.

Cuando regresó el señor Cave de sus asuntos con el tiburón pequeño, a eso de las dos menos cuarto de la tarde, halló la tienda sumida en cierta confusión y a su esposa extremadamente exasperada y de rodillas detrás del mostrador, registrando entre su material de taxidermista. Su cara surgió por encima del mostrador inflamada y colérica, mientras la discordante campanilla anunciaba el regreso de su marido a quien acusó inmediatamente de 'haberlo escondido'.

—¿Escondido *qué*? —preguntó el señor Cave.

—¡El cristal!

Ante eso, el señor Cave, aparentemente muy sorprendido, se precipitó hacia el escaparate.

—¿No está aquí? —dijo—. ¡Santo cielo! ¿Qué ha sido de él?

Justo entonces el hijastro del señor Cave hizo su ingreso en la tienda procedente de la habitación interior (había vuelto a casa uno o dos minutos antes que el señor Cave), blasfemando con entera libertad. Trabajaba como aprendiz con un comerciante de muebles de segunda mano al final de la calle, pero efectuaba sus comidas en casa y estaba naturalmente irritado por no haber encontrado la comida preparada.

Pero cuando se enteró de la pérdida del cristal, olvidó su comida, y su rabia se dirigió de su madre a su padrastro. Su primera impresión, por supuesto, fue que él lo había escondido. Pero el señor Cave negó resueltamente todo conocimiento en cuanto a su destino, ofreciendo espontáneamente su declaración jurada en la materia y arreglándoselas para llegar al punto, de acusar, primero a su esposa y luego a su hijastro, de haberlo sustraído en vistas a una venta privada. Así dio comienzo una discusión sumamente mordaz y tempestuosa que terminó con la señora Cave en un estado de nervios muy singular, entre histérico y frenético, y con que el hijastro acudió por la tarde con media hora de retraso al

establecimiento de muebles. El señor Cave buscó refugio en la tienda para alejarse de las emociones de su esposa.

Por la noche se reanudó el tema con menos pasión y con espíritu judicial bajo la presidencia de la hijastra. La cena transcurrió desdichadamente y culminó en una escena penosa. El señor Cave fue por fin presa de una enorme desesperación y salió de la tienda dando un violento portazo. El resto de la familia, tras comentar su comportamiento con la libertad que garantizaba su ausencia, registró la casa desde el desván hasta el sótano, con la esperanza de encontrar el cristal.

Al día siguiente volvieron a presentarse los dos clientes, y fueron recibidos por la señora Cave casi con lágrimas. Lo que traslució fue que nadie *podía* imaginarse todo lo que ella había tenido que soportar por culpa de Cave en distintas épocas de su peregrinación matrimonial.

También les ofreció un informe mutilado de la desaparición. El clérigo y el oriental rieron silenciosamente entre sí y dijeron que era absolutamente extraordinario. Como la señora Cave parecía dispuesta a regalarles la historia completa de su vida, hicieron ademán de irse de la tienda. Por consiguiente, la señora Cave, persistiendo aún en su esperanza, solicitó la dirección del clérigo para poder comunicárselo, caso de lograr arrancarle algo a Cave. La dirección le fue puntualmente comunicada, pero al parecer, fue extraviada después y la señora Cave no puede recordar nada al respecto.

Al anochecer de aquel día, los Cave parecían haber consumido todas sus emociones y el señor Cave, que había estado fuera por la tarde, cenó en un sombrío aislamiento que contrastaba agradablemente con la apasionada controversia de los días anteriores. Durante algún tiempo las relaciones entre la familia Cave fueron muy tirantes, pero ni el cristal ni el cliente volvieron a aparecer.

Ahora bien, sin entrar en pormenores, debemos reconocer que el señor Cave era un embustero, porque sabía perfectamente dónde se encontraba el cristal. Estaba en el aposento del señor Jacoby Wace, Profesor Ayudante del Hospital de St. Catherine, Westbourne Street. Se encontraba sobre el aparador, cubierto parcialmente por un terciopelo negro y junto a una garrafa de whisky americano. Y los

detalles sobre los que se basa esta narración se han recabado precisamente del señor Wace. Cave había llevado el objeto al hospital oculto en el saco de los tiburones pequeños, y una vez allí había presionado al joven investigador para que se lo guardara. El señor Wace se mostró un tanto indeciso, porque su relación con el señor Cave era un poco especial. Gustaba de los sujetos extraños y había invitado en más de una ocasión al anciano a fumar y a beber en sus habitaciones, para que desarrollara su divertida visión de la vida en general y de su esposa en particular. También el señor Wace se había encontrado con la señora Cave en ocasiones, cuando el señor Cave no estaba en casa para atenderle. Estaba enterado de las constantes interferencias a las que Cave estaba sometido y, después de sopesar la historia judicialmente, decidió dar refugio al cristal. El señor Cave prometió explicarle más extensamente las razones de su extraordinaria afición por el cristal en una ocasión posterior, pero le dijo claramente que veía visiones dentro de él. Aquella misma noche volvió a visitar al señor Wace.

Relató una historia complicada. Dijo que el cristal había llegado a su poder junto con otras extravagancias en la venta forzosa de los efectos de otro comerciante de curiosidades y, al desconocer cuál podría ser su valor, lo había marcado en diez chelines. Había permanecido en sus manos con ese precio durante algunos meses y cuando pensaba en ‘reducir la cifra’, hizo un descubrimiento extraordinario.

En aquella época gozaba de muy mala salud (y hay que tener presente que, a lo largo de toda esta experiencia, su condición física estaba muy decaída) y estaba considerablemente angustiado en razón de la negligencia, de los explícitos malos tratos incluso, que recibía de su esposa y de sus hijastros. Su esposa era vanidosa, extravagante e insensible y tenía una afición creciente a la bebida cuando estaba a solas; su hijastra era vil y astuta y su hijastro había concebido una violenta aversión hacia él y no perdía ocasión para demostrársela. Las exigencias de su negocio eran sumamente pesadas para él, y el señor Wace no cree que él estuviera totalmente libre de algún exceso ocasional en la bebida. Había empezado su vida en una posición desahogada, era un hombre razonablemente instruido y padeció durante semanas, sin interrupción, de melancolía y de insomnio.

Temeroso de molestar a su familia, cuando sus reflexiones se tornaban intolerables, se deslizaba silenciosamente fuera de la cama para no despertar a su esposa, y vagaba por la casa. Y a eso de las tres de la madrugada, un día, a últimos de agosto, el azar dirigió sus pasos hacia la tienda.

La sucia tiendecilla estaba sumida en unas tinieblas impenetrables excepto en un lugar donde percibió un insólito resplandor. Al acercarse a él, descubrió que se trataba del huevo de cristal que se hallaba en el rincón del mostrador hacia la ventana. Un tenue rayo de luz, que penetraba por una rendija de la persiana, chocaba contra el objeto y parecía como si fuera a rellenar todo su interior.

Al señor Cave le vino a la memoria que esto no concordaba con las leyes de la óptica, tal y como él las había entendido en su juventud. Podía comprender la refracción de los rayos por el cristal hacia un foco en su interior, pero esta difusión discordaba con sus conocimientos de física. Se acercó más al cristal escudriñándolo por dentro y por fuera, sintiendo renacer transitoriamente la curiosidad científica que había determinado en su juventud la elección de su profesión. Se sorprendió al comprobar que la luz no era constante, sino que oscilaba dentro de la substancia del huevo, como si aquel objeto fuera una esfera hueca llena de algún vapor luminoso. Al desplazarse para obtener diferentes puntos de vista, súbitamente comprobó que se había interpuesto entre el rayo y el cristal y que éste, no obstante, seguía siendo luminoso. Sumamente asombrado, lo alejó de la luz y lo trasladó a la parte más oscura de la tienda. Continuó brillando durante cuatro o cinco minutos al cabo de los cuales se fue debilitando hasta apagarse. Volvió a someterlo a la acción de la débil luz del día y recobró su luminosidad casi inmediatamente.

Hasta este punto, por lo menos, el señor Wace pudo comprobar la notable historia del señor Cave. Él mismo había sostenido repetidamente el cristal contra un rayo de luz (cuyo diámetro debía ser inferior a un milímetro). Y dentro de la posible oscuridad que puede proporcionar una envoltura de terciopelo, el cristal parecía, sin lugar a dudas, débilmente fosforescente. Sin embargo, parecía tratarse de una clase de luminosidad excepcional que no resultaba visible ante los ojos de cualquiera, puesto que el señor Harbinger, cuyo nombre le resultará familiar al lector científico en relación con

el Instituto Pasteur, era totalmente incapaz de ver ninguna luz. Y la capacidad del propio señor Wace para distinguirla era muy inferior en comparación con la del señor Cave. Incluso con el señor Cave su intensidad variaba muy considerablemente y su visión cobraba más fuerza durante los estados de extrema debilidad y cansancio.

Desde el primer momento, esta luz en el cristal ejerció una curiosa fascinación sobre el señor Cave. Y dice más de su alma solitaria que un volumen de escritos patéticos, el hecho de que no le contó a ningún ser humano sus curiosas observaciones. Parecía estar viviendo en una atmósfera de tan mezquino despecho que al admitir la existencia de un goce hubiera corrido el riesgo de perderlo. Averiguó que, a medida que avanzaba el alba y aumentaba el volumen de difusión de la luz, el cristal dejaba de ser luminoso a todos los efectos. Y durante algún tiempo fue incapaz de ver nada dentro, excepto al llegar la noche, en los rincones oscuros de la tienda.

Pero se le ocurrió servirse de un terciopelo negro que utilizaba como fondo para una colección de minerales y, doblando el paño y tapándose con él la cabeza y las manos, podía contemplar el movimiento luminoso en el interior del cristal incluso a la luz del día. Tomaba muchas precauciones, no fuera a ser descubierto por su esposa, y practicaba esta ocupación sólo por las tardes, mientras ella dormía en su cuarto, y además de forma muy circunspecta, en un hueco que había debajo del mostrador.

Y un día, dándole vueltas al cristal entre las manos, vio algo. Apareció y desapareció como un destello, pero le dio la impresión de que el objeto, por un momento, le había desvelado la visión de un país inmenso y extraño, y al girarlo otra vez, justo mientras se desvanecía la luz, volvió a tener la misma visión.

Ahora bien, resultaría tedioso e innecesario detallar todas las fases del descubrimiento del señor Cave a partir de este momento. Baste con decir que el efecto fue el siguiente: inclinando el cristal en un ángulo de 137 grados en dirección al rayo luminoso, se obtenía una clara y uniforme imagen de un inmenso paisaje muy peculiar. Nada tenía que ver con un sueño: inspiraba una definida impresión de realidad y cuanto mejor era la luz más real y sólido parecía. Era una imagen en movimiento: es decir, que ciertos objetos se movían dentro de él, pero despacio y de forma ordenada como las cosas

reales y, según iba cambiando la dirección de la iluminación y de la visión, también cambiaba la imagen. Debió ser, decididamente, como mirar una escena a través de un cristal ovalado, haciéndolo girar para contemplar con detalle diferentes facetas.

El señor Wace me ha asegurado que las manifestaciones del señor Cave eran extremadamente minuciosas y totalmente exentas del tono emotivo que caracteriza a las impresiones que son fruto de una alucinación. Pero hay que recordar que todos los esfuerzos del señor Wace para ver una claridad similar en la lánguida opalescencia del cristal resultaron absolutamente infructuosos, a pesar de sus muchos intentos. La diferencia en la intensidad de las impresiones recibidas por los dos hombres era muy grande, y es muy plausible que lo que para el señor Cave era una visión para el señor Wace no fuera más que una mera nebulosidad borrosa.

La escena, tal y como la describía el señor Cave, era invariablemente la de una extensa llanura y siempre le parecía estar contemplándola desde una altura considerable, como desde una torre o un mástil. Al este y al oeste la llanura limitaba a una distancia remota con unas vastas colinas rojizas que le recordaban a aquellas que había visto en alguna estampa: pero el señor Wace fue incapaz de averiguar de qué estampa se trataba. Estos riscos iban de norte a sur, lo sabía por las agujas de la brújula que indicaban las estrellas que eran visibles durante la noche, y se alejaban en una perspectiva casi ilimitada, desvaneciéndose en las brumas de la distancia antes de reunirse. Él se hallaba más cerca de los riscos orientales y con ocasión de su primera visión el sol se levantaba sobre ellos y, negras en contraste con la luz del sol y pálidas en contraste con sus sombras, se distinguían una multitud de formas remontándose en el aire, que el señor Cave consideró como pájaros. Y una larga hilera de edificios se desplegaban bajo su mirada, como si él estuviese contemplando desde lo alto, y a medida que se acercaban al margen de la imagen borrosa y refractada perdían su nitidez. También había árboles de forma curiosa de color verde oscuro como el musgo y un gris exquisito, junto a un ancho canal resplandeciente. Y algo de gran tamaño y color brillante atravesó volando la imagen. Pero la primera vez que el señor Cave vio estas imágenes fue sólo como si fueran relámpagos, sus manos temblaban, su cabeza se movía, la visión iba y venía hasta que las

brumas la privaron de su nitidez. Y al principio tuvo enormes dificultades para volver a encontrar la imagen una vez perdida su dirección.

La siguiente visión que tuvo con claridad se le presentó cerca de una semana después de la primera, no habiéndole otorgado este intervalo de tiempo más que unas ojeadas fugaces y atormentadas y cierta experiencia útil, en la que pudo ver el valle en toda su extensión. La perspectiva era diferente, pero él tenía la curiosa convicción, que sus observaciones posteriores confirmaron plenamente, de que estaba mirando aquel extraño mundo exactamente desde el mismo lugar, a pesar de estar mirando en una dirección diferente. La larga fachada del gran edificio, cuyo tejado había visto antes desde lo alto, estaba más alejada en la perspectiva. Reconoció el tejado. En el centro de la fachada había una terraza de sólidas proporciones y extraordinaria longitud, y en el medio de ésta, a determinadas distancias, surgían unos enormes aunque muy agraciados mástiles, que sostenían pequeños objetos brillantes que reflejaban la luz del atardecer. La importancia de estos pequeños objetos no se le ocurrió al señor Cave hasta algún tiempo después, mientras le describía la escena al señor Wace. La terraza sobresalía horizontalmente por encima de un soto poblado por la más exuberante y agraciada vegetación, que lindaba con un extenso prado sobre el cual reposaban ciertas anchas criaturas de forma parecida a la de los escarabajos pero muchísimo mayores. Más allá todavía había una calzada de piedras rosáceas ricamente decorada, y más allá de ésta, bordeada de malezas rojizas y recorriendo el valle, paralela exactamente a los lejanos riscos, había una extensión de agua que se asemejaba a un espejo. El aire parecía estar poblado de escuadrillas de pájaros grandes que maniobraban en curvas majestuosas, y al otro lado del río había un sinfín de espléndidos edificios multicolores que brillaban por sus facetas y ornamentaciones arquitectónicas metálicas, en medio de un bosque de árboles que evocaban el musgo y el liquen. Y súbitamente, algo cruzó repetidamente la visión, como el ondular de un abanico o el batir de un ala, y una cara, o más bien la parte superior de una cara con ojos muy grandes apareció, así como quien dice, muy cerca de la suya propia, como si se encontrara al otro lado del cristal. El señor Cave se quedó tan asombrado y tan impresionado por la

absoluta realidad de estos ojos, que retiró la cabeza del cristal para examinarlo por detrás. La contemplación del cristal le había absorbido de tal manera que se quedó muy sorprendido al encontrarse entre las frías tinieblas de su tiendecilla, con su familiar olor a alcohol metílico, a moho y a putrefacción. Y mientras miraba a su alrededor guiñando los ojos, el resplandor del cristal se fue desvaneciendo hasta apagarse.

Tales fueron las primeras impresiones generales del señor Cave. La historia es curiosamente directa y minuciosa. Desde el primer momento en que el valle había aparecido ante sus sentidos sólo unos instantes, su imaginación quedó extrañamente afectada y a medida que empezaba a apreciar los detalles de la escena que contemplaba, su maravillado asombro fue aumentando hasta convertirse en una pasión. Se ocupaba de su negocio distraído e indiferente, pensando sólo en el momento en que podría reanudar su contemplación. Y entonces, unas semanas después de su primera visión del valle fue cuando aparecieron los dos clientes por cuya oferta se produjo una gran tensión y excitación y el cristal se libró por muy poco de ser vendido, tal y como ya había relatado.

Ahora bien, mientras el objeto fue sólo el secreto del señor Cave, no era más que una simple maravilla, algo que escudriñar a hurtadillas, igual que un niño podría escudriñar un jardín prohibido. Pero el señor Wace, para ser un joven investigador científico, posee un hábito mental especialmente lúcido y consecuente.

En cuanto el cristal y el relato llegaron hasta él y se persuadió, viendo con sus propios ojos la fosforescencia, de que existían realmente ciertas pruebas que confirmaban las aseveraciones del señor Cave, procedió a analizar la cuestión sistemáticamente. El señor Cave estaba deseando acudir a deleitar sus ojos con el mundo fantástico que veía, y venía todas las noches desde las ocho y media hasta las diez y media y, algunas veces, también durante el día en ausencia del señor Wace. También acudía los domingos por la tarde. Desde el primer momento el señor Wace tomó copiosas notas y fue gracias a su método científico como se pudo demostrar la relación entre la dirección por la que entraba el rayo inicial en el cristal y la orientación de la imagen. Y tapando el cristal con una caja perforada solamente con una pequeña abertura para recibir el rayo

incitador y sustituyendo las cortinas mate de la ventana con una tela de Holanda negra, mejoró extraordinariamente las condiciones de las observaciones, de modo que, al cabo de poco tiempo, pudieron examinar el valle en todas las direcciones que desearon.

Tras despejar así el camino, podemos dar una breve reseña de este mundo visionario oculto en el interior del cristal. En todos los casos, estas cosas eran vistas por el señor Cave; el método de trabajo consistía invariablemente en que él contemplara el cristal e informara de cuanto veía, mientras el señor Wace (que como estudiante de ciencias había aprendido el ardid de escribir a oscuras) escribía una breve anotación de su descripción. Cuando el cristal se apagaba lo colocaban en su caja en posición apropiada y daban la luz eléctrica. El señor Wace hacía preguntas y sugería observaciones para aclarar puntos difíciles. Nada, en realidad, podía resultar menos visionario y más concreto.

La atención del señor Cave había sido velozmente atraída por las criaturas con aspecto de pájaro que había visto con tal abundancia presentes en sus primeras visiones. Su primera impresión pronto fue corregida y él consideró durante un tiempo que bien podrían representar una especie de murciélago diurno. Luego pensó, lo que no pudo resultar más grotesco, que podrían ser querubines. Sus cabezas eran redondas y curiosamente humanas y fueron los ojos de uno de ellos los que le habían dejado tan sobrecogido en su segunda observación. Tenían anchas alas plateadas desprovistas de plumas, pero que centelleaban casi con la misma brillantez que un pez recién pescado y con la misma sutil gama de colores, y estas alas, aprendió el señor Wace, no parecían apoyarse en el plano de un ala de pájaro o de un murciélago, sino en unas costillas curvadas que irradiaban del cuerpo. (Una especie de ala de mariposa con costillas curvadas parece expresar mejor la peculiaridad de su apariencia.) El cuerpo era pequeño pero dotado de dos racimos de órganos prensiles como largos tentáculos, inmediatamente debajo de la boca. Por muy increíble que le pareciera al señor Cave, al final se persuadió irremisiblemente de que estas criaturas eran las propietarias de los grandes edificios quasi-humanos y del magnífico jardín que hacía que este valle fuera tan espléndido. Y el señor Cave percibió que los edificios, entre otras peculiaridades, no tenían puertas sino que era por las grandes ventanas circulares, que se

abrían libremente, por donde entraban y salían las criaturas. Se posaban sobre sus tentáculos, plegaban sus alas reduciéndolas casi al tamaño de una caña de pescar, y de un brinco, penetraban en el interior. Pero entre ellas había una multitud de criaturas de alas más pequeñas, como libélulas y polillas y escarabajos voladores, y por el césped de brillante colorido se arrastraban perezosamente de un lado a otro unos escarabajos de tierra. Más aún, en las calzadas y en las terrazas, resultaban visibles unas criaturas de gran cabeza, similares a las moscas voladoras de mayor tamaño, pero sin alas, que brincaban atareadas sobre su maraña de tentáculos en forma de mano.

Ya se ha hecho alusión a los brillantes objetos sobre los mástiles que se erguían por encima de la terraza del edificio más cercano. Cayó en la cuenta el señor Cave, tras mirar muy fijamente a uno de estos mástiles en un día especialmente nítido, que el objeto brillante que allí se encontraba era un cristal exactamente igual que el que él estaba escudriñando. Y una inspección más minuciosa le convenció de que cada uno de estos mástiles, aproximadamente veinte en perspectiva, sostenía un objeto similar.

De tanto en tanto una de las grandes criaturas voladoras revoloteaba hasta uno de ellos y, tras plegar sus alas y enrollar una parte de los tentáculos en el mástil, miraba fijamente el cristal durante un tiempo, a veces, incluso, durante quince minutos. Y una serie de observaciones, realizadas por sugerencia del señor Wace, persuadieron a los dos investigadores de que, en lo que concernía a este mundo visionario, el cristal que ellos estaban escudriñando se encontraba efectivamente en la cúspide del último mástil situado en la terraza y que, en una ocasión por lo menos, uno de estos habitantes de aquel otro mundo había mirado al señor Cave a la cara mientras efectuaba estas observaciones.

Eso en cuanto a los hechos esenciales de esta historia realmente singular. A menos que lo descartemos todo como una ingeniosa fábula del señor Wace, debemos admitir una de estas dos hipótesis: o bien el cristal del señor Cave se encontraba en dos mundos a la vez y mientras se le movía en uno permanecía estacionario en el otro, lo cual parece totalmente absurdo, o bien poseía una peculiar relación de afinidades con otro cristal exactamente igual en este otro mundo, de modo que lo que se veía en el interior del que se

hallaba en este mundo resultaba visible, en las condiciones apropiadas, para un observador en el correspondiente cristal del otro mundo. Y viceversa. Por ahora, ignoramos enteramente de qué forma dos cristales pueden entrar en comunicación, pero hoy en día sabemos lo suficiente como para comprender que el hecho no es del todo imposible. Esta comunicación entre los dos cristales fue la suposición realizada por el señor Wace y, a mí, al menos, me parece extremadamente posible...

¿Y dónde estaba este otro mundo? Sobre esto también, la activa inteligencia del señor Wace arrojó luz con celeridad. Después del atardecer, el cielo se oscureció con rapidez, el crepúsculo no fue más que un breve intervalo, y las estrellas exhibieron su brillo. Eran ostensiblemente las mismas que nosotros vemos, agrupadas en las mismas constelaciones. El señor Cave reconoció la Osa, las Pléyades, Aldebarán y Sirio, de modo que el otro mundo debía encontrarse en algún lugar del sistema solar y, como máximo, sólo a unos cuantos centenares de millones de kilómetros del nuestro. Siguiendo este indicio, el señor Wace aprendió que el cielo de medianoche era de un azul más intenso que el de nuestro cielo invernal, y que el sol parecía un poco más pequeño... *¡Y que había dos lunas pequeñas!* 'iguales que nuestra luna, pero más pequeñas, con muy distintas señales', una de las cuales se movía con tanta rapidez que su movimiento resultaba claramente visible a simple vista. Estas lunas nunca se elevaban en el cielo sino que se ponían a medida que iban surgiendo: es decir, que cada vez que daban vueltas se eclipsaban porque estaban muy cerca de su planeta primario. Y todo esto responde plenamente, aunque el señor Cave no lo supiera, a las condiciones que deben darse en Marte.

Por tanto, parece una conclusión sumamente plausible que al escudriñar en este cristal, lo que vio realmente el señor Cave fue el planeta Marte y sus habitantes. Y caso de que así fuera, entonces la estrella vespertina que resplandecía con tanta brillantez en el cielo de aquella distante visión no era ni más ni menos que nuestra familiar Tierra.

Durante algún tiempo, los marcianos, si es que lo eran, no parecieron ser conscientes de la inspección del señor Cave. Una o dos veces se acercaron a atisbar y se marcharon poco después a algún otro mástil como si la visión no fuera de su agrado. Durante

este tiempo, el señor Cave pudo contemplar el proceder de este pueblo alado sin ser molestado por su atención, y aunque el informe es necesariamente vago y fragmentario, no por ello resulta menos sugestivo. Imaginad qué impresión de la humanidad obtendría un observador marciano que, tras un difícil proceso de preparación y con considerable fatiga de los ojos, lograra escudriñar Londres desde la aguja de la Iglesia de St. Martin durante un lapso de tiempo, como mucho, de tres o cuatro minutos. El señor Cave no pudo averiguar si los marcianos alados eran los mismos que brincaban por las calzadas y las terrazas y si estos últimos podían echar a volar a voluntad. Vio varias veces unos bípedos torpes, que recordaban vagamente a los monos, blancos y parcialmente translúcidos, alimentándose entre algunos de los árboles de liquen, y en una ocasión un grupo de éstos huía ante el acoso de uno de los marcianos saltadores de cabeza redonda. Este último atrapó a uno con sus tentáculos y entonces la imagen se desvaneció repentinamente dejando al señor Cave absolutamente desesperado en la oscuridad. En otra ocasión, una cosa enorme, de la que el señor Cave pensó al principio que se trataba de un insecto gigantesco, apareció avanzando por la calzada junto al canal con extraordinaria rapidez. Mientras se acercaba, el señor Cave percibió que era un mecanismo de metales brillantes y de extraordinaria complejidad. Y luego, cuando volvió a mirar, ya estaba fuera del alcance de su vista.

Al cabo de un tiempo, el señor Wace aspiró a atraer la atención de los marcianos y la siguiente vez que los extraños ojos de uno de ellos aparecieron muy cerca del cristal, el señor Cave gritó y saltó a un lado e inmediatamente dieron la luz y empezaron a gesticular de forma sugestiva, como para hacer señales. Pero cuando por fin el señor Cave volvió a examinar el cristal, el marciano se había marchado.

Hasta aquí habían progresado estas observaciones a principios de noviembre, y entonces el señor Cave, notando que las sospechas de su familia sobre el cristal se habían mitigado, empezó a llevarlo con él de una parte a otra con el fin de poder solazarse de día o de noche, como en ocasiones anteriores, con lo que se había convertido velozmente en el auténtico acontecimiento de su existencia.

En diciembre el señor Wace estuvo muy cargado de trabajo debido

a la inminencia de un examen y las sesiones fueron suspendidas a regañadientes durante una semana y, durante diez u once días, no está muy seguro de cuántos, no volvió a ver a Cave. Entonces, sintiéndose ansioso por reanudar las investigaciones y una vez aminorada la tensión de sus quehaceres estacionales, se dirigió a los Siete Cuadrantes. En la esquina notó un postigo entornado ante el escaparate de un pajarero y luego otro ante el escaparate de un zapatero remendón. La tienda del señor Cave estaba cerrada.

Llamó y le abrió la puerta el hijastro vestido de negro. Este llamó enseguida a la señora Cave y el señor Wace no pudo dejar de observar que vestía unas gasas de luto baratas pero amplias, del modelo más solemne. Sin demasiada sorpresa por su parte, el señor Wace supo que el señor Cave había muerto y ya había sido enterrado. Ella estaba llorando y tenía la voz un poco gruesa. Acababa de regresar de Highgate, y su ánimo parecía estar ocupado con su propia situación y los honorables detalles de las exequias, pero el señor Wace pudo al fin recabar los pormenores de la muerte de Cave. Le habían encontrado muerto en la tienda por la mañana temprano, al día siguiente de su última visita al señor Wace y el cristal había quedado atrapado entre sus manos frías como la piedra.

Tenía una sonrisa en la cara, dijo la señora Cave, y el paño de terciopelo negro de los minerales yacía a sus pies en el suelo. Debía llevar cinco o seis horas muerto cuando lo encontraron.

Esto le produjo un fuerte *shock* al señor Wace que empezó a reprocharse a sí mismo amargamente por haber descuidado los evidentes síntomas de la mala salud del anciano. Pero el paradero del cristal era lo que más le preocupaba. Abordó el tema cautelosamente, porque estaba al tanto de las peculiaridades de la señora Cave y se quedó sin habla al saber que había sido vendido.

Tras subir el cuerpo de Cave al dormitorio, el primer impulso de la señora Cave había sido el de escribir al clérigo chiflado que había ofrecido cinco libras por el cristal para informarle de su recuperación, pero tras una violenta búsqueda, a la que se había sumado su hija, se persuadieron de que habían perdido su dirección.

Como carecían de los medios requeridos para llorar y enterrar a Cave con el esmerado estilo que exige la dignidad de un antiguo

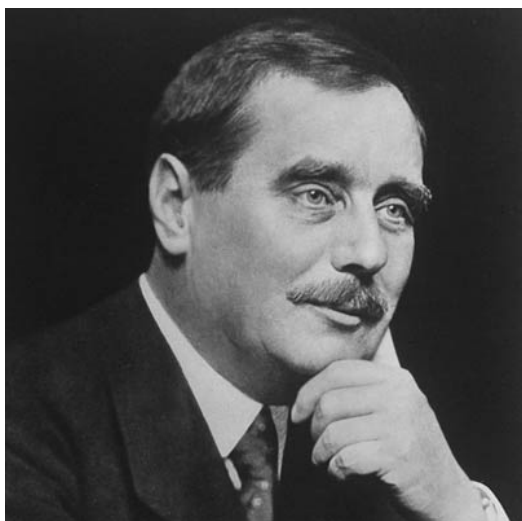
habitante de los Siete Cuadrantes, habían recurrido a un anticuario amigo de Great Portland Street. Y éste había accedido amablemente a hacerse cargo de una parte de la mercancía almacenada según tasación. Él mismo valoró los objetos y el huevo de cristal fue incluido en uno de los lotes. El señor Wace, tras manifestar las condolencias apropiadas, un tanto improvisadas tal vez, corrió de inmediato a la Great Portland Street. Pero allí fue informado de que el huevo de cristal ya había sido vendido a un hombre alto, moreno y vestido de gris. Y aquí terminan bruscamente los hechos materiales de esta curiosa historia que para mí, al menos, resulta muy sugestiva. El anticuario de Great Portland Street no sabía quién era el hombre alto y vestido de gris ni tampoco le había observado con la suficiente atención como para describirle minuciosamente. Ni siquiera sabía qué dirección había tomado esta persona tras abandonar la tienda. Durante algún tiempo el señor Wace permaneció en la tienda, poniendo a prueba la paciencia del anticuario con preguntas desesperadas para desahogar su propia exasperación. Y por fin, dándose cuenta bruscamente de que todo el asunto se le había escapado de las manos y que se había desvanecido como la visión de la noche, regresó a sus habitaciones, un poco estupefacto de encontrar las notas que había tomado, aún tangibles y visibles sobre su desordenada mesa.

Su disgusto y su decepción fueron naturalmente muy grandes. Realizó una segunda visita (igualmente infructuosa) al anticuario de Great Portland Street, y recurrió a los anuncios en aquellas publicaciones que tenían la probabilidad de caer en manos de un coleccionista de objetos insólitos. También escribió cartas a *The Daily Chronicle* y a *Nature*, pero ambas publicaciones, sospechando un engaño, le pidieron que reconsiderara su acción antes de hacer la tirada, y le aconsejaron además que una historia tan extraña, lamentablemente tan carente de pruebas que la sustentaran, podría poner en peligro su reputación como investigador. Por otra parte, las exigencias de su propio trabajo eran perentorias y así, después de un mes más o menos, exceptuando algún recordatorio ocasional a determinados anticuarios, tuvo que abandonar de mala gana la búsqueda del huevo de cristal que a partir de ese día continúa en paradero desconocido. Me ha dicho, sin embargo, y yo le creo a pies juntillas, que de vez en cuando tiene arrebatos de celo en los que

abandona sus más urgentes ocupaciones para reanudar las pesquisas.

Que permanezca o no perdido para siempre, con su material y su origen, son cosas sobre las que se puede especular de igual manera en estos momentos. Si el actual comprador es un coleccionista, cabría esperar que las indagaciones del señor Wace hubieran llegado a sus oídos a través de los anticuarios, ya que había logrado descubrir al clérigo y al 'oriental' del señor Cave, que no eran más que el Rev. James Parker y el joven príncipe de Bossokuni, en Java. Les estoy muy agradecido por determinados pormenores. El propósito del príncipe no se debía más que a simple curiosidad y extravagancia. Se había mostrado tan ansioso de comprar porque Cave era extrañamente reacio a vender. También es muy posible que el comprador en segunda instancia no fuera más que un simple comprador ocasional y no un coleccionista en absoluto, y que el huevo de cristal se encuentre en estos momentos, posiblemente, a menos de una milla de distancia de mí, decorando un salón o sirviendo de pisapapeles sin que se conozcan sus extraordinarias propiedades. Y por cierto, se debe en parte a la idea de dicha posibilidad el que yo haya conferido a esta narración una forma que le dará la oportunidad de ser leída por el consumidor común de ficción.

Mis propias ideas en esta materia son prácticamente idénticas a las del señor Wace. Estoy convencido de que el cristal en lo alto del mástil en Marte y el huevo de cristal del señor Cave se hallan en alguna clase de comunicación física, pero que de momento resulta totalmente inexplicable, y los dos creemos, además, que el cristal terrestre debió ser enviado aquí desde allí, posiblemente en fecha remota, con el fin de ofrecer a los marcianos una visión muy próxima de nuestras costumbres. Es muy posible que las personas que aparecen en los cristales de otros mástiles también se encuentren en nuestro globo. Ninguna teoría de las alucinaciones es suficiente para explicar los hechos.



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H. G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent — 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su honor llamarle H. G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.